

Jeffrey Archer

JAUQUE MATE



Un hombre decide visitar a su amante, y al llegar a su casa la ve abrazar a otro hombre. Espera a que el intruso se vaya, entra a su vez y sostiene una disputa violenta con la mujer, que al caer al suelo se golpea la cabeza y muere. Él consigue salir sin ser visto e informa a la policía sobre su rival, que será acusado y juzgado. ¿Nos hallamos ante El asesinato perfecto?... Y después, una partida de ajedrez con una atractiva desconocida; una terrible discusión en el bar de un club de golf; un experto en vinos desafiado a una cata un tanto especial... He aquí algunos de los puntos de partida de esta interesantísima serie de relatos. Las doce aventuras que nos propone Jeffrey Archer, uno de los más brillantes narradores británicos actuales, constituyen una muestra de su maestría para crear un clima de intriga y misterio, mediante un estilo directo, capaz de sumergirnos en una lectura realmente apasionante.

Jeffrey Archer

Jaque mate

Título original: *A twist in the tale*
Jeffrey Archer, 1989
Traducción: Ángela Pérez

LA MEJOR LECTURA



NOTA DEL AUTOR

Diez de estos doce relatos, recogidos en mis viajes de Tokio a Trumpington, se basan en sucesos reales (algunos de ellos adornados con bastante libertad). Solo dos son fruto exclusivo de mi imaginación.

Doy desde aquí las gracias a todas aquellas personas que me confiaron algunos de sus secretos más íntimos.

JEFFREY ARCHER
Septiembre de 1988

EL ASESINATO PERFECTO

Jamás habría descubierto la verdad si aquella noche no hubiera cambiado de idea.

No podía creer, ni por un momento, que Carla se hubiera acostado con otro hombre, ni que me hubiera mentido en lo de su amor por mí..., ni que yo ocupara un segundo o, incluso, un tercer lugar en su estima.

Aunque le había advertido que nunca me telefonara al despacho, Carla me llamó. Claro que como también le había prohibido telefonarme a casa, no le dejaba muchas salidas. En realidad, solo quería decirme que no podíamos vernos para lo que los franceses llaman con gran decoro un *cinq a sept*. Me explicó que tenía que ir a Fulham a ver a su hermana enferma.

Me contrarió bastante. Acababa de pasar otro día deprimente y ahora debía renunciar a lo único que lo habría hecho soportable.

—Yo creía que no te llevabas bien con tu hermana —le dije, con aspereza.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Al final, Carla preguntó:

—¿Podemos quedar para el jueves que viene, a la misma hora?

—No sé si me irá bien. Te llamaré el lunes, cuando haya hecho mis planes.

Colgué el teléfono.

Con gestos cansados, llamé a mi mujer para comunicarle que iba hacia casa; solía hacerlo desde una cabina cercana al domicilio de Carla. Era un truco que utilizaba con frecuencia para inducir a Elizabeth a creer que sabía dónde me encontraba cada segundo del día.

Casi todo el personal de la oficina se había ido ya, así que recogí unos papeles en los que pensaba trabajar en casa. Desde que fuimos absorbidos por

la nueva compañía, unos seis meses antes, la dirección no solo había despedido a mi ayudante, sino que contaba con que yo hiciera su trabajo además del mío. La verdad es que no estaba en situación de quejarme, pues mi nuevo jefe dejó clarísimo desde el principio que si no me gustaban las condiciones disponía de absoluta libertad para buscar trabajo en otra parte. Naturalmente, yo también pensaba lo mismo, pero no se me ocurrían muchas empresas que aceptaran fácilmente a un individuo que había llegado a esa edad mágica situada en algún punto entre lo buscado y lo asequible.

Al salir del aparcamiento y unirme al tráfico de la hora punta, empecé a lamentar mi actitud seca y cortante con Carla. En realidad, no podía decirse que le gustara el papel de «la otra». Me sentía culpable, así que cuando llegué a la esquina de Sloane Square, salté del coche y corrí al otro lado de la calle.

—Una docena de rosas —pedí, hurgando en la cartera.

El florista, que debía de ganarse la vida a costa de los amantes, eligió sin comentarios doce capullos cerrados. Mi elección no demostraba mucha imaginación, pero al menos Carla sabría que lo había intentado.

Me dirigí entonces a su piso, con la esperanza de que aún no se hubiera ido a casa de su hermana; a lo mejor nos daba tiempo a tomar una copa. Recordé entonces que ya había avisado a mi mujer de que iba hacia casa. Unos minutos de retraso podrían explicarse por un embotellamiento de tráfico, pero esa excusa no serviría si me quedaba a tomar una copa.

Al llegar a la calle de Carla, tuve los problemas de siempre para encontrar sitio donde aparcar, hasta que vi un hueco que acababa de dejar un Rover delante de la tienda de periódicos. Paré, y cuando me disponía a hacer la maniobra me fijé en un individuo que salía de casa de Carla. No le habría dado mayor importancia si al momento no hubiera salido la propia Carla detrás. Se quedó en la puerta, con una bata de casa azul holgada. Se inclinó para darle un beso de despedida que difícilmente podría calificarse de fraterno. Cuando cerró la puerta, seguí hasta doblar la esquina y paré en doble fila.

Observé por el espejo retrovisor al individuo, le vi cruzar la calle, entrar en la tienda de periódicos y salir a los pocos minutos con un diario de la tarde y lo que parecía un paquete de cigarrillos. Fue hacia su coche, un BMW azul, se paró a quitar del parabrisas una multa por aparcamiento indebido, y me

pareció que soltaba una maldición. ¿Cuánto tiempo llevaría allí aquel BMW? Empecé a preguntarme incluso si no estaría ya con Carla cuando ella me telefoneó para decirme que no fuera.

El tipo subió al BMW, se puso el cinturón de seguridad y encendió un cigarrillo antes de arrancar. Aparqué en su sitio. Antes de apearme y dirigirme al bloque de pisos donde vivía Carla, miré como siempre a ambos lados de la calle. Ya había oscurecido y nadie se fijó en mí. Llamé al timbre que decía MOORLAND.

Carla abrió la puerta principal y me recibió con una gran sonrisa que se transformó inmediatamente en ceño, pero que se transformó de nuevo en sonrisa con la misma rapidez. La primera sonrisa debía de estar destinada al tipo del BMW. Yo solía preguntarme por qué no me daría una llave de la puerta principal. Miré fijamente aquellos ojos azules que me habían cautivado hacía meses. Pese a la sonrisa, los ojos revelaban ahora una frialdad que nunca había visto en ellos.

Se volvió para reabrir la puerta y permitirme entrar en su apartamento de la planta baja. Advertí que llevaba bajo la bata el camisón rojo que yo le había regalado en Navidad. Una vez en el apartamento, de pronto me di cuenta de que estaba registrando aquella habitación que conocía tan bien. En la mesa de cristal del centro de la habitación estaba la taza de café Snoopy que solía usar yo, vacía. Y al lado, la taza de Carla, también vacía, y un florero con rosas. Los capullos estaban empezando a abrirse.

He tenido siempre un genio muy vivo y, al ver las flores, no pude contenerme.

—¿Quién era el hombre que acaba de salir? —pregunté, irritado.

—Un agente de seguros —contestó ella, retirando las tazas de la mesita.

—¿Y qué vino a asegurar? ¿Tu vida amorosa?

—¿Por qué supones automáticamente que es mi amante? —preguntó ella, alzando la voz.

—¿Sueles tomar café con los agentes de seguros en camisón? Y además, para colmo, con mi camisón.

—Tomaré café con quien me venga en gana y con la ropa que me salga de las narices, sobre todo cuando tú te vas a casa con tu mujer.

—Pero yo quería venir a verte...

—Para volver luego con tu mujer. Y además, tú siempre me has dicho que he de tener mi vida y no depender de ti.

Siempre sacaba a colación este argumento cuando tenía algo que ocultar.

—Sabes muy bien que no es tan fácil.

—Sé que para ti es bastante fácil acostarte conmigo cuando te apetece. Es para lo único que sirvo, ¿verdad?

—Eso no es justo.

—¿No es justo? ¿Acaso no contabas con tu habitual de las seis y con estar en casa a las siete en punto para cenar con Elizabeth?

—¡Hace años que no hago el amor con ella! —grité.

—¡Eso es lo que dices tú! —Su voz tenía una frialdad colérica.

—Te he sido absolutamente fiel.

—Y eso significa que yo tengo que sértelo a ti, ¿no es así?

—Deja de actuar como una puta.

Le relampaguearon los ojos, saltó hacia mí y me abofeteó con todas sus fuerzas.

Y volvió a alzar el brazo antes de que yo hubiera recuperado del todo el equilibrio, pero le agarré la mano y le di un empujón, lanzándola contra la repisa de la chimenea. Se incorporó en seguida y se abalanzó de nuevo contra mí.

En un instante de furia incontenible, cuando ella estaba a punto de echárseme encima, cerré el puño y lo disparé con fuerza. Le alcancé a un lado de la barbilla y el impacto la derribó y cayó hacia atrás rodando. Le vi estirar un brazo para amortiguar la caída. Pero antes de darle ocasión de levantarse de un salto y vengarse, me volví y me largué de allí, cerrando de un portazo.

Crucé corriendo el vestíbulo y salí a la calle, subí al coche y me alejé a toda prisa. No habría estado con ella más de diez minutos. Aunque en aquel momento tenía ganas de asesinarla, mucho antes de llegar a casa ya lamentaba haberle pegado. Por dos veces estuve a punto de dar la vuelta. En realidad, sus quejas eran justas y me pregunté si no debería correr el riesgo de telefonarle. Aunque solo habíamos sido amantes unas semanas, tenía que darse cuenta de lo mucho que me importaba.

Si Elizabeth pensaba hacer algún comentario sobre mi retraso, cambió de idea en cuanto le di las rosas. Se dispuso a colocarlas en un florero mientras

yo me servía un *whisky* largo. Esperaba que me dijera algo, como que era raro que yo bebiera antes de cenar, pero parecía concentrada en las flores. Aunque ya había decidido telefonar a Carla e intentar arreglar las cosas, resolví que no podía hacerlo desde casa. Además, pensé que si esperaba a llamarla por la mañana desde el despacho, ella ya se habría calmado un poco.

Al día siguiente me desperté pronto y me quedé en la cama, pensando cómo podría disculparme. Decidí invitarla a comer en aquel restaurante francés que le gustaba tanto, a mitad de camino entre mi oficina y la suya. Carla siempre agradecía que nos viéramos en pleno día, cuando sabía que no podía ser para acostarnos. Después de afeitarme y vestirme, me senté a desayunar con Elizabeth, y como no había nada interesante en la primera página, pasé a la sección de finanzas. Las acciones de la empresa habían vuelto a bajar debido a los pronósticos de escasos beneficios. Seguro que después de una publicidad tan desfavorable se esfumarían millones en el valor de las acciones. Yo ya sabía que cuando se publicaran los balances anuales sería un milagro que la empresa no declarara pérdidas.

Después de tomar una segunda taza de café, besé a mi esposa en la mejilla y fui a buscar el coche. Decidí entonces que echaría una nota en el buzón de Carla y me ahorraría el engorro de la llamada telefónica.

«Perdóname —escribí—. Marcel's, a la una en punto. *Solé Veronique* en viernes. Besos, Casaneva». Casi nunca le escribía, y, cuando lo hacía, firmaba siempre con el apodo que me había puesto ella.

Tomé un desvío corto para poder pasar por su casa, pero me retrasó un atasco de tráfico. Cuando me acercaba, pude comprobar que la causa del atasco era un accidente. Y tenía que haber sido grave, porque una ambulancia bloqueaba el otro lado de la calle y retrasaba el paso de los vehículos que llegaban de aquella dirección. Una policía de tráfico trataba de ayudar, y no hacía más que complicarlo todo aún más. Como resultaba evidente que me iba a ser imposible aparcar junto a la casa de Carla, me resigné a llamarle desde el despacho, aunque no me entusiasmaba la idea.

Unos minutos después, sentí un gran abatimiento al ver que la ambulancia estaba aparcada a solo unos metros de la puerta de Carla. Aunque sabía que era absurdo, empecé a temer lo peor. Intenté convencerme de que se traba sin duda de un accidente de tráfico y no tenía nada que ver con Carla.

Y entonces vi el coche de la policía oculto detrás de la ambulancia.

Cuando estuve a la altura de ambos vehículos, observé que la puerta principal del edificio estaba abierta de par en par. Un hombre de bata blanca salió corriendo y abrió la parte de atrás de la ambulancia. Paré el coche para observar más detenidamente lo que pasaba, deseando que el conductor que me seguía no se impacientara. Los conductores que venían en dirección contraria alzaban la mano en señal de agradecimiento por cederles el paso. Pensé que podría dejar que pasaran unos doce o así sin que hubiera protestas. La policía de tráfico colaboró instándoles a seguir.

Apareció luego una camilla al fondo del vestíbulo. Dos enfermeros uniformados sacaron un cadáver envuelto en una sábana y lo metieron en la ambulancia. No podía ver la cara, porque la cubría la sábana, pero detrás de la camilla iba un tercer individuo que solo podía ser un inspector de policía. Llevaba en la mano una bolsa de plástico en cuyo interior distinguí una prenda roja que temí fuera el camisón que yo le había regalado a Carla.

Devolví el desayuno sobre el asiento de al lado, y luego apoyé la cabeza en el volante. En seguida cerraron la puerta de la ambulancia, empezó a sonar la sirena y la policía de tráfico me hizo señas para que siguiera. La ambulancia se alejó a toda velocidad y el conductor de detrás empezó a tocar la bocina. Claro, él era un simple espectador. Arranqué bruscamente y no podría recordar más del resto del trayecto hasta el despacho.

En cuanto llegué al aparcamiento de la empresa limpié lo mejor que pude el asiento manchado y dejé abierta la ventanilla; luego subí en el ascensor directamente a los servicios de la séptima planta. Rompí la nota que le había escrito a Carla en trozos pequeños y tiré de la cadena. Entré en mi despacho de la planta doce a las ocho y media algo pasadas, y me encontré al director gerente paseando delante de mi mesa, sin duda esperándome. Se me había olvidado por completo que era viernes y que él esperaba que tuviera listas las últimas cifras previstas para someterlas a su consideración.

Aquel viernes concreto quería también los extractos de los estados de cuentas de los meses de mayo, junio y julio. Prometí que los tendría en su escritorio al mediodía. Solo necesitaba la mañana libre y no iban a permitirme disponer de ella.

Cada vez que sonaba el teléfono, se abría la puerta o incluso cuando

alguien me dirigía la palabra, el corazón me daba un vuelco: pensaba que solo podía ser la policía. Al mediodía tuve terminado una especie de informe para el director gerente, aunque sabía que no iba a parecerle adecuado ni preciso. En cuanto entregué a su secretaria los papeles, salí a almorzar, aunque era temprano todavía. Comprobé en seguida que no podría comer nada, pero al menos conseguí la primera edición del Standard para ver qué noticias daban de la muerte de Carla.

Me senté en el rincón de mi bar de la zona, donde sabía que no podían verme desde detrás de la barra. Con un zumo de tomate al lado, empecé a pasar despacio las hojas del periódico.

Nada en la primera página. Ni en la segunda, ni en la tercera, ni en la cuarta. Y en la página cinco le dedicaban solo un párrafo brevísimo: «Esta mañana fue hallada muerta en su casa de Pimlico la señorita Carla Moorland, de 31 años». Recuerdo que en aquel momento pensé que ni siquiera la edad era correcta. «El inspector Simmons, al que se ha asignado el caso, declaró que se está llevando a cabo una investigación y que se espera el informe del forense. Hasta el momento, sin embargo, no hay motivos para sospechar que la muerte obedezca a causas violentas».

Después de leer aquella breve nota, pude tomar incluso un poquito de sopa y una empanadilla. Una vez leído el texto por segunda vez, volví al aparcamiento de la empresa y me senté en el coche. Bajé la otra ventanilla para que entrara más aire y puse la radio para oír las noticias de la una. Ni siquiera mencionaron a Carla. En la era de los terroristas, las drogas, el sida y los robos de lingotes de oro, la BBC pasaba por alto la muerte de una auxiliar industrial de treinta y dos años.

Volví a mi despacho y encontré en mi escritorio el informe con una serie de preguntas del director gerente, que no me dejaban ninguna duda respecto a lo que le parecía mi trabajo. Pude aclarar casi todas sus dudas y entregar las respuestas a su secretaria antes de salir del despacho aquella noche, pese a haberme pasado casi toda la tarde tratando de convencerme de que, fuera cual fuese la causa de la muerte de Carla, tuvo que haber ocurrido después de irme yo, y que no podía guardar relación alguna con que yo la hubiera golpeado. Pero aquel camisoncito rojo volvía a mi mente una y otra vez. ¿Podrían relacionarlo conmigo? Lo compré en Harrods —una extravagancia—, pero

estaba seguro de que no se trataba de un modelo exclusivo, y era el único regalo importante que le había hecho. Pero ¿y la nota que lo acompañaba? ¿La habría destruido Carla? ¿Descubrirían quién era Casaneva?

Aquella noche fui directamente a casa, convencido de que no podría volver a pasar por la calle en la que había vivido Carla. Oí el final del noticiario vespertino en la radio del coche, y en cuanto llegué a casa puse las noticias de las seis. Pasé al canal cuatro a las siete y volví a la BBC a las nueve. Puse luego el noticiario de las diez e incluso vi la última edición.

La muerte de Carla era menos importante para la televisión que el resultado de un partido de fútbol de tercera división entre el Reading y el Walsall. Elizabeth seguía leyendo su último libro de la biblioteca, ajena al peligro que yo podría correr.

Aquella noche dormí con intermitencias, y en cuanto oí que echaban los periódicos en el buzón por la mañana bajé corriendo a ver los titulares.

BUSH ELEGIDO CANDIDATO

Me miró fijamente desde la primera plana de The Times.

Me sorprendí preguntándome absurdamente si el candidato conseguiría llegar a la presidencia. «Presidente Bush» no me sonaba nada bien.

Tomé el Daily Express de mi esposa; un titular llenaba la cabecera de la página:

RIÑA DE AMANTES ACABA EN ASESINATO.

Me fallaron las piernas y caí de rodillas. Debía de tener una pinta muy rara, derrumbado en el suelo, tratando de leer el primer párrafo. No podía ver bien las letras del segundo párrafo sin gafas. Subí torpemente las escaleras con los periódicos y cogí las gafas de la mesita de noche. Elizabeth seguía profundamente dormida. Aun así, me encerré en el cuarto de baño, donde

podría leer la noticia despacio y sin miedo a interrupciones.

La policía investiga ya como asesinato la muerte de la bella secretaria de Pimlico, Carla Moorland, de 32 años, que fue hallada muerta en su apartamento a primera hora de ayer. El inspector Simmons, de Scotland Yard, que lleva el caso, pensaba al principio que la muerte de Carla Moorland se debía a causas naturales, pero la fractura de mandíbula revelada por las radiografías indica la posibilidad de una pelea.

La vista inicial tendrá lugar el 19 de abril.

La asistenta de la señorita Moorland, María Lucía (de 48 años), declaró en exclusiva a este periódico que la señora estaba con un amigo cuando ella se fue del apartamento a las cinco de la tarde. Otra testigo, la señora Rita Johnson, que vive en la casa de al lado, declaró haber visto salir a un hombre del piso de la señorita Moorland alrededor de las seis, entrar luego en la tienda de enfrente e irse después en un coche. La señora Johnson añadió que el coche tal vez fuera un Rover...

«¡Oh, Dios mío!», exclamé en voz tan alta que temí haber despertado a Elizabeth. Me afeité y me duché rápidamente, intentando pensar sobre la marcha. Estaba vestido y listo para salir de casa antes, incluso, de que mi esposa despertara. La besé en la mejilla, pero solo se volvió, así que escribí una nota y la dejé en su mesita, explicándole que pasaría la mañana en el despacho porque debía acabar un informe importante.

Ensayé por el camino lo que iba a decir exactamente. Lo repetí una y otra vez. Llegué a la planta doce un poco antes de las ocho y dejé la puerta abierta de par en par para poder advertir la menor intrusión. Esperaba disponer de quince minutos, veinte incluso, antes de que llegara alguien.

Ensayé una vez más lo que tenía que decir. Busqué el número en el listín y lo anoté en la libreta, que coloqué delante de mí. Luego escribí cinco apartados con mayúsculas, como hacía siempre para las reuniones:

PARADA AUTOBÚS

ABRIGO

N.º 19

BMW

MULTA

A continuación, marqué el número.

Me quité el reloj y lo coloqué frente a mí. Había leído en algún sitio que se puede localizar una llamada telefónica en tres minutos.

—Scotland Yard —contestó una voz de mujer.

—El inspector Simmons, por favor —dije, escuetamente.

—¿Puedo decirle quién le llama?

—No, preferiría no dar mi nombre.

—Bien, de acuerdo, señor.

Sin duda la telefonista estaba acostumbrada a llamadas como aquella. Sonó otra señal. Se me secó la garganta cuando una voz masculina dijo «Simmons», y oí hablar por primera vez al inspector. Me sorprendió que con un apellido tan inglés tuviera un acento de Glasgow tan fuerte.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó.

—No, pero creo que yo sí puedo ayudarle a usted —le dije, en un tono sosegado, bastante más bajo que el mío habitual.

—¿Cómo puede ayudarme, señor?

—¿Lleva usted el caso de Carla Nosequé?

—Así es. Pero ¿cómo puede ayudarme usted? —repitió.

La segunda manecilla indicaba que había pasado ya un minuto.

—Aquella tarde yo vi salir de su casa a un individuo.

—¿Dónde estaba usted en aquel momento?

—En la parada de autobús de la misma calle.

—¿Puede describir a ese individuo? —El tono de voz de Simmons era tan despreocupado como el mío.

—Alto. De uno ochenta a uno ochenta y tres, diría yo. Fuerte. Con uno de esos abrigos elegantes... Ya sabe, esos negros con cuello de terciopelo.

—¿Cómo está tan seguro de lo del abrigo? —inquirió el inspector.

—Hacía tanto frío en la parada del 19 que Pensé que ojalá fuese yo quien lo llevara.

—¿Recuerda usted algo en particular que ocurriera después de que saliera de aquella casa ese individuo?

—Solo que entró en una tienda de periódicos que hay enfrente antes de

subir al coche y marcharse.

—Sí, eso ya lo sabemos —dijo el inspector—. Supongo que no recuerda usted qué coche era...

Ya habían pasado dos minutos, así que me concentré en la segunda manecilla.

—Creo que era un BMW —dije.

—¿Y por casualidad recuerda de qué color?

—No. Estaba demasiado oscuro —hice una pausa—. Pero le vi quitar una multa del parabrisas, así que no creo que le resulte muy difícil localizarle.

—¿Y a qué hora ocurría todo esto?

—Hacia las seis y cuarto o las seis y media.

—¿Y puede decirme...?

Dos minutos cincuenta y ocho segundos. Colgué el teléfono. Estaba empapado en sudor.

—Es agradable verle en el despacho un sábado por la mañana —dijo el director lúgubrementemente al pasar por mi puerta—. Quiero hablar con usted en cuanto acabe lo que esté haciendo.

Me levanté y le seguí por el pasillo hasta su despacho. Pasó la hora siguiente revisando las cifras previstas de mi informe, pero aunque me esforzaba mucho no conseguía concentrarme. Al poco rato, dejó de disimular su impaciencia.

—Está pensando en otra cosa, ¿verdad? —me preguntó, cerrando la carpeta—. Parece usted preocupado.

—No. Es que he estado haciendo muchas horas extras últimamente.

Me levanté y me fui. De nuevo en mi despacho, quemé la hoja de papel con las cinco palabras orientadoras y regresé a casa. En la primera edición del periódico de la tarde, la historia de la «riña de amantes» había pasado a la página siete. No tenían nada nuevo que contar.

El resto del sábado me pareció interminable, pero el Sunday Express de mi esposa me proporcionó finalmente cierto alivio.

«Según la información recibida en el caso del asesinato “riña de amantes” de Carla Moorland, un individuo ayuda a la policía en sus pesquisas». Los tópicos que había leído tantas veces adquirirían de pronto sentido real.

Repasé los otros periódicos dominicales, escuché todos los boletines

informativos y vi todos los noticiarios de televisión. Cuando mi esposa mostró curiosidad, le conté que se rumoreaba en la oficina que la empresa podría ser absorbida de nuevo, lo cual supondría quedarme sin trabajo.

El lunes por la mañana el Daily Express identificaba al individuo del asesinato de la «riña de amantes» como Paul Menzies (51 años), un agente de seguros de Sutton. Su esposa estaba hospitalizada y sometida a un tratamiento con sedantes, y él se hallaba detenido en la cárcel de Brixton. Me pregunté si el señor Menzies le habría contado a Carla la verdad respecto a su esposa. Me serví café solo muy cargado y me fui al despacho.

Aquella misma mañana, más tarde, Menzies comparecía ante los jueces del tribunal de Horse-ferry Road, acusado del asesinato de Carla Moorland. El Standard me confirmó que la policía había conseguido finalmente que le denegaran la libertad bajo fianza.

Descubrí que un caso de tanta gravedad tarda seis meses en llegar al tribunal de lo criminal de Londres. Paul Menzies pasó esos meses en la cárcel de Brixton, y yo los pasé asustado por cualquier llamada telefónica o a la puerta, por cualquier visita inesperada... Cada uno se crea su propia pesadilla. Los inocentes no tienen idea de cuántos casos de este tipo ocurren a diario. Hacía mi trabajo lo mejor posible, preguntándome a menudo si Menzies estaba enterado de mi relación con Carla, si conocería mi nombre o siquiera mi existencia.

Un par de meses antes de la fecha prevista para que se iniciara el juicio, mi empresa celebró su asamblea general del año. Necesité desplegar un gran ingenio contable para ordenar una serie de cantidades de forma que indicaran que no obteníamos ningún beneficio. Aquel año no pagamos dividendos a nuestros accionistas, por supuesto.

Salí de la asamblea aliviado, casi alegre. Habían transcurrido seis meses desde la muerte de Carla y durante ese tiempo no tuve indicio alguno de que se sospechara siquiera que yo la conocía y mucho menos que fuera el causante de su muerte. Me sentía aún culpable por Carla, la añoraba incluso, pero después de seis meses podía pasar ya un día entero sin verme dominado por el miedo. Curiosamente, me sentía culpable por la situación de Menzies. En realidad, se había convertido en el instrumento que me permitiría no pasarme la vida en la cárcel. Así que cuando cayó el golpe, tuvo un doble

impacto.

El 26 de agosto (nunca lo olvidaré), recibí una carta que me hizo comprender que quizá tuviera que seguir el juicio palabra por palabra. Por mucho que intenté convencerme de que debía alegar alguna excusa, sabía que iba a seguirlo.

Aquella misma mañana, viernes (supongo que estas cosas siempre pasan en viernes), me llamaron para lo que yo supuse mi reunión semanal con el director, y era únicamente para decirme que la empresa ya no necesitaba mis servicios.

—Francamente, en los últimos meses su trabajo ha ido de mal en peor — me dijo.

No me sentía capaz de llevarle la contraria.

—Y no me ha dejado más alternativa que sustituirle.

Una forma cortés de decirme: «Está despedido».

—Su mesa debe estar disponible esta tarde a las cinco —prosiguió el director—. Y entonces recibirá un cheque de la sección de contabilidad por valor de 17 500 libras.

Alcé una ceja.

—Los seis meses de indemnización, según estipulaba su contrato cuando nos hicimos cargo de la empresa —me explicó.

Luego me tendió la mano, pero no para desearme suerte sino para pedirme las llaves del Rover.

Recuerdo lo primero que pensé cuando me comunicó su decisión: «Al menos podré ir todos los días al juicio sin problema».

Elizabeth se tomó mal la noticia de mi despido y se limitó a preguntarme qué planes tenía para encontrar otro trabajo. Durante todo el mes siguiente, simulé estar buscando un puesto en otra empresa, aunque sabía muy bien que mientras durara el juicio no podría concentrarme en nada.

La mañana del juicio todos los periódicos populares publicaron pintorescos artículos de fondo. El Daily Express mostraba incluso en primera plana una foto de Carla en traje de baño en la playa de Marbella; me hubiera gustado saber cuánto le habían pagado a su hermana de Fulham por aquella foto. Al lado se veía una fotografía de perfil de Paul Menzies, en la que parecía realmente un presidiario. Sin una sola palabra al pie, las fotos

permitían a los lectores determinar con exactitud a quién creían culpable. Yo fui de los primeros a los que dijeron en qué sala se celebraría el caso de «la Corona contra Menzies». Un policía uniformado me lo indicó con todo detalle y entré en el juzgado número 4 con otras personas.

Procuré por todos los medios sentarme al extremo de mi fila. Miré alrededor pensando que todos me observarían, pero, para mi alivio, nadie pareció mostrar el menor interés.

Desde mi sitio podía ver muy bien al acusado, sentado en el banquillo. Menzies era un hombre frágil, que daba la impresión de haber adelgazado mucho recientemente: cincuenta y un años, decían los periódicos, pero parecía estar más cerca de los setenta. Me pregunté cuánto debía de haber envejecido yo en los últimos meses.

Menzies vestía un elegante traje azul oscuro que le iba ancho, una camisa limpia y lo que me pareció una corbata de uniforme. Llevaba el pelo, fino y canoso, peinado hacia atrás, y un bigotillo plateado le daba un aire castrense. Desde luego, no parecía un asesino ni un gran amante, pero seguro que cualquiera que me examinara a mí hubiera llegado a la misma conclusión. Busqué entre el mar de rostros a la señora Menzies, pero ninguno de los presentes en la sala encajaba con la descripción que los periódicos daban de ella.

Cuando entró en la sala el señor juez Buchanan, nos levantamos todos.

—La Corona contra Menzies —anunció el alguacil.

El juez se inclinó hacia delante para decirle a Menzies que podía sentarse, y luego se volvió lentamente hacia los miembros del jurado.

Explicó que la prensa había prestado bastante atención al caso, pero que lo único importante era la opinión de los jurados, pues solo a ellos se les pediría que decidieran si el acusado era o no culpable de asesinato. Aconsejó también que no leyeran las reseñas de los periódicos sobre el juicio ni escucharan las opiniones ajenas sobre cuál debía ser el veredicto, en especial las de quienes no habían asistido a la vista: esas personas, dijo, eran siempre las primeras en tener una opinión implacable sobre cuál debía ser el fallo. Recordó luego a los miembros del jurado lo importante que era concentrarse en las pruebas, porque estaba en juego la vida de un hombre. Me di cuenta, de pronto, de que estaba moviendo la cabeza, asintiendo a sus palabras.

Miré en torno, con la esperanza de que nadie me reconociera. Menzies tenía los ojos clavados en el juez, que se volvió para dirigirse al fiscal.

En cuanto *sir* Humphrey Mountcliff se levantó de su asiento, agradecí que actuase contra Menzies y no contra mí. Era un individuo altísimo, con la frente muy ancha y cabello de un gris plateado. No solo dominaba la sala con su imponente presencia física, sino también con la voz, cuyo tono era, como mínimo, autoritario. Se pasó el resto de la mañana exponiendo las alegaciones de la acusación. Solo dejó de mirar a los miembros del jurado alguna que otra vez para consultar sus notas.

Reconstruyó los hechos tal como suponía que habían ocurrido aquella noche de abril.

Su exposición inicial duró dos horas y media, menos de lo que yo esperaba. Luego el juez propuso un descanso para almorzar y nos pidió a todos que estuviéramos de vuelta en nuestros puestos a las dos y diez.

Después del descanso, *sir* Humphrey llamó a declarar a su primer testigo, el inspector Simmons. Fui incapaz de mirarle mientras declaraba. Todas sus respuestas parecían dirigidas personalmente a mí. Me pregunté si sospecharía desde el principio la existencia de otro hombre. Simmons aportó un informe muy profesional al describir detalladamente cómo halló el cadáver y cómo llegó posteriormente hasta Menzies a través de dos testigos y de la irrefutable multa por aparcamiento indebido. Cuando *sir* Humphrey concluyó y se sentó, muy pocas de las personas presentes podían creer que Simmons se hubiera equivocado de hombre.

El abogado defensor de Menzies, que se levantó para interrogar al inspector, era el polo opuesto de *sir* Humphrey. Se llamaba Robert Scott y era bajo y rechoncho, de tupidas cejas. Hablaba despacio y sin inflexiones. Me alegré al ver que a un miembro del jurado le costaba trabajo mantenerse despierto.

Durante los veinte minutos siguientes, Scott obligó al inspector a repasar de nuevo cuidadosamente su declaración, pero no consiguió que se retractara de algo sustancial. Cuando el inspector bajó del estrado de los testigos, me sentía ya tan seguro que podía mirarle directamente a los ojos sin experimentar incomodidad.

Declaró a continuación el forense, doctor Anthony Mallins, quien,

después de contestar algunas preguntas preliminares sobre su profesión, pasó a contestar una pregunta de *sir* Humphrey que sorprendió a todos. El médico informó al tribunal de que había pruebas evidentes de que la señorita Moorland había tenido relaciones sexuales poco antes de morir.

—¿Cómo puede estar usted tan seguro, doctor Mallins?

—Porque encontré huellas de sangre del grupo B en el muslo de la difunta, y posteriormente se determinó que el grupo sanguíneo de la señorita Moorland era el cero. Había también rastros de fluido seminal en el camisón que llevaba puesto en el momento de la muerte.

—¿Son corrientes esos grupos sanguíneos? —preguntó *sir* Humphrey.

—El grupo cero lo es —admitió el doctor Mallins—. El grupo B es muy poco corriente.

—¿Y cuál diría usted que fue la causa de la muerte? —preguntó *sir* Humphrey.

—Uno o varios golpes en la cabeza, que le produjeron fractura de mandíbula y lesiones en la base del cráneo que podrían haber sido causadas por un instrumento contundente.

Me dieron ganas de levantarme y exclamar: «¡Yo puedo decirles cuál!».

—Gracias, doctor Mallins —concluyó *sir* Humphrey—. No le haré más preguntas.

El señor Scott trató al médico con mucho más respeto que al inspector Simmons, a pesar de ser testigo de la acusación.

—¿Podría haberse producido la señorita Moorland el golpe en la cabeza al caerse? —preguntó.

El médico vaciló y luego admitió:

—Es posible. Pero eso no explicaría la fractura de la mandíbula.

El señor Scott ignoró el comentario y se apresuró a seguir:

—¿Qué porcentaje de la población de Gran Bretaña tiene grupo sanguíneo cero?

—El cinco o el seis por ciento, aproximadamente —contestó el médico.

—Dos millones y medio de personas —calculó el señor Scott, y esperó a que la cifra se grabara bien en la mente de los presentes; luego cambió súbitamente de táctica.

Pero por mucho que lo intentó, no logró que el médico modificara su

opinión en cuanto a la hora de la muerte, ni que admitiera la posibilidad de otras relaciones sexuales salvo las mantenidas coincidiendo con las horas en que su cliente estuvo con Carla.

Cuando el señor Scott se sentó, el juez preguntó a *sir* Humphrey si quería volver a interrogar al testigo.

—Así es, señoría. Doctor Mallins, ha declarado usted ante este tribunal que la señorita Moorland tenía fracturada la mandíbula y presentaba lesiones en la parte posterior de la cabeza. ¿Pudo haberse causado las lesiones al caer sobre un objeto contundente cuando ya tenía la mandíbula rota?

—Protesto, señoría —interrumpió el señor Scott, levantándose con insólita rapidez—. En la pregunta se le sugiere al testigo la respuesta.

El juez Buchanan se inclinó hacia delante para mirar al médico.

—Se acepta la protesta, señor Scott, pero me gustaría saber si el doctor Mallins encontró sangre del grupo cero, el grupo sanguíneo de la señorita Moorland, en algún otro objeto de la habitación.

—Sí, señoría. En el borde de la mesa de cristal del centro de la habitación.

—Gracias, doctor Mallins —dijo *sir* Humphrey—. No hay más preguntas.

El siguiente testigo de *sir* Humphrey fue la señora Rita Johnson, la dama que aseguraba haberlo visto todo.

—Señora Johnson, la noche del 7 de abril ¿vio usted salir a un hombre del edificio de apartamentos en el que vivía la señorita Moorland? —preguntó *sir* Humphrey.

—Sí le vi.

—¿Qué hora era?

—Las seis y pocos minutos.

—Explique por favor al tribunal lo que ocurrió después.

—Cruzó la calle, quitó una multa del parabrisas, se subió a su coche y se fue.

—¿Puede decirnos si ese hombre está ahora en esta sala?

—Sí —dijo con firmeza, señalando a Menzies, que, ante aquella afirmación, movió enérgicamente la cabeza.

—No haré más preguntas.

El señor Scott se levantó de nuevo lentamente.

—¿Cuál dijo usted que era la marca del coche en el que monto aquel individuo?

—No estoy totalmente segura, pero creo que era un BMW.

—¿No era un Rover, como le dijo usted a la policía a la mañana siguiente?

La testigo no respondió.

—¿Y vio usted realmente al hombre en cuestión coger una multa por aparcamiento indebido del parabrisas del coche? —preguntó el señor Scott.

—Creo que sí, señor, pero ocurrió todo tan de prisa...

—De eso estoy seguro —dijo el señor Scott—. En realidad, yo diría que ocurrió tan de prisa que se equivocó usted de hombre y de coche.

—No, señor —respondió la testigo, pero no con la misma convicción con que había respondido a las preguntas anteriores.

Sir Humphrey no volvió a interrogar a la señora Johnson. Comprendí que su propósito era que el jurado olvidara su declaración lo antes posible. En realidad, cuando abandonó el estrado de los testigos dejó bastante confusos a todos los presentes.

La asistente de Carla, María Lucía, fue mucho más convincente. Declaró sin ambigüedades que había visto a Menzies en la sala del piso aquella tarde cuando llegó, poco antes de las cinco. Admitió, sin embargo, que era la primera vez que le veía.

—Pero ¿no es cierto —preguntó *sir* Humphrey— que solo trabaja usted normalmente por las mañanas?

—Sí. Pero la señorita Moorland tenía la costumbre de llevarse trabajo a casa los jueves por la tarde, y a mí me iba bien pasar a recoger mi salario.

—¿Y cómo iba vestida aquella tarde la señorita Moorland? —preguntó *sir* Humphrey.

—Con su bata azul.

—¿Era su atuendo normal de los jueves por la tarde?

—No, señor, pero supongo que iba a darse un baño antes de salir por la noche.

—Cuando se fue usted del piso, ¿ella seguía con el señor Menzies?

—Sí, señor.

—¿Recuerda usted alguna otra prenda que llevara puesta aquel día?

—Sí, señor. Llevaba debajo un camisón rojo.

Se aportó como prueba mi regalo y María Lucía lo identificó. En ese momento miré directamente a la testigo, que no dio ninguna muestra de reconocimiento. Agradecí a todos los dioses del Panteón no haber ido nunca a visitar a Carla por la mañana.

—No se vaya, por favor —fueron las últimas palabras de *sir* Humphrey a María Lucía.

El señor Scott se levantó para interrogarla.

—Señorita Lucía, ha declarado usted ante este tribunal que el propósito de su visita era recoger su salario. ¿Cuánto tiempo permaneció en esta ocasión en el piso?

—Ordené un poco la cocina y planché una blusa: quizá unos veinte minutos.

—¿Vio usted a la señorita Moorland durante ese tiempo?

—Sí, fui a la sala a preguntarle si quería más café, pero me dijo que no.

—¿Y estaba en aquel momento con ella el señor Menzies?

—Sí, estaba allí.

—¿Notó usted en algún momento que estuvieran riñendo o que levantaran la voz?

—No, señor.

—Cuando les vio usted juntos, ¿le pareció que la señorita Moorland daba muestras de angustia o de necesitar ayuda?

—No, señor.

—¿Qué ocurrió luego?

—Unos minutos después, la señorita Moorland fue a la cocina, me dio mi sueldo y yo me marché.

—Y cuando estuvo a solas en la cocina con la señorita Moorland, ¿dio ella alguna muestra de tener miedo de su invitado?

—No, señor.

—No haré más preguntas, señoría.

Sir Humphrey no volvió a interrogar a María Lucía e informó al juez de que el ministerio público había concluido su turno. El señor juez Buchanan asintió y dio por terminada la sesión, no sin antes manifestar que no creía

tener elementos de juicio para declarar culpable a Menzies.

Cuando llegué a casa aquella noche, Elizabeth no me preguntó dónde había estado y yo no le di explicación alguna. Pasé el rato fingiendo estudiar ofertas de trabajo.

A la mañana siguiente, desayuné tarde y, después de leer los periódicos, volví para ocupar mi sitio al final de la fila en el juzgado número 4. Llegué unos pocos minutos antes de que hiciera su entrada en la sala el juez.

En cuanto hubo tomado asiento, el señor juez Buchanan se ajustó la peluca y pidió al señor Scott que iniciara las alegaciones de la defensa. El señor Scott volvió en esta ocasión a levantarse con mucha parsimonia (un individuo pagado por horas, pensé, sin consideración). Empezó prometiendo al tribunal que su exposición inicial sería breve, y aguantó a pie firme las dos horas y media siguientes.

Inició la defensa repasando detalladamente los aspectos importantes, según él, del pasado de Menzies. Nos aseguró a todos que los que quisieran examinarlo solo encontrarían un historial impecable. Paul Menzies era feliz en su matrimonio, vivía en Sutton con su esposa y tres hijos (Polly, de veintiún años; Michel, de diecinueve; y Sally, de dieciséis). Dos de ellos estaban ya en la universidad y la más pequeña acababa de terminar secundaria. Los médicos habían aconsejado a la señora Menzies que no asistiera al JUICIO, tras su reciente salida del hospital. Advertí que dos de las mujeres del jurado sonreían, comprensivas.

El señor Menzies, prosiguió el señor Scott, trabajaba en una empresa de seguros de Londres desde hacía ya seis años y, aunque no había ascendido, gozaba de gran consideración dentro de la empresa. Era un pilar de su comunidad y había pertenecido a la segunda reserva y a la junta del cineclub local. Hasta se había presentado una vez como candidato a concejal por Sutton. Difícilmente podría tomarse a un individuo así como presunto asesino.

Pasó luego el señor Scott al día mismo del asesinato, y confirmó que el señor Menzies se había entrevistado con la señorita Moorland la tarde en cuestión, pero por motivos estrictamente profesionales y con el único y exclusivo propósito de asesorarla y ayudarle en su plan personal de seguro. Ninguna otra razón, además, podría existir para que visitara a la señorita

Moorland en horas de oficina. No se había acostado con ella y, desde luego, no la había asesinado.

El acusado dejó a su cliente pocos minutos después de las seis. Tenía entendido que ella se proponía cambiarse para ir a cenar a Fulham con su hermana. Quedó citado con ella en su despacho el miércoles siguiente para formalizar la póliza. La defensa, prosiguió el señor Scott, se proponía presentar la anotación que figuraba en la agenda de su defendido, que confirmaba la veracidad de esta afirmación.

La acusación formulada contra su defendido, prosiguió, se basaba casi exclusivamente en pruebas circunstanciales. Confiaba en que una vez concluido el juicio, el jurado no tendría más alternativa que devolver a su cliente al seno de su querida familia.

—Tienen que poner fin a esta pesadilla —concluyó el señor Scott—. Ya ha durado demasiado para un hombre inocente.

En ese momento, el juez propuso un descanso para almorzar. Durante la comida no fui capaz de concentrarme, ni siquiera de enterarme de lo que hablaban a mi alrededor. Casi todos los que tenían una opinión formada ya parecían convencidos de que el señor Menzies era inocente.

En cuanto volvimos, a las dos y diez, el señor Scott llamó a declarar a su primer testigo: el propio acusado.

Paul Menzies dejó el banquillo y se encaminó lentamente al estrado de los testigos. Cogió un ejemplar del Antiguo Testamento con la mano derecha y leyó titubeante las palabras del juramento de una tarjeta que sostenía en la izquierda.

Todas las miradas estaban fijas en él mientras el señor Scott le guiaba cuidadosamente por el campo minado de las pruebas.

A medida que avanzaba el día, Menzies iba sintiéndose más seguro de la absolución; y cuando a las cuatro treinta el juez dijo al tribunal: «Se cierra la sesión», yo estaba convencido de que le absolverían, aunque fuera solo por mayoría.

Tras una noche inquieta, volví a ocupar mi puesto el tercer día del juicio, temiendo ya lo peor. ¿Dejarían en libertad a Menzies y empezarían a buscarme a mí?

El señor Scott inició la sesión del tercer día tan suavemente como la del

segundo, pero repitió tantas preguntas del día anterior, que se puso de manifiesto su propósito de tranquilizar a su cliente para cuando tuviera que enfrentarse al fiscal. Antes de sentarse, preguntó por tercera vez a Menzies:

—¿Tuvo usted alguna vez relaciones sexuales con la señorita Moorland?

—No, señor. Solo la vi aquel día —contestó el testigo con firmeza.

—¿Y mató usted a la señorita Moorland?

—Por supuesto que no, señor —dijo Menzies, con voz firme y segura.

El señor Scott volvió a su sitio, con expresión satisfecha.

Para ser justos con Menzies, prácticamente nada de lo que ocurre en la vida normal podría haber preparado a alguien para un interrogatorio de *sir* Humphrey Mountcliff. Yo no hubiera podido tener mejor abogado si lo hubiera elegido.

—Me gustaría empezar, si se me permite, señor Menzies —empezó—, con lo que su abogado parece valorar más como prueba de su inocencia.

Menzies mantenía los labios apretados.

—Esa oportuna anotación en su agenda, según la cual usted había concertado una segunda entrevista con la señorita Moorland, la mujer asesinada —*sir* Humphrey repetiría estas tres últimas palabras una y otra vez durante el interrogatorio—, para el miércoles siguiente a su asesinato.

—Sí, señor.

—Esta anotación se hizo..., corrí jame si me equivoco..., después de su reunión del jueves con la señorita Moorland en el piso de esta.

—Sí, señor —admitió Menzies, a quien sin duda habían indicado que no añadiera algo que pudiera utilizar posteriormente en su contra el fiscal.

—Dígame entonces cuándo hizo usted esa anotación.

—El viernes por la mañana.

—¿Después de que la señorita Moorland hubiera sido asesinada?

—Sí, pero yo no lo sabía.

—¿Lleva usted una agenda consigo, señor Menzies?

—Sí, pero solo una pequeña, de bolsillo, no la grande de mesa.

—¿La lleva usted ahora?

—Sí, señor.

—¿Me permite verla?

Menzies sacó de mala gana una pequeña agenda verde del bolsillo de la

chaqueta y se la entregó al alguacil, que a su vez se la dio a *sir* Humphrey.

—No veo ninguna anotación de su cita con la señorita Moorland la tarde en que fue asesinada —observó pasando las hojas.

—No, señor —dijo Menzies—. Solo anoto las citas con clientes en la agenda del despacho y las personales, en la de bolsillo.

—Ya —dijo *sir* Humphrey, pasando unas cuantas hojas más—. ¿Quién es David Paterson? —preguntó.

Menzies puso cara de estar intentando situarle.

—Señor David Paterson; City Road, 112, 11.30, 9 de enero de este año —leyó en voz alta al tribunal *sir* Humphrey. Menzies parecía nervioso—. Podemos hacer comparecer al señor Paterson si no es usted capaz de recordar la entrevista —dijo amablemente *sir* Humphrey.

—Es un cliente de mi empresa —dijo Menzies con voz tranquila.

—Un cliente de su empresa —repitió lentamente *sir* Humphrey—. Me pregunto cuántos encontraría si siguiera repasando su agenda más detenidamente.

Menzies bajó la cabeza cuando *sir* Humphrey devolvió la agenda al alguacil, después de haber conseguido lo que se proponía.

—Me gustaría pasar ahora a cuestiones más importantes...

—Hasta después del almuerzo, no, *sir* Humphrey —le interrumpió el juez—. Es casi la una y creo oportuna una interrupción ahora.

—Como usted quiera, señoría —fue la cortés respuesta.

Salí del juzgado sintiéndome más optimista, aunque muy impaciente por saber qué podría ser más importante que aquella agenda. Aunque la insistencia de *sir* Humphrey en mentiras insignificantes no demostraba que Menzies fuera el asesino, indicaba que ocultaba algo. Me preocupaba que durante el almuerzo el señor Scott aconsejara a Menzies que admitiera su relación con Carla para que el resto de la historia resultara más creíble. Con gran alivio mío, durante la comida me enteré de que, según el derecho inglés, Menzies no podía consultar con su abogado mientras siguiera en el estrado de los testigos. Cuando volvimos a la sala, percibí que la sonrisa del señor Scott había desaparecido.

Sir Humphrey se levantó para proseguir su interrogatorio.

—Ha declarado usted bajo juramento, señor Menzies, que es feliz en su

matrimonio.

—Lo soy, señor —dijo el acusado convencido.

—Y, dígame, ¿fue igualmente feliz en su primer matrimonio, señor Menzies? —preguntó *sir* Humphrey con naturalidad.

El acusado palideció mortalmente. Se volvió a mirar al señor Scott, que no podía disimular que aquella era una información que no se le había confiado.

—Tómese usted el tiempo que necesite para contestar.

Todas las miradas cayeron sobre el individuo que ocupaba el estrado de los testigos.

—No —reconoció Menzies; y se apresuró a añadir—: Pero yo era muy joven entonces. Eso sucedió hace muchos años y fue un gravísimo error.

—¿Un gravísimo error? —repitió *sir* Humphrey, mirando directamente al jurado—. ¿Y cómo terminó aquel matrimonio?

—Con el divorcio —aclaró Menzies con absoluta sencillez.

—¿Y cuáles fueron los motivos del divorcio?

—Crueldad, pero...

—Pero... ¿quiere usted que lea al jurado lo que declaró su primera esposa bajo juramento aquel día en el juzgado?

Menzies temblaba. Sabía que un no le condenaría y que un sí le hundiría.

—Bien, como parece usted incapaz de explicarlo, leeré, con el permiso de su señoría, la declaración que la primera señora Menzies hizo ante el señor juez Rodger el 9 de junio de 1961, en el juzgado del condado de Swindon.

Sir Humphrey carraspeó para aclararse la garganta, luego empezó a leer:

—«Me pegaba continuamente, y la situación se hizo tan insoportable que hube de escapar, pues tenía miedo de que cualquier día me matara».

Sir Humphrey dio énfasis a las últimas palabras.

—¡Exageraba! —gritó Menzies desde el estrado de los testigos.

—Es una lástima que la pobre señorita Carla Moorland no pueda estar hoy aquí con nosotros para explicarnos si también es una exageración lo que usted nos cuenta de ella.

—Protesto, señoría —terció el señor Scott—. *Sir* Humphrey está acosando al testigo.

—Se acepta la protesta —admitió el juez—. Tenga más cuidado en

adelante, *sir* Humphrey.

—Lo siento, señoría.

Pero el tono era muy poco exculpatorio. Cerró el expediente que había estado consultando, lo dejó en la mesa y cogió otro. Lo abrió despacio, asegurándose de que los presentes seguían cada uno de sus movimientos, y sacó una hoja de papel.

—¿Cuántas amantes ha tenido usted desde que está casado con la segunda señora Menzies?

—Protesto, señoría. ¿Qué importancia puede tener la respuesta a esta pregunta?

—Con todos los respetos, señoría, creo que la pregunta es importante. Me propongo demostrar que el señor Menzies no tenía una relación profesional con la señorita Moorland sino una relación muy personal.

—Conteste a la pregunta el acusado —ordenó el juez.

Menzies no decía nada; *sir* Humphrey alzó la hoja de papel y la examinó.

—Tómese todo el tiempo que sea necesario, porque quiero saber el número exacto —dijo *sir* Humphrey, mirando por encima de las gafas.

Pasaban los segundos y todos esperábamos.

—Mmmmm... Tres, creo —dijo al fin Menzies, en un tono de voz apenas audible.

Los caballeros de la prensa se lanzaron a escribir, frenéticos.

—Tres —repitió *sir* Humphrey, mirando con incredulidad la hoja de papel.

—Bueno, tal vez fueran cuatro.

—¿No sería la cuarta la señorita Carla Moorland? —preguntó *sir* Humphrey—. Porque aquella tarde se acostó usted con ella, ¿verdad?

—No, no es cierto —negó Menzies; pero por entonces muy pocos de los presentes podían ya creerle.

—Muy bien —prosiguió *sir* Humphrey, colocando la hoja de papel en el banquillo—. Pero antes de volver a su relación con la señorita Moorland, expondremos toda la verdad sobre las otras cuatro.

Examiné detenidamente la hoja de papel que había estado leyendo *sir* Humphrey. Desde donde yo estaba sentado podía ver que no tenía absolutamente nada escrito. Lo que tenía delante era una hoja en blanco.

Me costó bastante trabajo contener la risa. El historial adúltero de Menzies era un regalo extra para mí y para la prensa, y no pude dejar de preguntarme cómo habría reaccionado Carla de haberse enterado.

Sir Humphrey dedicó el resto del día a conseguir que Menzies explicara los detalles de sus relaciones anteriores con las cuatro amantes. El tribunal estaba intrigadísimo, y los periodistas seguían escribiendo, seguros de que iban a tener un gran día. Cuando se levantó la sesión, el señor Scott tenía los ojos cerrados.

Mientras aquella noche conducía de regreso a casa, me sentía algo más que ligeramente satisfecho de mí mismo, como el individuo que ha completado una productiva jornada de trabajo.

Al entrar en la sala del juicio al día siguiente, vi que los asistentes empezaban a reconocer a los demás habituales y a saludarse. Y me di cuenta de que yo hacía lo mismo: saludaba a la gente con gestos al dirigirme a mi sitio al extremo del banco.

Sir Humphrey pasó la mañana repasando algunas otras fechorías de Menzies. Así nos enteramos de que había estado en la segunda reserva solo cinco meses y que le habían cesado por desavenencias con el oficial al mando, a propósito de las horas que tenían que haber dedicado a prácticas los fines de semana, y de las cantidades que reclamaba por dichas horas. Nos enteramos también de que sus tentativas de obtener una concejalía se debían más a un deseo de tomar represalias por la negativa del permiso para edificar en un terreno próximo a su casa, que a sentimientos altruistas de servir a sus semejantes. Para ser justos, *sir* Humphrey habría sido capaz de conseguir que el arcángel san Gabriel pareciera un hinchado de fútbol de los que practican el vandalismo.

Pero aún se guardaba el triunfo definitivo en la manga.

—Señor Menzies, me gustaría volver ahora a su versión de lo que ocurrió la noche en que la señorita Moorland fue asesinada.

—Sí —asintió Menzies con un suspiro que revelaba cansancio.

—Cuando visita usted a un cliente para hablar de una póliza, ¿cuánto diría usted que suele durar una consulta normal?

—Por lo general, una media hora; una hora como mucho.

—¿Y cuánto duró la consulta de la señorita Moorland?

—Una hora larga —dijo Menzies.

—Y usted se fue de su casa, si no recuerdo mal su declaración, poco después de las seis.

—Así es.

—¿Y a qué hora estaban ustedes citados?

—A las cinco, como indica claramente la agenda de mi despacho.

—Bien, señor Menzies. Si llegó usted hacia las cinco a casa de la señorita Moorland y se fue poco después de las seis, ¿cómo es que tenía una multa de aparcamiento?

—No tenía suelto para el parquímetro —explicó Menzies tranquilamente—. Y como ya habían pasado unos minutos, me arriesgué.

—Se arriesgó —repitió lentamente *sir* Humphrey—. Es usted un hombre capaz de correr riesgos, señor Menzies, no cabe duda. ¿Tendría usted la amabilidad de echar un vistazo a la multa en cuestión?

El alguacil se la entregó a Menzies.

—¿Quiere usted leer en voz alta ante el tribunal la hora exacta de la infracción que el guardia urbano escribió en la casilla correspondiente?

De nuevo Menzies tardó bastante en contestar.

—Cuatro dieciséis a cuatro treinta —dijo al fin.

—No he oído —protestó el juez.

—¿Sería tan amable de repetir lo que ha dicho para que lo oiga el señor juez? —dijo el fiscal.

Menzies repitió aquellos datos irrefutables.

—Así pues, queda establecido que en realidad estuvo usted con la señorita Moorland desde antes de las cuatro dieciséis, y no, como creo que escribió usted posteriormente en su agenda, desde las cinco en punto. Lo cual es otra mentira, ¿verdad?

—No —replicó Menzies—. Seguramente llegué un poco antes de lo que creía.

—Una hora antes por lo menos, según parece. Y creo que llegó usted esa hora antes porque su interés por Carla Moorland no era exclusivamente profesional, ¿verdad?

—Eso no es cierto.

—¿Acaso no tenía usted intención de hacerla su amante?

Menzies vaciló el tiempo suficiente para que *sir* Humphrey contestara su propia pregunta:

—Porque la parte profesional de su entrevista terminó en la habitual media hora, ¿no es cierto, señor Menzies?

Esperó una respuesta, pero Menzies no daba ninguna.

—¿Cuál es su grupo sanguíneo, señor Menzies?

—No tengo idea.

Sir Humphrey cambió súbitamente de táctica.

—¿Sabe por casualidad lo que es el DNA?

—No —fue la desconcertada respuesta.

—El ácido desoxirribonucleico es una técnica probada que da información genética única en cada individuo. Pueden utilizarse muestras de sangre o de semen. El semen, señor Menzies, es tan personal como las huellas dactilares. Con una muestra así sabríamos de inmediato si violó usted a la señorita Moorland.

—¡No la violé! —Rechazó Menzies, indignado.

—Pero se acostó con ella, ¿no es cierto? —dijo tranquilamente *sir* Humphrey.

Menzies guardó silencio.

—¿Quiere que vuelva a llamar al forense y le pida que haga un análisis de DNA?

Menzies persistió en su silencio.

—¿Y que determine su grupo sanguíneo? —*Sir* Humphrey hizo una pausa—. Volveré a preguntárselo, señor Menzies. ¿Tuvieron usted y la mujer asesinada relaciones sexuales aquel jueves por la tarde?

—Sí, señor —admitió Menzies en un susurro.

—Sí, señor —repitió *sir* Humphrey para que todos los presentes lo oyeran bien.

—¡Pero no fue violación! —gritó Menzies.

—¿No lo fue?

—Y juro que yo no la maté.

Creo que yo debía de ser la única persona de la sala que sabía que estaba diciendo la verdad.

—No haré más preguntas, señoría —concluyó *sir* Humphrey.

El señor Scott intentó denodadamente restaurar la credibilidad de su representado durante el interrogatorio, pero el hecho de que se hubiera demostrado que Menzies mintió sobre su relación con Clara, volvía sospechosas todas sus declaraciones anteriores.

Si Menzies hubiera dicho al menos desde el principio la verdad, que era amante de Carla, quizá su historia hubiera resultado verosímil. Me preguntaba por qué habría mentido... ¿Por ocultar a su esposa aquella relación? Fuera cual fuese el motivo, lo único que había conseguido era parecer culpable de un crimen que no había cometido.

Aquella noche, de vuelta en casa, disfruté de la cena más abundante que había podido permitirme en muchos días.

A la mañana siguiente, el señor Scott llamó a declarar a otros dos testigos. El primero era el vicario de St. Peter, Sutton, quien comparecía como testigo respetable para demostrar que Menzies era un pilar de la comunidad. Cuando *sir* Humphrey terminó su interrogatorio, el vicario parecía un anciano apocado y amable cuyo conocimiento de Menzies se basaba únicamente en la esporádica asistencia del acusado a los oficios religiosos dominicales.

El segundo testigo era el jefe de Menzies en su empresa. Se trataba de un personaje mucho más impresionante, pero no pudo afirmar que la señorita Moorland hubiera sido alguna vez cliente de la empresa de seguros.

El señor Scott no llamó a más testigos e informó al señor juez Buchanan que la defensa había concluido sus interrogatorios. El juez asintió y, volviéndose a *sir* Humphrey, le informó de que no debería presentar su alegación hasta el día siguiente.

Esa fue la señal de que se levantaba la sesión.

Menzies y yo tendríamos, pues, que soportar aún una larga tarde y una noche aún más larga. Como todos los demás días del juicio, a la mañana siguiente procuré estar en mi puesto antes de que el juez hiciera su entrada.

El alegato final de *sir* Humphrey fue una pieza magistral. Destacó y resaltó cada mentirijilla hasta que empezó a parecer imposible que hubiera una sola verdad en la declaración.

—Nunca sabremos con seguridad cuál fue el motivo del asesinato de la pobre Carla Moorland. ¿Negarse a aceptar las proposiciones de Menzies? ¿Un ataque de ira que acabó con un golpe que la hizo caer y le causó luego la

muerte? Pero de algunas cosas, señores del jurado, sí podemos estar absolutamente seguros.

«Podemos estar seguros de que Menzies estaba con la mujer asesinada aquel día antes de las cuatro dieciséis, por la prueba irrefutable de la multa de aparcamiento.

»Podernos estar seguros de que se fue poco después de las seis, porque tenemos un testigo que le vio marcharse y él mismo no lo niega.

»Y podemos estar seguros de que escribió una nota falsa en su agenda para hacernos creer que tenía una cita de negocios con la mujer asesinada a las cinco, en vez de un encuentro por motivos personales mucho antes.

»Y también podemos estar seguros ahora de que mintió cuando declaró no haber mantenido relaciones sexuales con la señorita Moorland poco antes de que fuera asesinada. No nos consta, sin embargo, si el coito tuvo lugar antes o después de que le rompieran la mandíbula.

Sir Humphrey recorrió con la mirada a los miembros del jurado y continuó:

—Y, por último, podemos establecer la hora de la muerte sin la menor duda razonable, gracias al informe del forense. De este dato se desprende que Menzies fue la última persona que vio a Carla Moorland con vida.

»Así pues, ninguna otra persona pudo haber matado a Carla Moorland (no olvidemos la declaración del inspector Simmons), y si así lo admiten ustedes, deberán aceptar sin lugar a dudas que Menzies puede ser el responsable de su muerte. Y tienen ustedes que haber interpretado como un hecho concluyente que ocultara la existencia de una primera esposa que le dejó por su crueldad, y de las cuatro amantes que no sabemos cómo ni por qué le dejaron. ¡Solo una menos que Barba Azul! —añadió *sir* Humphrey con vehemencia.

»Por el bien de toda joven que viva sola en nuestra ciudad, tienen ustedes que cumplir con su deber, por muy penoso que pueda resultarles, y declarar a Menzies culpable de asesinato.

Cuando *sir* Humphrey se sentó, me dieron ganas de aplaudirle.

El juez decidió otro descanso. A mi alrededor, todas las voces condenaban ahora a Menzies. Yo escuchaba complacido, sin dar mi opinión. Sabía que si el jurado le declaraba culpable se cerraría el caso y ya nadie miraría jamás en mi dirección. Antes de que llegara el juez, a las dos y diez,

yo ya estaba sentado en mi sitio.

Llamó al señor Scott.

El defensor de Menzies hizo una fogosa defensa de su cliente, señalando que casi todas las pruebas que había alegado *sir* Humphrey eran circunstanciales, y que era muy posible que alguna otra persona hubiera visitado a Carla Moorland después de que se marchara su cliente. Las tupidas cejas del señor Scott casi parecían tener vida propia mientras resaltaba vigorosamente que era responsabilidad del ministerio fiscal demostrar su acusación más allá de toda duda razonable, y que, en su opinión, su docto colega *sir* Humphrey, no lo había hecho.

En su conclusión, Scott evitó cualquier mención a anotaciones de agendas, multas por aparcamiento indebido, amantes, coito y dudas sobre el papel de su defendido en la comunidad. La persona que solo hubiera llegado a oír los discursos finales, estaría disculpada si creía que aquellos dos doctos caballeros aludían en sus conclusiones a casos distintos.

El señor Scott adoptó una expresión grave al volverse hacia los miembros del jurado para poner punto final a su alegato:

—Ustedes doce tienen el destino de mi cliente en sus manos. Han de estar, por tanto, absolutamente seguros, repito, seguros más allá de toda duda razonable, de que Paul Menzies cometió un delito tan deleznable como el de asesinato.

»No se juzga aquí el tipo de vida que llevaba el señor Menzies, ni su posición en la comunidad, ni siquiera sus hábitos sexuales. Si el adulterio fuera un delito, estoy seguro de que el señor Menzies no sería la única persona de esta sala que estaría hoy en el banquillo de los acusados.

Hizo una pausa, durante la cual recorrió con la mirada a los miembros del jurado.

—Por eso mismo confío en que ustedes librarán a mi cliente del tormento a que se ha visto sometido en los últimos siete meses. Creo que ha quedado demostrado sin lugar a dudas que es un hombre inocente, digno de su compasión.

El señor Scott se hundió en el banco tras dar a su cliente, me pareció, una chispa de esperanza.

El juez nos dijo que no expondría su propia conclusión hasta el lunes por

la mañana.

Aquel fin de semana me pareció eterno. El lunes había conseguido convencerme de que bastantes miembros del jurado considerarían que faltaban pruebas suficientes para condenarle.

Una vez reiniciado el juicio, el juez empezó a explicar de nuevo que correspondía exclusivamente al jurado tomar la última decisión. No era labor suya hacerle saber su propia opinión, sino solamente aconsejarle sobre la ley.

Repasó todas las declaraciones, tratando de situarlas en perspectiva, pero en ningún momento dejó traslucir sus opiniones personales. Cuando a última hora de la tarde de aquel lunes terminó su exposición final, pidió a los miembros del jurado que se retiraran a deliberar.

Esperé casi con la misma angustia con que debía esperar Menzies, escuchando la opinión de los demás mientras transcurrían los minutos en aquella pequeña habitación.

Al cabo de cuatro horas, el jurado envió una nota al juez.

El juez pidió de inmediato a los miembros del jurado que volvieran a ocupar sus puestos, mientras los periodistas abarrotaban la sala como si se tratara de la Cámara de los Comunes en el debate del presupuesto. El alguacil entregó la nota al señor juez Buchanan. Él la abrió despacio y leyó lo que solamente otras doce personas de la sala podían saber.

Devolvió la nota al alguacil que la leyó en medio de un gran silencio. El señor juez Buchanan frunció el entrecejo y preguntó si había alguna posibilidad de que los miembros del jurado llegaran a un veredicto unánime si les concedía más tiempo. En cuanto supo que no era posible, otorgó de mala gana su anuencia a un veredicto por mayoría.

Los miembros del jurado volvieron a desaparecer escaleras abajo para proseguir sus deliberaciones y no volvieron a sus puestos hasta pasadas otras tres horas. Yo sentía clarísimamente la tensión de la sala mientras los que estaban a mi lado se comunicaban sus opiniones en ruidosos susurros. El alguacil pidió silencio mientras el juez esperó que se colocaran todos y ordenó al alguacil que prosiguiera.

Cuando se levantó el alguacil, pude oír respirar a la persona que estaba a mi lado.

—¿Quiere levantarse el presidente del jurado, por favor?

Me levanté.

—¿Tienen ustedes un veredicto en el que coincidan al menos diez de los miembros del jurado?

—Lo tenemos, señor.

—¿Declaran ustedes al acusado, Paul Menzies, culpable o inocente?

—Culpable —contesté.

IGNATIUS BARRELEWODO

Muy pocas personas manifestaron gran interés cuando Ignatious Agarbi fue nombrado ministro de Economía y Hacienda. Después de todo, argüían los cínicos, era la decimoséptima persona que ocupaba el cargo en diecisiete años.

En su primer discurso político, Ignatious prometió poner fin a los sobornos y la corrupción, y advirtió al electorado que ni una sola persona que ostentara un cargo público podría sentirse segura a menos que llevara una vida intachable. Terminó su discurso con las siguientes palabras: «Me propongo limpiar los establos de Augías nigerianos».

Fue tal el impacto del discurso del nuevo ministro, que ni siquiera lo mencionaron en el Times de Lagos. Tal vez el director pensara que, como el periódico había cubierto los discursos de los dieciséis ministros anteriores in extenso, los lectores tendrían la impresión de que todo se repetía.

Pero Ignatious no se desanimó por la falta de confianza de que era objeto; antes bien, se consagró a su nueva tarea con determinación y energía. A los pocos días de su nombramiento, ya había hecho encarcelar a un funcionario menor del Ministerio de Alimentación, por falsificar documentos relacionados con la importación de grano. La siguiente persona que sintió el ímpetu de la escoba de Ignatious fue un importante financiero libanés al que se expulsó del país sin juicio previo, por infringir las normas de control de divisas. Un mes después sucedería algo que hasta Ignatious consideró un golpe personal: la detención del jefe de policía por aceptar sobornos, algo que los ciudadanos de Lagos habían aceptado siempre como normal. Cuando, cuatro meses después, el jefe de policía fue condenado a año y medio de cárcel, el nuevo ministro de Economía y Hacienda consiguió al fin una

primera plana en el Times de Lagos. Un editorial de la página central le llamaba «Ignatious Barrelotodo», la escoba a la que temía todo individuo corrupto. La fama de Ignatious como Señor Barrelotodo crecía a medida que se iban sucediendo las detenciones. Empezaron a circular por la ciudad rumores infundados, según los cuales el nuevo ministro de Economía y Hacienda había sometido a investigación al mismísimo general Otobi, jefe del Estado.

Solo Ignatious controlaba, revisaba y autorizaba todos los contratos con el extranjero por valor superior a cien millones de dólares. Y aunque sus enemigos controlaban meticulosamente cada una de sus autorizaciones, ni siquiera el más leve soplo de escándalo llegó a asociarse a su nombre.

Cuando inició el segundo año en el cargo, hasta los más escépticos empezaron a reconocer sus éxitos. Precisamente por entonces, el general Otobi se sintió ya lo bastante seguro para convocar a Ignatious a una consulta informal. El jefe del Estado recibió al ministro en el cuartel de Durden y le acompañó hasta un cómodo sillón de su despacho, que daba al campo de maniobras.

—Ignatious, he acabado de repasar el último informe presupuestario y estoy consternado por esa conclusión suya de que el Tesoro Público sigue perdiendo millones de dólares anualmente en sobornos pagados a intermediarios por las empresas extranjeras. ¿Tiene usted idea de a qué bolsillos va a parar ese dinero? Quiero saberlo.

Ignatious, rígido en su asiento, no apartaba la vista del jefe del Estado.

—Sospecho que un gran porcentaje de ese dinero acaba en cuentas bancarias de Suiza, pero aún no dispongo de pruebas que lo demuestren.

—Pues le concederé todas las autorizaciones precisas —dijo el general Otobi—. Puede emplear usted todos los medios que considere necesarios para descubrir a esos canallas. Empezar por investigar a todos los miembros del gobierno, los actuales y los anteriores. Y hágalo sin ningún miramiento a su rango ni a sus relaciones.

—Para que esa tarea tenga la menor posibilidad de éxito necesitaría una autorización especial firmada por usted, general...

—Esta misma tarde a las seis se la enviaré a su despacho.

—Me convendría tener el rango de embajador plenipotenciario cuando

viaje al extranjero.

—Concedido.

—Gracias.

Ignatious se levantó, suponiendo que la audiencia había terminado.

—Necesitará usted también esto —le dijo el general cuando se encaminaba hacia la puerta. El jefe del Estado entregó a Ignatious una pequeña pistola automática—. Porque sospecho que, a estas alturas, ya tiene usted casi tantos enemigos como yo.

Ignatious aceptó la pistola con torpeza, se la guardó en el bolsillo y volvió a darle las gracias, mascullando entre dientes.

Sin que mediara una palabra más entre ambos, Ignatious se marchó y fue conducido de nuevo a su ministerio.

Sin conocimiento del director del Banco Estatal de Nigeria, y sin el obstáculo de los altos funcionarios, Ignatious se consagró entusiasmado a su nueva tarea. Solo investigaba por la noche, y no comentaba sus descubrimientos con nadie durante el día. Al cabo de tres meses, ya estaba en condiciones de actuar.

El ministro eligió el mes de agosto para hacer una visita no oficial al extranjero, pues como era la época del año en que se iba de vacaciones la mayoría de los nigerianos, su ausencia no llamaría la atención a nadie. Pidió a su secretario que sacara billetes para él, su esposa y sus dos hijos hasta Orlando y que se cerciorara de que cargaban el importe a su cuenta personal.

En Florida, la familia se inscribió en el hotel Marriot. Ignatious comunicó a su esposa, sin previo aviso ni explicación de ningún tipo, que debía ir unos días a Nueva York por cuestión de negocios, y que volvería luego para pasar con la familia el resto de las vacaciones. A la mañana siguiente, Ignatious dejó a los suyos prendidos en los misterios de Disneylandia, mientras él se iba en avión a Nueva York. Tras el breve trayecto en taxi del aeropuerto de La Guardia al de Kennedy, donde se cambió de atuendo y sacó un billete turístico de ida y vuelta que pagó al contado, Ignatious, en el más completo anonimato, tomó el vuelo de las líneas aéreas suizas para Ginebra.

Una vez en la ciudad, se inscribió en un hotel discreto, se retiró a descansar y durmió profundamente durante ocho horas. Por la mañana, estudió durante el desayuno la lista de bancos que tan cuidadosamente había

preparado una vez completada su investigación en Nigeria: había escrito todos los nombres con su letra. Decidió empezar por el Gerber et Cie, cuyo edificio, según vio desde la habitación del hotel, ocupaba media Avenue de Parchine. Verificó por mediación del conserje el número de teléfono antes de llamar. El director aceptó recibirle a las doce en punto.

Ignatious, con una cartera raída, llegó al banco unos minutos antes de la hora convenida, algo insólito en un nigeriano, según pensó el joven ataviado con un elegante traje gris, camisa blanca y corbata de seda también gris, que le esperaba en el vestíbulo de mármol. Saludó al ministro con una inclinación y se presentó como ayudante personal del director, invitándole acto seguido a acompañarle al despacho del mismo. El joven ejecutivo guio al ministro hasta un ascensor que esperaba, y ninguno de los dos pronunció una palabra más hasta que llegaron a la planta undécima. Una discreta llamada en la puerta del despacho del director recibió la respuesta de *Entrez*, que el joven obedeció.

—El ministro nigeriano de Economía y Hacienda, señor.

El director se levantó y se acercó a saludar a su visitante. Ignatious no pasó por alto el detalle de que vestía también traje gris, camisa blanca y corbata de seda gris.

—Buenos días, señor ministro —saludó el director—. ¿Quiere sentarse, por favor? —Guió a Ignatious hacia un extremo de la estancia, donde había una mesita baja de cristal rodeada de cómodas butacas—. He pedido café; espero que le apetecerá.

Ignatious asintió, colocó la raída cartera en el suelo junto a su butaca y miró por el ventanal. Hizo un comentario sobre la espléndida vista de la magnífica fuente, mientras una muchacha servía café a los tres.

Ignatious abordó el asunto en cuanto se fue la joven.

—El jefe del Estado de mi país me ha pedido que visite su banco y que le haga una petición un poco insólita —ni el director ni su ayudante manifestaron la menor sorpresa—. Me ha hecho el honor de encomendarme la tarea de averiguar qué ciudadanos nigerianos tienen cuentas numeradas en su banco.

Solo el director del banco movió los labios ante esta información.

—No estoy autorizado a revelar...

—Permítame exponer la situación —dijo el ministro, alzando una blanca

palma—. Permítame, primero, demostrarle que cuento con plena autoridad de mi Gobierno.

Y, sin pronunciar una palabra más, Ignatious sacó con un floreo un sobre de su bolsillo interior. Se lo entregó al director, que lo abrió y extrajo un documento que leyó lentamente.

El banquero volvió a leer y carraspeó.

—Lo lamento muchísimo, señor, pero este documento carece de validez en mi país —volvió a meterlo en el sobre y se lo devolvió a Ignatious—. Ni siquiera se me ha ocurrido pensar, por supuesto, que no contara usted con el pleno respaldo de su jefe del Estado, como ministro y como embajador, pero eso no cambia la norma bancaria del secreto en estos asuntos. Sin la autorización expresa de nuestros clientes no podemos revelar sus nombres bajo ninguna circunstancia. Lo lamento de veras, pero esas son y serán siempre las normas del banco.

El director se levantó, dando por terminada la entrevista. No había contado con Ignatious Barrelotodo.

—El jefe del Estado de mi país —dijo Ignatious, suavizando perceptiblemente el tono— me ha autorizado para pedir a su banco que actúe como intermediario de todas las futuras transacciones entre mi país y Suiza.

—Nos halaga la confianza que deposita en nosotros, señor ministro —repuso el director del banco, que seguía de pie—. No obstante, estoy seguro de que comprenderá usted que eso no cambiará en nada nuestra actitud en lo referente a guardar el secreto sobre nuestros clientes.

Ignatious seguía imperturbable.

—Lamento tener que informarle entonces, señor Gerber, que nuestro embajador en su país recibirá órdenes de presentar una protesta oficial al Ministerio suizo de Asuntos Exteriores por la falta de cooperación de su banco respecto a la solicitud de información sobre nuestros ciudadanos —esperó a que sus palabras surtieran efecto una vez asimiladas—. Podría evitarse usted esa molestia, claro, solo con darme a conocer los nombres de aquellos de mis compatriotas que tienen cuentas en Gerber et Cie y las sumas que hay en esas cuentas. Puedo asegurarle que no revelaremos nuestra fuente de información.

—Puede presentar usted esa protesta, desde luego, y estoy absolutamente

seguro de que nuestro ministro le explicará a su embajador con toda la cortesía del lenguaje diplomático, que el Ministerio de Exteriores no tiene autoridad, según la ley suiza, para exigir esos informes.

—En tal caso, pediré personalmente a nuestro ministro de Comercio que cancele toda relación comercial futura con ciudadanos suizos en Nigeria hasta que se me faciliten esos nombres.

—Está usted en su derecho, señor ministro —repuso el director, impasible.

—Y tendremos que reconsiderar también todos los contratos que su país está negociando en la actualidad en Nigeria. Y me encargaré además personalmente de que no se respeten las cláusulas penales.

—¿No le parece una medida algo precipitada?

—Permítame decirle, señor Gerber, que tal decisión no me quitaría un minuto de sueño. No me conmovió lo más mínimo que mis tentativas de descubrir esos nombres pusieran a su país de rodillas.

—Muy bien, señor ministro. Pero tampoco eso modificaría la política ni la actitud de este banco respecto al carácter confidencial de las cuentas de nuestros clientes.

—Puestas así las cosas, me veo obligado a ordenar hoy mismo a nuestro embajador que cierre nuestra embajada y declararé a su embajador en Lagos persona non grata.

El director arqueó las cejas por primera vez.

—Y además —prosiguió Ignatious—, celebraré una conferencia en Londres e informaré a la prensa mundial del disgusto del jefe del Estado de mi país por la actitud de este banco. Estoy seguro de que en cuanto se haga público, muchos de sus clientes preferirán cancelar sus cuentas, en tanto que otros que les consideraban un buen refugio, tal vez crean necesario buscarse otro.

El ministro esperó, pero el director guardó silencio.

—Pues no me deja usted ninguna alternativa —concluyó Ignatious, levantándose.

El director le tendió la mano, suponiendo que finalmente la entrevista concluía, pero vio horrorizado que Ignatious se llevaba la mano al bolsillo de la chaqueta y sacaba una pistola pequeña. Los dos banqueros suizos se

quedaron paralizados cuando el ministro nigeriano de Economía y Hacienda dio un paso hacia el director y le puso el cañón de la pistola en la sien.

—Necesito esos nombres, señor Gerber. Y ya habrá comprendido usted que no me detendré ante nada. Si no me los da inmediatamente, le vuelo la tapa de los sesos. ¿Me ha entendido?

El director asintió con un levísimo cabeceo y se le llenó la frente de sudor.

—Y después a él —dijo Ignatious, señalando con un gesto al joven ayudante, que permanecía mudo y paralizado a pocos pasos.

—Deme los nombres de todos los nigerianos que tienen cuenta en este banco —dijo tranquilamente Ignatious, dirigiéndose al joven— o dispararé y podrá ver los sesos de su jefe esparcidos sobre su preciosa alfombra. Inmediatamente, ¿me oye? —añadió con aspereza.

El joven miró a su jefe, que pese a estar temblando, articuló con toda claridad:

—*Non, Pierre, jamás.*

—*D'accord* —repuso el ayudante en un susurro.

—No podrán decir que no les he dado todas las oportunidades.

Ignatious amartilló el arma. Al director le corría ahora el sudor por la cara, y el joven, aterrado, tuvo que volverse para no mirar, esperando el disparo.

—Excelente —dijo Ignatious, retirando el arma de la cabeza del director y guardándosela de nuevo en el bolsillo.

Los dos banqueros seguían temblando mudos de miedo. El ministro alzó del suelo su raída cartera y la colocó en la mesita de cristal. Accionó los cierres y la tapa saltó con un chasquido.

Los dos banqueros contemplaron las hileras pulcramente empaquetadas de billetes de cien dólares. La cartera estaba llena hasta el último milímetro. El director calculó rápidamente que habría unos cinco millones de dólares.

—Querría saber —dijo Ignatious— qué debo hacer para abrir una cuenta en su banco.

Á LA CARTE

Arthur Hapgood fue desmovilizado el 3 de noviembre de 1946. Al cabo de un mes estaba en su antiguo puesto de trabajo de la fábrica Triumph, en las afueras de Coventry.

Los cinco años pasados en los Sherwood Foresters, cuatro de ellos como furriel destinado en un regimiento de tanques, parecían una premonición de cuál iba a ser el destino de Arthur después de la guerra, pese a que él aspiraba a encontrar una ocupación más satisfactoria. Pero al volver a Inglaterra, no tardó en descubrir que no era tan fácil conseguir trabajo en una «tierra de héroes». Aunque se resistía a volver al trabajo que había desempeñado durante los cinco años que precedieron a la guerra —colocar ruedas en los coches—, después de cuatro semanas en el paro fue de mala gana a Triumph a ver a su antiguo jefe de talleres.

—El puesto es tuyo si lo quieres, Arthur —le aseguró el jefe.

—¿Y el futuro?

—El coche ya no es un juguete para neos excéntricos, ni siquiera una necesidad para el hombre de negocios —le contestó el jefe de talleres. Y prosiguió—: En realidad, la dirección se está preparando para la familia con dos coches.

—Así que necesitarán poner todavía más ruedas —dijo Arthur desolado.

—Eso es lo que queremos.

Arthur firmó el contrato, y al cabo de unos días volvió a ocupar su antiguo puesto de trabajo. Después de todo, como le recordaba a menudo a su mujer, no se precisaba un título de ingeniero para enroscar cuatro tornillos en una rueda cien veces por turno.

No tardó en aceptar el hecho de que debía conformarse con un puesto

inferior. Sin embargo, no era eso lo que planeaba para su hijo.

Mark había cumplido cinco años y aún no conocía a su padre, pero desde que volvió de la guerra hizo todo lo posible por el chico.

Arthur estaba decidido a que Mark no acabara trabajando en los talleres de una fábrica de coches el resto de su vida. Hacía horas extraordinarias para ganar dinero a fin de que el chico pudiera recibir clases particulares de matemáticas, ciencias e inglés. Sintió recompensados sus esfuerzos cuando el muchacho aprobó el examen de ingreso y consiguió una plaza en el colegio de segunda enseñanza King Henry VIII. Su orgullo fue en aumento cuando aprobó los cinco cursos del primer nivel y dos años después, los dos cursos finales.

Arthur procuró disimular su disgusto cuando, el día que Mark cumplió dieciocho años, le comunicó que no quería ir a la universidad.

—¿Qué carrera piensas estudiar ahora, hijo?

—He presentado una solicitud para trabajar contigo en el taller en cuanto acabe el curso.

—Pero ¿por qué...?

—¿Por qué no? Casi todos mis amigos que acaban este curso ya han sido admitidos en Triumph y están deseando empezar.

—Tú estás completamente loco.

—Vamos, papá. El sueldo es bueno y tú has demostrado que siempre puedes ganar más dinero haciendo horas extraordinarias. A mí no me importa trabajar duramente.

—¿Crees que me pasé todos esos años procurando que recibieras una enseñanza de primera para que acabaras como yo, colocando ruedas en los coches toda tu vida? —gritó Arthur.

—Ese no es el único trabajo y tú lo sabes, papá.

—Para entrar allí tendrás que pasar por encima de mi cadáver. Me tiene sin cuidado lo que hagan tus amigos; a mí solo me importas tú. Podrías ser abogado, contable, oficial del ejército, hasta profesor. ¿Por qué quieres acabar en una fábrica de coches?

—Para empezar, está mejor pagado que dar clases. Mi profesor de francés me dijo una vez que ganaba menos que tú.

—Esa no es la cuestión, hijo...

—Papá, la cuestión es que no puedes esperar que me pase el resto de la vida haciendo un trabajo que no me gusta solo para satisfacer tus fantasías.

—Mira, no estoy dispuesto a permitir que desperdicies el resto de tu vida —dijo Arthur, levantándose de la mesa del desayuno—. Lo primero que voy a hacer cuando llegue hoy al trabajo es ocuparme de que rechacen tu solicitud.

—Eso no es justo, papá. Tengo derecho a...

Pero su padre ya no estaba en la habitación y se marchó al trabajo sin volver a dirigirle la palabra.

Padre e hijo estuvieron una semana sin hablarse. Finalmente, la madre propuso una solución intermedia. Si Mark conseguía un empleo que contara con la aprobación de su padre y trabajaba un año entero, podría luego, si quería, volver a solicitar el puesto en la fábrica. El padre, por su parte, ya no pondría ningún obstáculo en el camino de su hijo.

Arthur aceptó. Y Mark también, aunque de mala gana.

—Pero solo si trabajas el año entero —advirtió solemnemente Arthur.

Durante los últimos días de las vacaciones de verano, Arthur sometió varias propuestas a la consideración de Mark, pero el chico no mostró el menor entusiasmo por ninguna de ellas. La madre de Mark estaba bastante nerviosa pensando que al final se quedaría sin trabajo, pero una noche, en la cocina, mientras le ayudaba a pelar patatas para la cena, le confió que trabajar en un hotel le parecía la menos desagradable de todas las posibilidades que había considerado hasta el momento.

—Al menos tendrías un techo sobre la cabeza y comidas regulares aseguradas —comentó la madre.

—Apuesto a que no cocinarán tan bien como tú, mamá —dijo Mark echando las patatas partidas en la cazuela—. De todos modos, solo será un año.

Durante el mes siguiente, Mark acudió a varias entrevistas en diversos hoteles del país, sin éxito. Entonces su padre descubrió que el antiguo sargento de su compañía era jefe de botones del Savoy, y empezó de inmediato a mover algunos hilos.

—Si el chico es bueno —le aseguró su antiguo compañero de armas mientras tomaba una cerveza— podría llegar a jefe de conserjes, e incluso a

director de hotel.

Arthur parecía bastante satisfecho, aunque Mark siguiese diciendo a sus amigos que empezaría a trabajar con ellos al cabo de un año.

El 1 de septiembre de 1959, Arthur y Mark Hapgood fueron juntos en autobús hasta la estación de Coventry. Arthur estrechó la mano del chico y le prometió:

—Tu madre y yo procuraremos que las Navidades de este año, cuando te den el primer permiso, sean unas Navidades especiales. Y no te preocupes. Con Surgen estarás en buenas manos. Te enseñará muchas cosas. Tú procura cumplir siempre como el mejor.

Mark no dijo nada y, al subir al tren, se volvió a su padre y le dirigió una leve sonrisa.

—Nunca lo lamentarás... —Fueron las últimas palabras que Mark le oyó decir mientras el tren salía de la estación.

Mark lo lamentó desde el mismo instante en que puso el pie en el hotel.

Como botones principiante, iniciaba la jornada a las seis de la mañana y acababa a las seis de la tarde. Tenía derecho a un descanso de quince minutos a media mañana, otro de cuarenta y cinco minutos para comer y otro de quince minutos hacia la mitad de la tarde. Cuando llevaba un mes trabajando, no podía recordar que le hubieran concedido los tres descansos ni un solo día, y no tardó en comprender que no podía reclamar a nadie. Sus obligaciones consistían en llevar los equipajes de los clientes a sus habitaciones cuando llegaban y bajarlos cuando se iban. Como en el hotel se alojaba una media de trescientas personas por noche, la tarea era interminable. El sueldo resultó ser la mitad de lo que conseguían llevar a casa sus amigos, y como tenía que entregar todas las propinas al jefe de botones, por muchas horas extraordinarias que hiciera, nunca veía un céntimo. La única vez que osó mencionárselo al jefe de botones, recibió esta respuesta:

—Ya te llegará tu hora, chaval.

A Mark no le importaba que le quedara mal el uniforme, ni que su habitación no llegara a los cuatro metros cuadrados y diera a la estación de Charing Cross. Hasta le tenía sin cuidado no recibir una parte de las propinas. Pero sí le preocupaba no poder hacer nada que complaciera al jefe de botones, por más que se esforzara.

El sargento Crann, que en realidad consideraba el Savoy como una prolongación de su antiguo regimiento, no tenía paciencia con los jóvenes a su mando que no habían cumplido el servicio nacional.

—Pero ¡si yo no era apto para el servicio! —insistía Mark—. No llamaron a los nacidos después de 1939.

—No des excusas, chaval.

—No es una excusa, Sargen; es la verdad.

—Y no me llames Sargen. Para ti soy «el sargento Crann», y que no se te olvide.

—Sí, sargento Crann.

Todos los días, al terminar su trabajo, Mark volvía a su minúsculo cuarto, con su silla minúscula y su diminuta cómoda, y se derrumbaba exhausto en la cama minúscula. El único cuadro de la habitación (El caballero risueño) estaba reproducido en el calendario que colgaba sobre la cama. La fecha del 1 de septiembre de 1960 tenía un círculo rojo para recordarle cuándo volvería a casa y podría empezar a trabajar en la fábrica con sus amigos. Todas las noches, antes de dormirse, tachaba el día humillante, como el preso que hace marcas en la pared.

En Navidad, Mark fue cuatro días a casa, y cuando su madre vio el estado general del muchacho intentó convencer al padre para que le permitiera dejar el hotel, pero Arthur se mantuvo inflexible.

—Hicimos un trato. No puedo contar con que le den un trabajo en la fábrica si no es lo bastante responsable como para saber cumplir con su parte de un acuerdo.

En las breves vacaciones, Mark esperaba a sus amigos a la puerta de la fábrica y escuchaba luego sus historias de los fines de semana que pasaban viendo partidos de fútbol, bebiendo en el bar y bailando al ritmo de los Everley Brothers. Todos comprendían su problema y deseaban que llegara septiembre para que empezara a trabajar con ellos.

—Ya quedan pocos meses —le recordó animosamente uno de ellos.

Antes de que pudiera darse cuenta, Mark estaba de nuevo en su trabajo de Londres, donde siguió transportando maletas de mala gana por los pasillos del hotel, un mes detrás de otro.

Cuando amainó la lluvia inglesa, empezó el flujo habitual de turistas

americanos. A Mark le gustaban los americanos, que le trataban como a un igual y le daban propinas de un chelín por el mismo servicio que otros clientes hubieran retribuido con seis peniques. Claro que, dieranle lo que le dieran, el sargento Crann proseguía embolsándose, con el inevitable: «Ya te llegará tu hora, chaval».

Uno de aquellos americanos, al que Mark atendió diligentemente corriendo de un lado a otro durante su estancia de quince días, le entregó al muchacho un billete de diez chelines al despedirse en la puerta principal de hotel.

—Gracias, señor —le dijo Mark, echando una ojeada para comprobar si el sargento Crann andaba por allí.

—Suéltalo —le dijo Crann, en cuanto el cliente americano ya no podía oírle.

—Precisamente andaba buscándole para dárselo —le dijo Mark, entregando el billete a su superior.

—No estarías pensando quedarte lo que me pertenece legítimamente, ¿verdad?

—No, claro que no. Aunque bien sabe Dios que me lo gané.

—Ya te llegará tu hora, chaval —concluyó el sargento Crann sin pensarlo mucho.

—No me llegará mientras esté mandando alguien tan listo como usted —repuso Mark con aspereza.

—¿Qué has dicho? —preguntó el jefe de botones, volviéndose.

—Ya me ha oído, Sargen.

El bofetón en el oído pilló a Mark por sorpresa.

—Mira, chaval, acabas de quedarte sin trabajo. Nadie, lo que se dice nadie, me habla así, ¿te enteras? —dijo el sargento Crann, se volvió y se dirigió al despacho del director.

El director del hotel, Gerald Drummond, escuchó la versión de los hechos del jefe de botones y llamó inmediatamente a Mark a su despacho.

—Comprenderás que no me dejas más elección que despedirte —fueron sus primeras palabras en cuanto la puerta se cerró.

Mark alzó la vista hacia aquel individuo alto y elegante, con su chaqueta negra larga, el cuello blanco y la corbata negra.

—¿Puedo explicarle lo que ocurrió realmente, señor? —preguntó.

El señor Drummond asintió, y luego escuchó sin interrumpir la versión de Mark de lo ocurrido aquella mañana. Le contó también el acuerdo al que había llegado con su padre.

—Por favor, permítame seguir trabajando las diez últimas semanas — concluyó Mark— o mi padre dirá que no he cumplido mi parte del acuerdo.

—No tengo ningún otro puesto vacante en este momento —alegó el director—. A no ser que estés dispuesto a pasarte diez semanas pelando patatas.

—Haré lo que sea.

—Entonces, preséntate en la cocina mañana por la mañana a las seis. Le diré al tercer cocinero que irás. Pero si el jefe de botones te parece un sargento, espera a conocer a Jacques, nuestro *chef de maître cuisine*. Te aseguro que él no te dará un cachete en la oreja; te la cortará.

A Mark le daba igual. Estaba seguro de que durante diez semanas podría aguantar lo que fuera, y a la mañana siguiente a las cinco y media había cambiado su uniforme azul oscuro por una chaqueta blanca y unos pantalones de cuadros azules y blancos, y se presentó a cumplir con sus nuevas obligaciones. Le sorprendió que la cocina ocupara casi todo el sótano del hotel y que allí la actividad fuera mayor aún que en el vestíbulo.

El tercer cocinero le colocó en un rincón de la cocina, junto a una montaña de patatas, un cuenco de agua caliente y un cuchillo afilado. Mark peló hasta la hora del desayuno, de la comida y de la cena, y se quedó dormido nada más echarse en la cama, sin fuerzas ni para tachar el día en el calendario.

Durante la primera semana ni siquiera vio al legendario Jacques. Como trabajaban en la cocina setenta personas, Mark confiaba en que podría pasar completamente inadvertido.

Todos los días empezaba a pelar a las seis, y luego entregaba las patatas a un joven llamado Terry que las partía o las cortaba, a su vez, según las instrucciones del tercer cocinero, para el plato del día. El lunes, salteadas; el martes, en puré; el miércoles, fritas; el jueves, en rodajas; el viernes, asadas; el sábado, para croquetas... Mark no tardó en alcanzar un ritmo diario, y llevaba siempre una buena ventaja a Terry, así que no había ningún

problema.

Después de ver a Terry hacer su trabajo durante una semana, Mark estaba seguro de que podría enseñar al joven aprendiz a aligerar su carga facilísimamente, pero decidió mantener la boca cerrada; abrirla solo podía crearle problemas, y estaba seguro de que el director no le daría una segunda oportunidad.

Pronto descubrió que Terry se atrasaba siempre muchísimo en el pastel de carne con patatas del martes y en el estofado del jueves. De vez en cuando, el tercer cocinero se acercaba a protestar y echaba una ojeada al trabajo de Mark para comprobar si era él quien ocasionaba el retraso. Mark procuraba tener siempre al lado un cubo de repuesto de patatas peladas para evitar las críticas.

El primer jueves de agosto por la mañana (tocaba estofado), Terry se cortó un dedo, el índice. La sangre salpicó todas las patatas cortadas y la mesa de madera, y el chico se puso a gritar histérico.

—¡Llévenselo de aquí! —gritó el *chef de maître cuisine* por encima del estruendo general.

—Y tú —dijo, señalando a Mark—, limpia todo esto y ponte a cortar las patatas que faltan. Hay todavía ochocientos clientes hambrientos esperando.

—¿Yo? —preguntó Mark, incrédulo—. Es que...

—Sí, tú. No podrías hacerlo peor que ese idiota que se dice aprendiz de cocinero y se corta un dedo.

Y acto seguido desapareció. Mark se acercó de mala gana a la mesa de trabajo de Terry. No estaba dispuesto a discutir mientras el calendario siguiera allí para recordarle que le faltaban solamente veinticinco días.

Mark se puso manos a la obra; lo había hecho muchas veces para su madre. Daba cortes limpios y precisos con una habilidad que Terry no habría ni soñado. Al final del día, aunque agotado, no se sentía tan cansado como siempre.

Aquella noche a las once, el *chef de maître cuisine* lanzó su gorro y cruzó con torpeza las puertas de batientes; era la señal de que todos los demás podían irse también en cuanto ordenaran lo que les correspondiera. A los pocos segundos, volvió a abrirse la puerta y apareció el jefe de cocina. Se quedó mirando alrededor mientras todos esperaban a ver lo que hacía. En cuanto dio con lo que estaba buscando, se dirigió directamente a Mark.

«Oh, Dios mío —se dijo Mark—, va a matarme».

—¿Cómo te llamas? —requirió.

—Mark Hapgood, señor —consiguió farfullar Mark.

—Con las patatas se desperdicia tu habilidad, Mark Hapgood —dijo el *chef*—. Empieza con las verduras por la mañana. Preséntate a las siete. Si el *crétin* ese del medio dedo vuelve alguna vez, que se ponga a pelar patatas.

Y, dicho esto, giró sobre sus talones y se fue sin dar tiempo a Mark a replicar.

Le aterraba la idea de tener que pasar tres semanas en medio de aquella cocina, siempre bajo la atenta mirada del *chef de maître cuisine*, pero llegó a la conclusión de que no tenía alternativa.

A la mañana siguiente, Mark se presentó a las seis por miedo a llegar tarde y se pasó una hora viendo descargar las verduras frescas del mercado de Covent Garden. El encargado de suministros del hotel comprobó meticulosamente todas las cajas y devolvió algunas antes de firmar un comprobante de que el hotel había recibido más de tres mil libras de hortalizas. La media diaria, según le dijo a Mark.

El *chef de maître cuisine* llegó unos minutos antes de las siete y media, comprobó los menús y mandó a Mark limpiar las coles de Bruselas, recortar las judías verdes y quitar las hojas externas y duras de los repollos.

—Pero no sé cómo se hace —le dijo Mark con franqueza.

Se daba cuenta de que los otros aprendices se iban distanciando poco a poco de él.

—Pues yo te enseñaré —gruñó el jefe de cocina—. Quizá lo único que debes aprender es que si quieres ser un buen *chef* has de saber hacer todos los trabajos de la cocina, incluso pelar patatas.

—Pero yo quiero ser... —empezó a decir Mark, pero lo pensó mejor.

El jefe de cocina parecía no haberle oído. Se sentó a su lado. Todos se quedaron mirando cómo le explicaba las nociones básicas de cortar y partir.

—Y recuerda el dedo del otro idiota —le dijo, completando la lección y pasándole un cuchillo afiladísimo—. El tuyo puede ser el siguiente.

Mark empezó a cortar las zanahorias con cautela, luego las coles de Bruselas, quitando las hojas externas y haciendo una profunda cruz en el tallo. Luego se puso a recortar y partir las judías. De nuevo le resultó bastante

fácil adelantarse a los pedidos del chef.

Al acabar el día, cuando el cocinero jefe se fue, Mark se quedó a afilar todos los cuchillos para la mañana siguiente, y dejó su zona de trabajo impecable.

Al sexto día, tras un lacónico cabeceo del chef, Mark comprendió que debía de estar haciéndolo casi bien. Al sábado siguiente, creía dominar ya lo elemental de la preparación de las verduras, y descubrió que cada vez le fascinaba más el trabajo de cocinero. Aunque Jacques rara vez se dirigía a alguien cuando recorría la inmensa cocina, excepto para lanzar un gruñido de aprobación o desaprobación (con más frecuencia lo último), Mark aprendió rápidamente a adelantarse a sus necesidades. En un breve espacio de tiempo, empezó a sentirse parte del equipo, aunque sabía muy bien que era un aprendiz novato.

A la semana siguiente, el día libre del ayudante del chef, permitieron a Mark disponer las verduras preparadas para servir las, y él dedicó bastante tiempo a dar a los platos un aspecto atractivo además de comestible. El *chef* no solo se fijó en ello sino que llegó incluso a musitar su máximo elogio: *Bon.*

Durante sus tres últimas semanas en el Savoy, Mark ni siquiera miró el calendario de la cabecera de su cama.

Un jueves por la mañana, el director mandó recado a Mark de que se presentara en su despacho en cuanto pudiera. Mark había olvidado completamente que era 31 de agosto, su último día. Cortó en cuartos diez limones, y acabó de preparar los cuarenta platos de salmón ahumado en lonchas finas que completarían el primer servicio de un banquete de boda. Contempló su obra con orgullo, y luego se quitó el delantal y lo dobló, disponiéndose a ir a recoger sus papeles y la liquidación final.

—¿Dónde vas tú? —le preguntó el chef alzando la vista.

—Me marcho —dijo Mark—. Vuelvo a Coventry.

—Hasta el lunes, entonces. Te mereces el descanso.

—No; me voy a casa definitivamente.

El chef dejó de revisar las tajadas de carne de vacuno poco hecha que constituían el segundo plato del banquete nupcial.

—¿Cómo? —dijo, como si no entendiera.

—Sí. He acabado mi año aquí y ahora vuelvo a casa a trabajar.

—Espero que encuentres un hotel de primera clase —dijo el chef con sinceridad.

—No voy a trabajar en un hotel.

—¿En un restaurante, quizá?

—No, voy a conseguir un trabajo en Triumph.

El chef parecía perplejo, como si no entendiera si se debía a su inglés o a que el chico se estaba burlando de él.

—¿Qué es... Triumph?

—Un sitio donde fabrican coches.

—¿Fabricarás coches?

—No todo el coche, pero colocaré las ruedas.

—¿Colocarás coches en las ruedas? —preguntó el chef incrédulo.

—No. —Mark se echó a reír—. Ruedas en los coches.

El chef seguía confuso.

—¿Así que cocinarás para los obreros de los coches?

—No. Como le he explicado, voy a colocar las ruedas en los coches —dijo Mark lentamente, pronunciando con claridad todas las palabras.

—Eso no es posible.

—Oh, claro que lo es. Y he esperado todo un año para demostrarlo.

—Si yo te ofreciera trabajo como ayudante de cocina, ¿cambiarías de idea? —le preguntó quedamente.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Porque tienes talento en esos dedos. Creo que con el tiempo serías un buen cocinero, hasta puede que un buen chef.

—No, gracias. Me vuelvo a Coventry con mis amigos.

El cocinero jefe se encogió de hombros.

—*Tant pis* —dijo, y volvió sin más a la carne. Echó un vistazo a los platos de salmón ahumado—. Un talento desperdiciado —añadió, cuando la puerta de batientes se cerró tras su posible protegido.

Mark cerró su habitación con llave, tiró el calendario a la papelera y regresó al hotel para devolver a la encargada su ropa de cocina. Finalmente, entregó la llave de su habitación al subencargado.

—El sobre de su salario, las tarjetas y la liquidación de impuestos. Ah, el

jefe de cocina ha telefoneado para decir que le gustaría darle referencias — dijo el subencargado—. Eso no ocurre todos los días, la verdad.

—Donde yo voy no necesito referencias. Pero gracias, de todos modos.

Se encaminó a buen paso a la estación, con el raído maletín balanceándose a su lado, y descubrió que cada paso era más largo. Cuando llegó a Euston, se dirigió al andén 7 y se puso a caminar arriba y abajo, mirando de vez en cuando el gran reloj del vestíbulo de taquillas. Vio salir primero un tren hacia Coventry y luego otro. Se dio cuenta de que la estación empezaba a quedarse a oscuras al filtrarse las sombras por la marquesina de cristal en la sala de espera. De pronto, dio la vuelta y salió de allí más de prisa aún de lo que había llegado. Si se apresuraba, todavía llegaría a tiempo de ayudar al cocinero jefe a preparar la cena de aquella noche.

Mark aprendió a las órdenes de Jacques le Renneu durante cinco años. Pasó de las verduras a las salsas, del pescado a la volatería, de las carnes a la repostería. Al cabo de ocho años en el Savoy, era segundo chef y había aprendido tanto de su mentor, que los clientes habituales ya no podían determinar cuándo era el día libre del *chef de maître cuisine*. Unos dos años más tarde, Mark era maestro cocinero; y cuando en 1971 a Jacques le ofrecieron hacerse cargo de las cocinas del George Cinq de París (local que es en París lo que Harrods en Londres), aceptó con la única condición de que le acompañara Mark.

—Está en dirección contraria de Coventry —le advirtió Jacques—. De todas formas, seguro que te ofrecen mi puesto en el Savoy.

—Creo que tendré que ir, porque si no esos gabachos no llegarán a disfrutar nunca de una comida decente.

—Esos gabachos —dijo Jacques— percibirán siempre cuándo es mi día libre.

—Sí, y acudirán en mucho mayor número —replicó Mark riéndose.

Muy pronto los parisinos acudían en tropel al George Cinq, no a reposar sus cansadas cabezas, sino a degustar los platos preparados por el equipo de los dos cocineros.

Cuando Jacques celebró su sesenta y cinco aniversario, el gran hotel no tuvo que buscar mucho para nombrarle sucesor.

—El primer inglés que es *chef de maître cuisine* en el George Cinq —

comentó Jacques, alzando la copa de champaña, en su banquete de despedida —. ¿Quién iba a pensarlo? Pero para conservar el puesto tendrás que cambiar tu nombre por el de Marc.

—No ocurrirá nunca ni lo uno ni lo otro —contestó Mark.

—Desde luego que sí, porque te he recomendado yo.

—Entonces renunciaré.

—¿Para irte a poner coches en las ruedas, *peutêtre*? —preguntó Jacques, burlón.

—No, es que he encontrado un pequeño restaurante en la orilla izquierda. Con mis ahorros no podré permitirme el alquiler, pero con tu ayuda...

El 1 de mayo de 1982, se inauguró Chez Jacques, en la Rué du Plaisir, en la orilla izquierda. Los clientes del George Cinq no tardaron mucho en cambiar de lugar.

La fama de Mark aumentó cuando los dos cocineros sentaron las bases de la *nouvelle cuisine*. Al poco tiempo, solo las estrellas de cine y los ministros del Gobierno podían conseguir mesa en el restaurante con menos de tres semanas de antelación.

El día que Michelin concedió a Chez Jacques la tercera estrella, Mark, con la bendición de Jacques, decidió abrir otro restaurante. La prensa y los clientes discutían sobre cuál de los dos locales era mejor. Las hojas de reservas indicaban claramente que para el público no había diferencia.

Cuando en octubre de 1986 murió Jacques, a los setenta y un años, un crítico del ramo escribió que seguramente bajaría el nivel. Un año más tarde, el mismo periodista hubo de admitir que uno de los cinco mejores cocineros de Francia era de una población de la región central de Gran Bretaña que los franceses ni siquiera podían pronunciar.

La muerte de Jacques hizo a Mark añorar más su tierra, y cuando leyó en el Daily Telegraph que iba a construirse una nueva urbanización en Covent Garden llamó al agente pidiendo más detalles.

Mark abrió su tercer restaurante en el corazón de Londres el 11 de febrero de 1987.

A lo largo de los años, Mark había ido regularmente a ver a sus padres a Coventry. Aunque hacía mucho que su padre se había jubilado, Mark nunca consiguió que fueran a París a probar su cocina. Esperaba que lo hicieran

ahora que había abierto un restaurante en la capital de su país.

—No necesitamos ir a Londres —dijo su madre mientras ponía la mesa—. Siempre que vienes a casa cocinas para nosotros, y estamos al tanto de tus éxitos por los periódicos. Además, tu padre no se encuentra nada bien últimamente.

—¿Cómo llamas a esto, hijo? —preguntó su padre unos minutos después, cuando le puso delante *noisette* de cordero con guarnición de zanahorias tiernas.

—*Nouvelle cuisine*.

—¿Y la gente paga por eso?

Mark se echó a reír, y al día siguiente preparó el estofado de Lancaster preferido de su padre.

—Esto es una comida de verdad —dijo Arthur después de la tercera ración—. Te diré una cosa sin cobrarte nada, muchacho. Cocinas casi tan bien como tu madre.

Un año después, Michelin hizo público el nombre de los restaurantes de todo el mundo que habían sido galardonados con su codiciada tercera estrella. The Times comunicó a sus lectores en primera plana que Chez Jacques era el primer restaurante inglés al que se concedía ese honor.

Para celebrarlo, los padres de Mark aceptaron por fin hacer el viaje a Londres, pero solo después de recibir un telegrama de Mark en el que les decía que estaba reconsiderando aquel trabajo en la British Leyland. Envío un coche a recogerles y les instaló en una *suite* del Savoy. Aquella noche reservó a su nombre la mejor mesa de Chez Jacques.

Ni la sopa de verduras, ni el bistec, ni el pastel de riñones, ni la tarta corriente como postre figuraban aquella noche en la carta, pero esa fue la cena que se sirvió a los invitados especiales de la mesa 17.

Bajo los efectos del vino más exquisito, Arthur no tardó en romper a parlotear, encantado, con todo el que le escuchaba, y no pudo resistir la tentación de decirle al camarero jefe que su hijo era el dueño del restaurante.

—No seas tonto, Arthur —le dijo su esposa—. Él ya lo sabe.

—Una pareja agradable, sus padres —comentó el jefe de camareros a Mark, después de servirles café y dar un puro a Arthur—. ¿A qué se dedicaba su viejo antes de jubilarse? ¿Banquero, abogado, profesor?

—Oh no, nada de eso —dijo tranquilamente Mark—. Se pasó toda su vida laboral colocando ruedas de coches.

—Pero ¿por qué malgastó el tiempo haciendo eso? —preguntó el camarero, incrédulo.

—Porque no tuvo la suerte de tener un padre como el mío —repuso Mark.

UNA IMITACIÓN

Gerald Haskins y Walter Ramsbottom llevaban más de un año comiendo copos de maíz.

—Te cambio mi Cruz Militar y mi Medalla de Servicios Especiales por tu Cruz Victoriana —propuso Walter una mañana cuando iban al colegio.

—Ni hablar —rechazó Gerald—. Además, para conseguir una Cruz Victoria hacen falta diez tapas, y solo dos para una Cruz Militar o una Medalla de Servicios Especiales.

Gerald continuó coleccionando tapas de cajas hasta que consiguió todas las medallas que aparecían en la parte de atrás de las cajas.

Walter nunca se hizo con la Cruz Victoria.

Angela Bradbury pensaba que eran tontos.

—Pero si solo son imitaciones —les decía siempre—, no son auténticas, y a mí solo me interesa lo auténtico —recalcaba con altivez.

A Gerald y a Walter les tenía sin cuidado la opinión de Angela; todavía les interesaban más las medallas que la opinión de cualquier chica.

La oferta de medallas de los cereales Kellogg's terminó el 1 de enero de 1950, justo cuando Gerald había completado la serie.

Walter renunció a comer más copos de maíz.

A los niños de los cincuenta se les ofreció la oportunidad de conocer el mundo de *Meccano*. Para ello había que comer aún más copos de maíz, y al cabo de un año, Gerald había reunido piezas suficientes para construir puentes, pontones, grúas y hasta un bloque de oficinas.

La familia de Gerald siguió comiendo copos de maíz, pero cuando reveló su propósito de construir un pueblo entero (la última oferta de Kellogg's), casi todos sus amigos del quinto curso del colegio de secundaria de Hull

tuvieron que ayudarle a consumir cereales para conseguirlo.

Walter Ramsbottom se negó a ayudarle.

A Angela Bradbury ni siquiera le pidió ayuda.

Los tres siguieron caminos distintos.

Dos años después, cuando Gerald Haskins ingresó en la Universidad de Durham, a nadie le extrañó que eligiera ingeniería ni que su afición principal fuera coleccionar medallas.

Walter Ramsbottom entró a trabajar con su padre en el negocio de joyería de la familia, y empezó a cortejar a Angela Bradbury.

En las vacaciones de Semana Santa del segundo curso, Gerald regresó de Durham y volvió a encontrarse con Angela y Walter.

Coincidieron en la misma fila en un concierto del quinteto Bach, en el ayuntamiento de Hull. En el descanso, Walter le anunció que acababan de comprometerse, pero que aún no habían fijado la fecha de la boda.

Hacía más de un año que Gerald no veía a Angela, pero ahora escuchaba lo que decía, pues, al igual que Walter, se había enamorado de ella.

Sustituyó los copos de maíz por continuas invitaciones a Angela a comer, tratando de apartarla de su viejo rival.

Gerald se apuntó otra victoria cuando, pocos días antes de Navidad, Angela devolvió el anillo de compromiso a Walter.

Walter hizo correr la voz de que Gerald solo quería casarse con Angela porque su padre era presidente de la Junta Municipal de Servicios y esperaba conseguir un trabajo en el ayuntamiento cuando se graduara en Durham. Se enviaron las invitaciones de boda, pero Walter no figuraba en la lista.

El señor y la señora Haskins fueron de luna de miel a Multavia, pues ni podían permitirse ir a Niza ni querían ir a Cleethorpes. Además, la agencia de viajes local hacía una oferta especial para quienes visitaran aquel reino diminuto encajonado entre Austria y Checoslovaquia.

Cuando los recién casados llegaron a su hotel de Teske, la capital, descubrieron por qué eran tan módicos los precios.

En 1959, Multavia atravesaba una crisis de identidad mientras intentaba adaptarse a otro tratado redactado en Ginebra por un abogado holandés, escrito en francés, pero pensando en rusos y estadounidenses. Sin embargo, gracias a Alfonso III, monarca hábil y popular, el reino seguía disfrutando de

las subvenciones ininterrumpidas de Occidente y las visitas no interruptoras del Este.

Los Haskins descubrieron en seguida que la capital de Multavia tenía una temperatura media de 33 grados en junio, que allí no llovía y que su sistema de alcantarillado era todo lo que había quedado después de los bombardeos indiscriminados de ambos contendientes entre 1939 y 1944. Angela se dio cuenta de que se había tapado la nariz automáticamente cuando iban paseando por las calles empedradas. El Hotel del Pueblo anunciaba sus cuarenta y cinco habitaciones, pero lo que no decía el folleto era que solo tres tenían baño y ninguna de las tres, tapones en las bañeras. Y más que de la comida, hubiera sido apropiado hablar de la falta de ella. Baste decir que Gerald adelgazó por primera vez en su vida.

También descubrirían los recién casados que Multavia no tenía monumentos, galerías de arte, ni teatros de drama o de ópera dignos de tal nombre. Aquel remoto país era más aburrido y menos interesante que los pantanos de la región de Cambridge. El reino carecía de costas, y su único río, el Plotz, iba de Alemania a Rusia, con lo que ninguno de los lugareños se fiaba de él.

Al final de su luna de miel, los Haskins descubrieron con gran placer que Multavia no tenía líneas aéreas nacionales de las que ufanarse. La BOAC les llevó a casa a salvo, y ese habría sido el final de la experiencia de Gerald en Multavia de no haber sido por el dichoso sistema de alcantarillado... o su ausencia.

En cuanto volvieron a Hull, Gerald aceptó el nombramiento de ayudante del departamento municipal de ingeniería. Su primer trabajo fue como tercer ingeniero, encargado concretamente del alcantarillado de la ciudad. Los jóvenes ambiciosos habrían considerado aquel nombramiento como un simple peldaño en la escala de la vida. Pero Gerald, no. Se puso inmediatamente en contacto con las principales empresas de fontanería, con sus asesoras e incluso con sus rivales de la región.

Al cabo de dos años, presentó a su suegro un informe en el que demostraba cómo podía ahorrarse el ayuntamiento una cantidad considerable del dinero de los contribuyentes reestructurando el alcantarillado.

La comisión quedó impresionadísima; no solo decidió llevar a la práctica

los consejos del señor Haskins, sino que le nombró segundo ingeniero.

Fue la primera vez que Walter Ramsbottom se presentó a las elecciones municipales; no salió elegido.

Cuando tres años más tarde se completó la red de pequeños túneles y alcantarillas, la diligencia de Gerald se vio recompensada con su nombramiento como ingeniero adjunto del municipio. Aquel mismo año, su suegro salió elegido alcalde y Walter Ramsbottom, concejal.

Los municipios de todo el país empezaron a admitir que, en caso de problemas de alcantarillado, el especialista al que había que consultar era Gerald. Esto dio lugar a una serie de chistes en todas las cenas del Rotary Club a las que asistía Gerald, pero seguían aclamándole como la primera autoridad en su campo.

En 1966, cuando el municipio de Halifax se planteó construir un nuevo sistema de alcantarillado, al primero que se consultó fue a Gerald Haskins (siendo Yorkshire el único lugar del planeta en que se llega a ser profeta en la propia tierra).

Después de pasar un día en Halifax con el ingeniero jefe municipal y comprobar lo mucho que había que gastar en el nuevo servicio, Gerald comentó a su esposa, no por vez primera:

—Donde hay mierda hay dinero.

Pero fue precisamente Angela, con su perspicacia, quien averiguó exactamente qué cantidad de aquel dinero podría ganar su marido con el mínimo riesgo. Gerald consideró detenidamente la propuesta de su esposa, y cuando a la semana siguiente volvió a Halifax, no lo hizo para visitar el ayuntamiento sino el banco Midland. No había elegido este banco al azar: su director era también jefe de la comisión municipal de planificación de Halifax.

Llegaron a un acuerdo ventajoso para ambas partes y, con la bendición del banco, Gerald renunció a su cargo de ingeniero municipal adjunto y fundó su propia empresa. Cuando presentó su oferta, compitiendo con importantes compañías de Londres, a nadie le sorprendió que la comisión de planificación eligiera a Haskins de Hull para realizar la obra.

Al cabo de tres años, Halifax tenía un nuevo sistema de alcantarillado excelente, y el banco Midland estaba encantado de contar entre sus clientes a

la empresa Haskins de Hull.

Durante los quince años siguientes, Runcorn, Chester, Huddersfield, Darlington, Macclesfield y York agradecerían conjuntamente y por separado los servicios prestados por Gerald Haskins, de Haskins Co.

Haskins Co. (Internacional) aceptó luego contratos en Dubai, Lagos y Río de Janeiro. En 1983, Gerald recibió el Premio Real a la Industria de un Gobierno agradecido, y un año después fue nombrado comendador del Imperio Británico.

La ceremonia tuvo lugar en el Palacio de Buckingham el mismo año de la muerte de Alfonso III de Multavia, a quien sucedió en el trono su hijo Alfonso IV. El monarca recién coronado decidió que había que hacer algo de una vez por todas para solucionar los problemas de alcantarillado de Teske. El último deseo de su padre había sido que su pueblo no siguiera soportando aquellos hedores, y Alfonso IV no tenía intención de legar semejante problema a su hijo.

Después de pedir muchas subvenciones y préstamos a Occidente y tras muchas visitas y conversaciones con el Este, el monarca recién coronado decidió sacar a concurso un nuevo sistema de alcantarillados para la capital del reino.

El documento de licitación, con muchas hojas que detallaban y enumeraban los problemas que debería resolver el ingeniero que deseara acometer el proyecto, cayó pesadamente en casi todas las mesas de la sala de juntas de casi todas las empresas importantes de ingeniería del mundo. Después de estudiar a fondo la documentación y calcular la posibilidad real de beneficios, Alfonso IV solo recibió unas cuantas propuestas. No obstante, el monarca pasó toda una noche considerando los méritos de las tres empresas interesadas que habían sido seleccionadas. El rey también era humano, y el que Gerald hubiera elegido Multavia para pasar su luna de miel unos veinticinco años atrás, inclinó la balanza a su favor. Cuando el soberano se quedó dormido aquella mañana, ya había decidido aceptar la propuesta de Haskins Co. (Internacional). Y así fue cómo hizo Gerald Haskins su segunda visita a Multavia, esta vez acompañado por un maestro de obra, tres delineantes y once ingenieros. Gerald tuvo una audiencia privada con el rey y le aseguró que la obra estaría terminada puntualmente y por el precio

convenido. Dijo también al monarca que estaba disfrutando muchísimo de su segunda visita al país. No obstante, cuando volvió a Inglaterra comentó a su esposa que Multavia continuaba tan aburrida como un cuarto de siglo antes.

Pocos años después, y tras bastante regateo por el precio de los materiales, Teske contó finalmente con uno de los mejores sistemas de alcantarillado de Europa central. El rey estaba realmente encantado..., aunque seguía refunfuñando porque Haskins Co. había sobrepasado el precio inicial del contrato. Tuvieron que explicarle varias veces el significado de las palabras «pagos accesorios», pues sabía que las doscientas cuarenta mil libras de extras habría que explicárselas también al Este y obtenerlas prestadas en Occidente. Tras muchas amenazas veladas y cartas de abogados, Haskins Co. recibió el último pago, aunque solo después de que el Gobierno británico concediera al monarca otra subvención, un pago en el que intervino el banco Midland, de Sloane Street, que transfirió una suma de dinero al banco Midland de Hull, sin que Multavia llegara siquiera a tocarlo. Después de todo, según le explicó Gerald a su esposa, era así como se distribuía casi toda la ayuda exterior.

La historia de Gerald Haskins y los problemas de alcantarillado de Teske habría terminado así, si el ministro de Asuntos Exteriores británico no hubiera decidido visitar el reino de Multavia.

El objetivo inicial del viaje del ministro era comprobar en Varsovia y Praga el alcance de la *glasnost* y la *perestroika* en aquellos países (es decir, su grado de apertura política). Pero cuando el Ministerio descubrió la ayuda destinada a Multavia y explicó el papel de aquel reino como Estado tapón al ministro, este decidió aceptar la invitación de Alfonso IV. Las visitas de los ministros británicos de Asuntos Exteriores a los países pequeños se realizaban normalmente en salas de aeropuerto, una costumbre que los británicos tomaron primero de Henry Kissinger y posteriormente del camarada Gorbachov; pero en esta ocasión no fue así. Se consideró que Multavia merecía un día entero.

Dado que los hoteles habían mejorado solo muy levemente desde la época de la luna de miel de Gerald, el ministro de Exteriores fue invitado a alojarse en el palacio real. El monarca solo le pidió que asistiera a dos actos oficiales durante su breve estancia: la inauguración del nuevo sistema de alcantarillado

de la capital y un banquete.

En cuanto el ministro aceptó asistir a tales actos, el rey invitó a Gerald y a su esposa a asistir a la ceremonia de inauguración (corriendo ellos mismos con los gastos). Cuando llegó el día de la inauguración, el ministro pronunció el discurso apropiado para la ocasión. Alabó en primer lugar a Gerald Haskins por su notable obra, en la gran tradición de la ingeniería británica, y destacó luego la agudeza y sentido común de Multavia por haber adjudicado el contrato a una empresa británica. El ministro omitió el hecho de que el Gobierno británico había terminado subvencionando todo el proyecto. Sin embargo, las palabras del ministro conmovieron a Gerald, que así se lo confesó en cuanto tiró de la palanca que abría la primera compuerta.

Aquella noche se celebró en palacio un banquete al que asistieron más de trescientos invitados, incluyendo el séquito del embajador y algunos destacados hombres de negocios británicos. Hubo los interminables discursos habituales sobre «vínculos históricos», el papel de Multavia en los asuntos «anglosoviéticos» y la «relación especial» con la propia familia real de Gran Bretaña.

Pero el momento culminante de la velada llegó después de los discursos, cuando el rey concedió dos condecoraciones. La primera fue la Orden del Pavo Real (segunda categoría), otorgada al ministro británico. «La más alta distinción que puede recibir un ciudadano normal —explicó el monarca a los presentes—, ya que la Orden del Pavo Real (primera clase) se reserva a la realeza y a los jefes de Estado».

La otra condecoración, la Orden del Pavo Real (tercera clase), se le concedía a Gerald Haskins, comendador del Imperio Británico, por su trabajo en el sistema de alcantarillado de Teske. Sorprendido y entusiasmado, Gerald se dejó conducir desde su sitio a la cabecera de la mesa, donde esperaba el monarca, que se inclinó hacia él para colocarle una gran cadena de oro con piedras preciosas de diversos colores y tamaños. Gerald dio respetuosamente dos pasos atrás e hizo una profunda reverencia, mientras el ministro británico de Asuntos Exteriores le miraba desde su asiento y le dirigía una sonrisa de aliento.

Gerald fue el último invitado extranjero que salió aquella noche del banquete. Angela, que se había ido sola dos horas antes, ya se había dormido

cuando él llegó al hotel. Dejó la condecoración sobre la cama, se puso el pijama, comprobó que su esposa estaba profundamente dormida y volvió a colocarse la cadena metiéndosela por la cabeza y asentándola bien en los hombros.

Gerald se contempló en el espejo del cuarto de baño durante varios minutos. Estaba deseando volver a Inglaterra.

En cuanto llegaron a Hull, Gerald dictó una carta para el Ministerio de Asuntos Exteriores. Solicitaba permiso para lucir su nueva condecoración en las ocasiones en que se especificara en la esquina inferior derecha de la invitación que debían llevarse medallas y condecoraciones. El Ministerio de Asuntos Exteriores expuso a su debido tiempo el asunto en palacio, y la reina, prima lejana de Alfonso IV, accedió a la petición de Gerald.

El primer acto oficial en el que Gerald tuvo ocasión de lucir la Orden del Pavo Real fue la ceremonia de toma de posesión del nuevo alcalde de Hull, que estaría precedida por una cena en el propio ayuntamiento.

Gerald regresó concretamente de Lagos para la ocasión, y no pudo esperar siquiera a cambiarse de ropa; tuvo que ir antes a echar una ojeada a su Orden del Pavo Real (tercera clase). Abrió el estuche que contenía tan preciada posesión y lo contempló, incrédulo: el oro se había empañado y una de las piedras parecía a punto de desprenderse. La señora Haskins, que estaba arreglándose, interrumpió un momento su tarea para mirar la condecoración.

—No es oro —proclamó, con una naturalidad tal que habría dejado paralizado al pleno del Fondo Monetario Internacional.

Gerald no hizo el menor comentario y se apresuró a pegar la piedra suelta, aunque tuvo que admitir para su fuero interno que aquella bisutería no resistiría un examen minucioso. Ninguno de los dos mencionó el tema en el camino hasta el ayuntamiento de Hull.

Algunos de los invitados se interesaron por la historia de la Orden del Pavo Real (tercera clase), y aunque proporcionó a Gerald bastante satisfacción explicar cómo había conseguido tal condecoración y también el permiso de la reina para lucirla en actos oficiales, tuvo la sensación de que a algunos de sus colegas no les impresionaba precisamente aquel pavo real tan desvaído. Le resultó también bastante embarazoso que les correspondiera sentarse a la misma mesa que Walter Ramsbottom, teniente de alcalde por

entonces.

—Supongo que no sería fácil calcular su verdadero valor —observó Walter, clavando despectivamente la mirada en la cadena.

—Seguramente —dijo Gerald con firmeza.

—No me refería al valor material —precisó el joyero con una sonrisa presuntuosa—. Ese cálculo sería demasiado fácil. Naturalmente, me refería a su valor sentimental.

—Naturalmente. Y qué, ¿esperas ser alcalde para el año que viene? —preguntó, intentando cambiar de tema.

—Según la tradición, el teniente de alcalde sucede al alcalde si este no repite un segundo mandato. Y te aseguro, Gerald, que me ocuparé de que te pongan en la mesa de la presidencia para esa ocasión.

Hizo una pausa, antes de añadir:

—¿Sabes? La cadena del alcalde es de oro de catorce quilates.

Gerald se marchó pronto del banquete aquella noche, decidido a hacer algo con la Orden del Pavo Real antes de que Walter llegara a la alcaldía.

Ninguno de sus amigos hubiera calificado a Gerald de individuo derrochador, y a su propia esposa le sorprendió el vanidoso capricho a que se entregó. A la mañana siguiente, a las nueve en punto, Gerald telefoneó a su oficina para avisar de que no acudiría a trabajar. Luego fue en tren a Londres para visitar Bond Street en general y a un famoso joyero en particular.

Un sargento del Cuerpo de Porteros abrió a Gerald la puerta de la tienda de Bond Street. Una vez dentro, Gerald expuso su problema al caballero alto y delgado, ataviado con un traje negro, que salió a recibirle. Le condujeron a continuación a un mostrador de cristal que había en el centro de la tienda.

—Nuestro especialista, el señor Pullinger, estará con usted en seguida —le aseguró.

Unos minutos después, llegó el experto en piedras preciosas de Asprey's, que recibió satisfecho la petición de Gerald: quería que valoraran la Orden del Pavo Real (tercera clase). El señor Pullinger colocó la cadena sobre un cojincito de terciopelo negro; luego se concentró en estudiar detenidamente las piedras con una pequeña lente.

Tras una rápida ojeada, frunció el entrecejo, con el gesto del individuo que ha quedado en tercer lugar en el campo de tiro del malecón de Blackpool.

—¿Cuánto vale, entonces? —preguntó Gerald sin más rodeos, al cabo de unos minutos.

—Es difícil valorar con precisión algo tan complicadamente... —Aquí Pullinger vaciló— extraño.

—Las piedras son cristal y el oro latón. Eso es lo que intenta decirme, ¿no es verdad, amigo?

La expresión del señor Pullinger indicaba muy claro que ni siquiera él lo habría expuesto más sucintamente.

—Tal vez algún coleccionista de este tipo de objetos le pagara unos cientos de dólares, pero...

—Oh, no —repuso Gerald, bastante ofendido—. No tengo la menor intención de venderlo. En realidad, he venido para saber si pueden ustedes hacer una copia.

—¿Hacer una copia? —preguntó el especialista, incrédulo.

—Exacto. En primer lugar, quisiera que cada piedra fuera la piedra preciosa correspondiente, según su color. En segundo, querría que fuese un trabajo que impresione a una duquesa. Y en tercero, deseo que pongan al mejor artesano a trabajar en ello y solamente en oro de dieciocho quilates.

Pese a sus muchos años de relación con clientes árabes, el experto de Asprey's no pudo disimular su sorpresa.

—No sería nada barato —murmuró *sotto voce*: «barato» era una palabra detestada en aquel establecimiento.

—Nunca lo he dudado. Pero tiene que comprender usted que este es para mí un honor único en la vida. Dígame cuándo podré disponer de un presupuesto.

—Un mes, seis semanas como mucho —replicó el experto.

Gerald cambió la lujosa alfombra de la joyería por las alcantarillas de Nigeria.

Transcurrido poco más de un mes, regresó en avión a Londres, y se encaminó directamente al West End para su segunda entrevista con el señor Pullinger.

El joyero no había olvidado a Gerald Haskins y su extraño encargo, y sacó de inmediato una hoja pulcramente doblada de su cuaderno de encargos. Gerald la desdobló y leyó con detenimiento el presupuesto. Condiciones

requeridas por el cliente: doce diamantes, siete amatistas, tres rubíes y un zafiro, todos del color más perfecto y de la máxima calidad. Un artesano tallará un pavo real en marfil y lo pintará. Toda la cadena se confeccionará en oro de dieciocho quilates de la máxima calidad. La última línea decía:

«Doscientas once mil libras... sin impuestos (IVA)».

Gerald, siempre dispuesto a regatear un presupuesto de unos miles de libras por material para techado o por el alquiler de maquinaria pesada, o incluso un plan de pagos, se limitó a preguntar:

—¿Cuándo podré venir a recogerla?

—Bueno, es difícil determinar con certeza el tiempo que va a llevar una pieza tan delicada. Me temo que encontrar piedras del tono exacto y de calidad perfecta llevará tiempo —dijo el señor Pullinger. Hizo una pausa y concluyó—: Espero también que nuestro primer orfebre esté libre para consagrarse a este encargo concreto. Ha estado dedicado en exclusiva últimamente a los regalos de la próxima visita de la reina a Arabia Saudí, y me parece que no quedará libre hasta finales de marzo.

Quedaba tiempo de sobra hasta el banquete de toma de posesión del alcalde al año siguiente, pensó Gerald. El concejal Ramsbottom no podría burlarse de él. ¿Había dicho oro de catorce quilates?

Lagos y Río de Janeiro tuvieron su sistema de alcantarillado a punto y en funcionamiento mucho antes de que Gerald volviera a Asprey's. Y solo pudo posar la mirada en la obra de arte unas semanas antes del día de la toma de posesión del alcalde.

Cuando el señor Pullinger mostró a su cliente la obra terminada, este se quedó boquiabierto, complacidísimo. El collar era tan extraordinario, que Gerald consideró imprescindible comprar en Asprey's otro collar, esta vez de perlas, que le garantizase una esposa muda.

Ya de vuelta en casa, esperó hasta después de la cena para abrir el estuche de cuero verde de Asprey's y asombrar a Angela con la réplica de la Orden.

—Digna de un monarca, muchacha —le dijo a su esposa; pero Angela parecía concentrada en las perlas.

Cuando Angela se fue a fregar, su marido siguió contemplando un buen rato las bellísimas piedras preciosas, tan hábilmente engastadas y tan extraordinariamente talladas, hasta que, por último, cerró el estuche.

A la mañana siguiente, llevó de mala gana la joya al banco y explicó que debían guardarla en una caja de seguridad, ya que solo tendría que sacarla una o como mucho dos veces al año. No pudo resistir la tentación de mostrarle el objeto que tanto le satisfacía al señor Sedgley, director del banco.

—La lucirá sin duda el día de la toma de posesión del alcalde, ¿no es así? —le preguntó el señor Sedgley.

—Si me invitan...

—Oh, estoy seguro de que Ramsbottom querrá que asistan a la ceremonia todos sus viejos amigos. Y supongo que en especial usted —añadió sin explicación alguna.

Gerald leyó a su esposa durante el desayuno la circular de la corte que salía en las noticias de *The Times*:

—«Del Palacio de Buckingham comunican que el rey Alfonso IV de Multavia hará una visita oficial a Gran Bretaña del 7 al 11 de abril».

—No sé si tendremos ocasión de volver a ver al rey —dijo Angela.

Gerlad no emitió su opinión.

En realidad, el señor Gerald Haskins y su esposa recibieron dos invitaciones relacionadas con la visita oficial del rey Alfonso IV; una, para cenar con el rey en Claridge's (la embajada de Multavia en Londres no era lo bastante amplia para la ocasión); la segunda llegó al día siguiente por correo especial, del Palacio de Buckingham.

Gerald estaba entusiasmado. Parecía que el Pavo Real iba a hacer tres salidas en un mes, pues la invitación a palacio era para diez días antes de la toma de posesión de Walter Ramsbottom como alcalde.

La cena oficial en Claridge's fue memorable, y aunque asistieron cientos de invitados además de ellos, Gerald consiguió estar un momento con el visitante, el rey Alfonso IV, y pudo comprobar complacido que este no apartaba los ojos de la Orden del Pavo Real (tercera clase).

Una semana después de aquella cena, Gerald y Angela acudieron por segunda vez al Palacio de Buckingham; habían ido por primera vez cuando nombraron a Gerald comendador del Imperio Británico, en 1984. Gerald tardó casi tanto en vestirse para la ocasión como su esposa. Invirtió un buen rato en arreglarse el cuello para asegurarse de que su insignia de comendador del Imperio Británico no quedara eclipsada por el collar de la Orden del Pavo

Real descansando sobre sus hombros. Había pedido a su sastre que le hiciera unas presillas en el frac para no tener que estar continuamente recolocándose la Orden.

Al llegar a palacio, los Haskins siguieron a un tropel de individuos enmedallados y damas tocadas con diademas, hasta el comedor oficial, donde un lacayo entregaba las tarjetas de asiento a todos los invitados. Gerald desdobló la suya y descubrió una flecha apuntando a su nombre. Cogió a su esposa del brazo y la guio hasta sus asientos.

Se fijó en que Angela seguía volviendo la cabeza cada vez que veía una diadema.

Aunque les habían colocado a cierta distancia de Su Majestad, en un anexo de la mesa principal, a la izquierda de Gerald se sentaba un miembro de la familia real y a su derecha, el ministro de Agricultura. Estaba contentísimo. En realidad, toda la velada transcurrió con excesiva rapidez, y Gerald ya estaba empezando a pensar que el acto de toma de posesión del alcalde resultaría insustancial después de aquello. No obstante, Gerald imaginaba ya una escena con el concejal Ramsbottom contemplando admirado la Orden del Pavo Real (tercera clase) mientras él le explicaba la cena en palacio.

Después de dos brindis y de los dos himnos nacionales, la reina se puso de pie. Habló cálidamente de Multavia dirigiéndose a sus trescientos invitados, y se refirió con afecto a su primo lejano el rey. Añadió que esperaba visitar aquel reino en un futuro inmediato. Sus palabras fueron recibidas con bastantes aplausos y concluyó su discurso anunciando que tenía intención de conceder dos condecoraciones.

La reina nombró al rey Alfonso IV caballero de la Real Orden Victoriana y luego al embajador de Multavia ante la corte inglesa, comendador de la misma orden. Ambas distinciones eran personales de la soberana. El chambelán de la corte abrió un estuche azul real y se colocaron las condecoraciones sobre los hombros de los receptores. En cuanto la soberana hubo terminado con las formalidades oficiales, el rey Alfonso se puso en pie y, tras los habituales agradecimientos y cortesías, concluyó:

—Majestad, también a mí me gustaría conceder dos condecoraciones. La primera, a un inglés que ha prestado un gran servicio a mi país con su

experiencia y diligencia —el monarca miró entonces hacia Gerald y luego prosiguió—: Un hombre que realizó una proeza de ingeniería sanitaria de la que cualquier nación de la Tierra se enorgullecería, y que además, Majestad, fue inaugurada por vuestro ministro de Asuntos Exteriores. En nuestra capital, Teske, le estaremos agradecidos durante generaciones. Concedemos, por tanto, a Gerald Haskins, comendador del Imperio Británico, la Orden del Pavo Real (segunda clase).

Gerald no podía dar crédito a sus oídos.

Un estruendoso aplauso acompañó al asombrado Gerald mientras se dirigía hacia Sus Majestades. Se detuvo tras los asientos reales, en un punto medio entre la reina de Inglaterra y el rey de Multavia. El monarca sonrió al nuevo miembro de la Orden del Pavo Real (segunda clase) mientras ambos se estrechaban la mano. Pero antes de imponerle la nueva condecoración, el rey Alfonso se inclinó hacia delante y, no sin cierta dificultad, retiró de los hombros de Gerald su Orden del Pavo Real (tercera clase).

—Ya no necesitará esta —le susurró al oído.

Gerald vio con horror cómo desaparecía su preciada orden en el estuche de cuero rojo que mantenía abierto el secretario personal del soberano, quien permanecía en pie tras su rey. Gerald siguió mirando al secretario, que debía ser un diplomático de elevado rango, porque de otra forma no estaría en el secreto del plan del monarca. Su rostro no reflejaba la menor expresión de extrañeza. En cuanto la espléndida condecoración de Gerald estuvo segura, el estuche se cerró con un chasquido como el eje de una caja de caudales cuya combinación no hubiera sido confiada a Gerald.

Gerald quería protestar, pero guardó silencio.

El rey Alfonso sacó de otro estuche la Orden del Pavo Real (segunda clase) y se la colocó a Gerald. Contemplando las indiferentes piedras de cristal de colores, Gerald vaciló unos instantes; luego dio un paso atrás tambaleante, se inclinó y volvió a su lugar en el gran comedor. No oía las oleadas de aplausos que le acompañaban; su único pensamiento era cómo recuperar su preciada condecoración en cuanto terminaran los discursos. Se desplomó en su asiento junto a su esposa.

—Y ahora —continuó Alfonso IV—, desearía ofrecer una condecoración que no se ha concedido a nadie desde la muerte de mi difunto padre. La

Orden del Pavo Real (primera clase), que me complace especialmente conceder a Su Majestad la reina Isabel II.

La reina se puso de pie y el secretario del monarca volvió a dar un paso al frente. Sostenía en las manos él mismo estuche de cuero rojo que había cerrado de golpe sobre el preciado tesoro de Gerald. Volvió a abrir el estuche y el rey sacó la magnífica condecoración y se la impuso a la reina. Las piedras preciosas brillaban a la luz de las velas, y los invitados quedaron asombrados ante su magnificencia.

Gerald era el único de los presentes que conocía su verdadero valor.

—Bueno, tú mismo dijiste que era digna de un monarca —comentó su esposa acariciando su collar de perlas.

—Oh, sí, pero ¿qué dirá Ramsbottom cuando vea esto? —añadió con tristeza, acariciando la Orden del Pavo Real (segunda clase)—. Se dará cuenta de que es una burda imitación.

—La verdad, yo no creo que tenga tanta importancia —comentó Angela.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gerald—. Seré el hazmerreír de Hull el día de la toma de posesión del alcalde.

—Tendrías que empezar a leer los periódicos de la tarde, Gerald, y dejar de mirarte en los espejos. Así sabrías que Walter no será alcalde este año.

—¿No va a ser alcalde? —repitió Gerald.

—No. El actual alcalde ha decidido seguir, así que Walter no será alcalde hasta el año que viene.

—¿En serio? —preguntó, con una sonrisa.

—Si estás pensando lo que yo creo que estás pensando, Gerald Haskins, esta vez te costará una diadema.

SOLO BUENOS AMIGOS

Me desperté antes que él. Notaba algo de calor, pero sabía que no podía hacer nada.

Parpadeé y me habitué en seguida a la media luz. Alcé la cabeza y contemplé el amplio espacio de blanca piel inmóvil que dormía a mi lado. Si hiciera tanto ejercicio como yo, no tendría aquellos michelines, pensé con indiferencia.

Roger se agitó inquieto y se volvió hacia mí, pero yo sabía que no despertaría del todo hasta que empezara a sonar el despertador de su mesita. Consideré por un momento si volver a dormirme o levantarme y desayunar algo antes de que despertara él. Decidí seguir en la cama, soñando despierta y procurando no molestarle. Cuando al fin abrió los ojos pensé hacerme la dormida (así acabaría preparándome el desayuno él). Empecé a repasar las cosas que debía hacer cuando él se fuera a la oficina. Parecía no importarle lo que hiciera yo durante el día, con tal de que estuviera en casa para recibirle cuando volvía del trabajo.

De su lado de la cama surgió un leve susurro. Los ronquidos de Roger nunca me molestaban. Mi cariño por él no tenía límites; solo deseaba poder encontrar las palabras que lo expresaran. En realidad, él era el primer hombre al que había apreciado realmente. Mientras contemplaba su rostro sin afeitarse, me vino a la memoria que no fue su aspecto lo que me atrajo en aquel bar aquella noche.

Vi a Roger por primera vez en Cat and Whistle, una taberna situada en la esquina de Mafeking Road. Podría decirse que era nuestro bar. Él solía aparecer hacia las ocho, pedía una cerveza y se la llevaba a una mesa pequeña de un rincón, un poco más allá de la diana de los dardos. Estaba casi siempre

solo, allí sentado, viendo cómo lanzaban los dardos hacia la diana, aunque solían acabar con más frecuencia lejos de ella, e incluso fuera del tablero. Pero él nunca jugaba, y yo me preguntaba muchas veces, desde mi posición estratégica detrás de la barra, si sería por no renunciar a su sitio favorito o, sencillamente, porque no le interesaba en absoluto el juego.

De pronto, las cosas cambiaron para Roger (favorablemente, sin duda, desde su punto de vista) cuando, una noche de principios de primavera, se sentó a su lado una rubia llamada Madeleine, que llevaba un abrigo de piel sintética y bebía una ginebra doble con vermut. Yo no la había visto nunca por allí, pero estaba claro que la clientela sí la conocía, y los fragmentos de conversación que capté me indujeron a pensar que aquello no podía durar: decían que ella andaba buscando a alguien cuyos horizontes se extendieran más allá del Cat and Whistle.

La relación, si es que llegó a serlo, solo duro veinte días. Lo sé porque los conté de uno en uno. Luego, una noche, los clientes empezaron a levantar la voz, se volvieron y ella se bajó del taburete y se alejó tan de prisa como se había acercado. Roger observó con gesto cansado cómo se instalaba en un sitio vacío, en una esquina de la barra, pero no mostró la menor sorpresa al verla marchar ni hizo intento alguno de seguirla.

La salida de ella fue la señal para que entrara yo. Casi salté desde detrás de la barra y, todo lo rápidamente que permitía la dignidad, unos segundos después me hallaba en el asiento vacío que había junto a Roger. Él no hizo ningún comentario y tampoco me ofreció una copa, desde luego, pero la única mirada que lanzó en mi dirección no sugería precisamente que me considerara un cambio aceptable. Miré a mi alrededor para ver si alguien planeaba usurparme el puesto. Los individuos que jugaban a los dardos parecían indiferentes. El juego les tenía muy ocupados. Miré hacia la barra para comprobar si el jefe había advertido mi ausencia, pero estaba ocupado atendiendo a los clientes. Vi que Madeleine estaba ya sorbiendo una copa de champaña de la única botella del bar, invitada por un extraño cuya elegante chaqueta cruzada y cuya corbata de rayas en diagonal me confirmaron que ella no volvería a preocuparse por Roger. Parecía bien colocada, al menos por otros veinte días.

Alcé la vista hacia Roger (hacía tiempo que sabía su nombre, aunque

nunca lo usé para dirigirme a él, e ignoraba si él sabía el mío). Empecé a agitar las pestañas de forma un poco exagerada. Tenía la impresión de estar haciendo la idiota, pero al menos mi actitud provocó una sonrisa amable. Se inclinó hacia mí y me acarició la mejilla; tenía las manos sorprendentemente suaves. Ninguno de los dos sentía necesidad de hablar. Ambos estábamos solos y parecía inútil explicar por qué. Seguimos sentados en silencio. Él sorbía de vez en cuando su cerveza y yo cambiaba la postura de las piernas, mientras a unos pasos de donde estábamos nosotros, los dardos seguían su incierto camino.

Luego el tabernero gritó: «Vamos a cerrar, señores», y Roger acabó la cerveza mientras los jugadores de dardos completaban la que sería su última partida.

Nadie hizo comentarios cuando salimos, y me sorprendió que Roger no protestara al ver que yo le seguía hasta su casita adosada. Yo sabía perfectamente dónde vivía porque le vi varias veces por la mañana esperando el autobús en Dobson Street, entre una fila silenciosa de viajeros huraños. Una vez me situé incluso junto a una pared próxima para poder observar mejor sus rasgos. Era el suyo un rostro anónimo, casi vulgar, pero tenía los ojos más cálidos y la sonrisa más afable que yo había visto en un hombre.

Lo único que me inquietaba era que parecía ignorar mi existencia. Siempre estaba preocupado: por la noche solo tenía ojos para Madeleine, y por la mañana no podía pensar más que en ella. ¡Qué envidia me daba aquella chica! Tenía todo lo que yo deseaba (a excepción de un abrigo de piel decente, lo único que me había dejado mi madre). En realidad, no me asistía derecho alguno a criticar a Madeleine, ya que su pasado no podía haber sido más turbio que el mío.

Todo eso sucedió hace más de un año, y para demostrar mi entrega absoluta a Roger, no volví a entrar en el Cat and Whistle desde entonces. Él parecía haber olvidado a Madeleine, porque no volvió a hablar de ella delante de mí. Era un hombre extraño: nunca me preguntó por mis relaciones anteriores.

Quizá debiera haberlo hecho. Me habría gustado que supiera la verdad sobre mi vida antes de que nos conociéramos, aunque ahora todo eso parece irrelevante. Fui la mayor de cuatro hermanos, y por tanto siempre me tocó el

último lugar de la fila. No conocí a mi padre, y una noche, al llegar a casa, descubrí que mi madre se había largado con otro compañero. Tracy, una de mis hermanas, me advirtió que no esperara su regreso. Y tenía razón, pues no volví a ver a mi madre desde entonces. Es terrible tener que admitir, aunque solo sea para tus adentros, que tu madre es una fulana.

Así pues, sin padre ni madre, empecé a ir a la deriva, procurando llevar siempre un paso de ventaja a la ley (lo cual no es nada fácil cuando no tienes dónde apoyar la cabeza). Ni siquiera puedo recordar cómo acabé con Derek... si es que era ese su verdadero nombre. Derek, moreno y sensual, en realidad habría atraído a cualquier hembra sensible. Me contó que estuvo embarcado en un mercante los últimos tres años. Cuando me hacía el amor, yo estaba dispuesta a creer lo que fuera. Lo único que deseaba, le expliqué, era un hogar cálido, comer con regularidad y tal vez, con el tiempo, tener una familia propia. Se aseguró de que uno de mis deseos se cumpliera, porque pocas semanas después de dejarme tuve gemelos: dos chicas. Él no llegó a verlas. Volvió a la mar antes, incluso, de que pudiera decirle que estaba embarazada. No tuvo ninguna necesidad de prometerme el mundo: era tan guapo, que debía de estar seguro de que yo hubiera sido suya por una sola noche de placer.

Procuré sacar a las hijas adelante honradamente, pero las autoridades me cogieron esta vez y las perdí a ambas. ¿Dónde estarán ahora? ¡Dios sabe! Espero que hayan terminado en una buena casa. Por lo menos heredaron la belleza de su padre, y eso les ayudará en la vida. Es otra cosa que Roger no sabrá nunca. Su absoluta confianza me hace sentirme aún más culpable, y nunca me veo con ánimos de revelarle la verdad.

Cuando Derek volvió a la mar, tuve que arreglármelas durante casi un año antes de conseguir trabajo de media jornada en el Cat and Whistle. El tabernero era tan mezquino que ni siquiera me habría dado comida y bebida si no hubiera cumplido mi parte del trato.

Roger iba por allí una o dos veces por semana antes de conocer a la rubia del abrigo de piel raído.

A partir de entonces acudió todas las noches, hasta que ella se levantó y le dejó.

Supe que era ideal para mí la primera vez que le oí pedir una cerveza

suave... Una cerveza suave... No se me ocurre mejor descripción de Roger. Aquellos primeros días, las camareras coqueteaban con él descaradamente, pero él no mostraba el menor interés. Hasta que Madeleine se pegó a él, ni siquiera podía yo saber si le gustaban las mujeres. Quizá fuera mi aspecto andrógino lo que en realidad le atraía.

Creo que en aquel bar yo era la única que buscaba algo más permanente.

Y así, Roger me permitió pasar la noche con él. Recuerdo que se fue al cuarto de baño a desnudarse mientras yo descansaba en lo que supuse sería mi lado de la cama. Desde aquella noche, no me ha pedido ni una sola vez que me vaya ni ha intentado echarme. Es una relación agradable. Jamás me ha levantado la voz ni me ha reñido sin razón. Perdonad el tópico, pero sé que por una vez he tenido suerte.

Brrr. Brrr. Brrr. El maldito despertador. Ojalá pudiera enterrarlo. No parará de sonar hasta que Roger decida moverse. Una vez intenté estirarme por encima de él y poner fin a su infernal estruendo, y lo que hice fue tirar el artefacto al suelo, lo cual le molestó todavía más que el ruido. Decidí que no volvería a hacerlo. Al fin surgió de debajo de la manta un brazo largo, la palma de la mano cayó sobre el reloj y aquel maldito estrépito cesó. Yo tengo el sueño ligero, y el menor movimiento me molesta. Si me lo hubiera pedido, yo podría despertarle todas las mañanas mucho más suavemente.

Después de todo, mis métodos son absolutamente igual de seguros que los de cualquier aparato fabricado por el hombre.

Roger me hizo una leve caricia, todavía medio dormido, antes de masajearme la espalda, lo que siempre provocaba en mí una sonrisa. Luego bostezó, se desperezó y declaró, como casi todas las mañanas:

—He de darme prisa, llegaré tarde a la oficina.

Supongo que a algunas hembras les habría molestado la monotonía de nuestra rutina matinal..., pero a mí no. Todo formaba parte de una vida que me hacía sentirme segura en la certeza de que, finalmente, había encontrado algo que merecía la pena.

Roger consiguió ponerse las zapatillas al revés (siempre había un cincuenta por ciento de posibilidades de que lo hiciera) y avanzó con torpeza hacia el cuarto de baño. Salió de él al cabo de quince minutos, como siempre, con un aspecto poco mejor que el que tenía al entrar. He aprendido a convivir

con lo que alguien habría llamado sus manías, en tanto que él ha aprendido a aceptar mis manías de limpieza y la necesidad de sentirme segura.

—Arriba, holgazana —me instó, como si fuera una orden pero se limitó a sonreír cuando me acurruqué, negándome a abandonar el cálido hueco que él había dejado.

—Supongo que esperas que te traiga el desayuno antes de irme al trabajo, ¿eh? —añadió bajando ya las escaleras.

No me molesté en contestarle. Sabía que a los pocos minutos abriría la puerta de la calle, recogería el periódico, el correo y nuestra botella de leche de todos los días. Y la echaría, como siempre, en el hervidor; luego iría a la despensa, llenaría un cuenco con mi comida preferida para el desayuno y añadiría mi ración de leche, dejándose solo la justa para sus dos tazas de café.

Podía prever casi al segundo cuándo estaría listo el desayuno. Primero oiría hervir la leche, a los pocos minutos la serviría y luego le oiría mover una silla. Esa era la señal que me indicaba el momento de unirme a él.

Estiré despacio las piernas, advirtiéndome que mis uñas necesitaban ciertos cuidados. Había decidido no hacer una limpieza como es debido hasta que se fuera a la oficina. Oí el ruido de la silla al arrastrarla por el linóleo de la cocina. Me sentía tan dichosa que salté literalmente de la cama y corrí hacia la puerta abierta. A los pocos segundos, estaba abajo. Aunque él ya había tomado el primer bocado de copos de maíz, en cuanto me vio dejó de comer.

—Eres muy amable acompañándome —dijo, con una sonrisa iluminándole la cara.

Me acerqué y alcé la vista hacia él, expectante. Se inclinó entonces y me acercó el cuenco. Empecé a beber la leche, muy contenta, moviendo el rabo de un lado a otro. Lo de que solo movemos el rabo cuando estamos enfadados es un mito.

EL ROBO

Christopher y Margaret Roberts pasaban siempre las vacaciones de verano lo más lejos de Inglaterra que podían permitirse. No obstante, como Christopher era profesor de griego y latín en St. Cuthbert's, una pequeña escuela preparatoria al norte de Yeovil, y Margaret la gobernanta, su experiencia de cuatro de los cinco continentes se limitaba en gran medida a revistas como National Geographic Magazine y Time.

Las vacaciones anuales de los Roberts en el mes de agosto eran, sin embargo, algo sagrado y se pasaban los once meses restantes del año ahorrando, haciendo planes y preparándose para su único lujo extravagante. Y los otros once meses, comunicando sus descubrimientos a los «chicos». Los Roberts, que no tenían hijos propios, consideraban a los alumnos de la escuela sus «chicos».

Durante las largas noches en que se suponía que los «chicos» estaban durmiendo en sus dormitorios, los Roberts estudiaban detenidamente los mapas, analizaban la opinión especializada y, finalmente, elaboraban una lista de opciones. En los últimos viajes habían llegado hasta Noruega, el norte de Italia, Yugoslavia y el año anterior habían explorado la isla de Aquiles, Skiros, al este de la costa griega.

—Este año tendrá que ser Turquía —decidió Christopher tras una profunda meditación.

Al cabo de una semana, Margaret llegó a la misma conclusión, con lo que ya pudieron pasar a la segunda fase. Sacaron de la biblioteca todos los libros sobre Turquía, los consultaron y volvieron a sacarlos y a consultarlos. Todos los folletos que consiguieron en la embajada de Turquía y en las agencias de viajes de la localidad fueron sometidos al mismo escrutinio prolongado y

sistemático.

El primer día del último trimestre de curso, ya habían sacado los billetes de avión, habían alquilado un coche, reservado una habitación de hotel un poco mayor que de costumbre; ya estaban resueltas todas las cuestiones básicas. Solo les faltaba a sus planes un último detalle.

—Bueno, ¿y cuál será nuestra «ganga» este año? —preguntó Christopher.

—Una alfombra —dijo Margaret sin la menor vacilación—. Tiene que ser eso. Durante más de mil años Turquía ha producido las alfombras más preciadas del mundo. Sería idiota pensar en otra cosa.

—¿Cuánto gastaremos en ella?

—Quinientas libras —decidió Margaret, sintiéndose una despilfarradora.

Una vez tomado este acuerdo, intercambiaron recuerdos sobre las «gangas» que habían conseguido a lo largo de los años. En Noruega fue un diente de ballena tallado en forma de galeón, obra de un artista local, al que poco después patrocinó Steuben. En Toscana, fue un cuenco de cerámica que encontraron en un pueblo pequeño donde los moldeaban y los cocían para venderlos a precios exorbitantes en Roma: un pequeño defecto que solo habría podido apreciar un experto, lo convertía en una «ganga». Y cerca de Skopje, los Roberts visitaron una fábrica de vidrio y compraron una jarra de agua momentos antes de que volaran el establecimiento ante sus propios ojos; y en Skiros consiguieron su mejor trofeo, un fragmento de una urna que descubrieron junto a una antigua zona de excavaciones. Los Roberts informaron inmediatamente de su hallazgo a las autoridades, pero los funcionarios griegos no lo consideraron lo bastante importante como para impedir que se lo llevaran.

Al volver a Inglaterra, Christopher no pudo resistir la tentación de enseñárselo al catedrático de estudios clásicos de su antigua *alma mater*. Este le confirmó que la pieza era probablemente del siglo XII. Esta última «ganga» estaba ahora, esmeradamente engastada, en la repisa de la chimenea del salón.

—Sí, una alfombra será perfecto —reflexionó Margaret—. El problema es que todo el mundo va a Turquía con la idea de comprar una alfombra barata. Así que encontrar una realmente buena...

Se arrodilló para medir el pequeño espacio que quedaba delante del hogar

de su salón.

—Una de dos por tres valdría.

Pocos días después de terminar el curso, los Roberts fueron en autobús a Heathrow. El viaje era algo más largo que en tren, pero costaba la mitad.

—Todo lo que ahorremos podremos gastarlo en la alfombra —recordó Margaret a su marido.

—De acuerdo, gobernanta —repuso Christopher, riéndose.

Al llegar a Heathrow, entregaron el equipaje para el vuelo, eligieron dos asientos de no fumadores y, al comprobar que tenían tiempo de sobra, decidieron ver despegar otros aviones a lugares aún más exóticos.

Christopher se fijó primero en los dos pasajeros que corrían por la pista de despegue; evidentemente llegaban tarde.

—Mira —dijo, indicando la pareja que corría.

Margaret observó a los dos, gordos y todavía morenos de las vacaciones anteriores, subir pesadamente la escalerilla.

—El señor y la señora Kendall-Hume —dijo Margaret, incrédula. Tras un momento de vacilación, añadió—: No me gustaría ser severa con ningún alumno, pero el pequeño Malcolm Kendall-Hume me parece un...

—¿Un mocoso mimado? —sugirió su mando.

—Pues sí. No puedo dejar de pensar en cómo deben de ser sus padres.

—Pues si damos crédito a lo que cuenta el chaval, gente muy rica. Tienen una cadena de locales de venta de coches de segunda mano de Birmingham a Bristol.

—Menos mal que no van en nuestro vuelo.

—Seguro que se marchan a las Bermudas o a las Bahamas —comentó Christopher.

El altavoz impidió a Margaret poder emitir su opinión.

—Vuelo 172 de las líneas aéreas Olympic a Estambul, salida número 37.

—Es el nuestro —dijo encantado Christopher, dirigiéndose hacia la puerta de embarque.

Fueron los primeros pasajeros que subieron a bordo, y en cuanto les indicaron sus asientos se pusieron a estudiar las guías de Turquía y las tres carpetas con información que llevaban.

—En Éfeso tenemos que ver el templo de Diana —dijo Christopher,

mientras el avión se deslizaba por la pista.

—No olvides que entonces estaremos a pocos kilómetros del supuesto último hogar de la Virgen María —añadió Margaret.

—Que los historiadores serios admiten con reservas —comentó Christopher como si hablara con un alumno de cuarto, pero su esposa estaba demasiado absorta en su libro para advertirlo.

Ambos siguieron leyendo hasta que Christopher le preguntó a Margaret qué leía.

—Alfombras: realidad y fábula, de Abdul Verizoglu... Es la decimoséptima edición —dijo Margaret, segura de que todos los errores se habrían eliminado en las dieciséis ediciones anteriores—. Da muchísima información. Al parecer, los mejores ejemplares son los de Hereke y están tejidos con seda y a veces trabajados hasta por veinte jóvenes, niñas incluso, a la vez.

—¿Por qué jóvenes? —preguntó en tono pensativo Christopher—. La experiencia tendría que ser algo esencial en una tarea tan delicada.

—Al parecer, no. En Hereke las tejen jóvenes con buena vista que pueden distinguir dibujos intrincados muchas veces no mayores que la punta de un alfiler y con no menos de novecientos nudos en unos seis centímetros cuadrados. Una alfombra así puede valer unas quince mil libras, veinte incluso.

—¿Y al otro extremo de la escala? Las alfombras tejidas con lana vieja por gente también vieja —comentó Christopher, respondiendo él mismo la pregunta.

—Sin duda. Pero hasta con nuestro humilde presupuesto hay que tener en cuenta algunas normas elementales.

Christopher se inclinó hacia ella para no perderse nada, por el ruido de los motores del avión.

—«Las de tonos rojos y azules apagados, con fondo verde, se consideran clásicas y son muy admiradas por los coleccionistas turcos, pero deben evitarse los amarillos y los naranjas chillones —leyó su mujer en voz alta—. Y no pensar siquiera en las alfombras con animales, pájaros o peces, pues solo se fabrican para complacer el gusto de los occidentales».

—¿No les gustan los animales?

—Creo que no se trata de eso. Los musulmanes sunnitas, que son los dirigentes religiosos del país, son contrarios a la representación de imágenes. Pero si buscamos bien en los bazares, seguro que encontraremos alguna ganga por unos cientos de libras.

—¡Qué buena excusa para pasarnos todo el día en los bazares!

Margaret sonrió, luego siguió leyendo:

—Pero escucha. «Es importantísimo regatear. El precio inicial que da el vendedor, seguro que es el doble del que espera conseguir y el triple de lo que vale la alfombra».

Alzó la vista del libro.

—Si es cuestión de regatear, tendrás que hacerlo tú, cariño. En Marks Spencer no están acostumbrados a esas cosas.

Christopher se echó a reír.

—«Y, por último —continuó su mujer, volviendo la hoja del libro—, si el vendedor le ofrece café, no lo acepte. Significa que espera que el regateo se prolongue un rato mientras disfruta tanto del propio hecho de regatear como de la venta».

—Si la cosa es así, más vale que tengan una cafetera bien grande preparada para nosotros —dijo Christopher mientras cerraba los ojos y se solazaba pensando en los placeres que le aguardaban.

Margaret no cerró el libro sobre alfombras hasta que el avión tomó tierra en el aeropuerto de Estambul. Abrió entonces la carpeta número uno, llamada «Pre-Turquía».

—Un autobús nos estará esperando en la zona norte de la terminal para trasladarnos al lugar donde debemos tomar el otro avión —le dijo a su marido mientras adelantaba meticulosamente el reloj dos horas.

Siguieron pronto a los Roberts un raudal de pasajeros que se encaminaban al control de pasaportes. Las primeras personas a quienes vieron fueron precisamente aquellas dos, de mediana edad, que suponían rumbo a lugares más exóticos.

—Ya puedes suponer a dónde van —dijo Christopher.

—Al Estambul Hilton, supongo.

Subieron a un vehículo desechado por la compañía de autobuses de Glasgow hacía veinte años. Soltó chorros de humo negro al acelerar, antes de

arrancar en dirección a la pista de donde iba a partir el vuelo interior THY.

Los Roberts se olvidaron del señor y la señora Kendall-Hume en cuanto miraron por las ventanillas del pequeño avión para contemplar la costa oeste de Turquía, iluminada por el sol poniente. El aparato aterrizó en el aeropuerto de Izmir cuando el brillante globo rojo empezaba a ocultarse tras la montaña más alta. Otro autobús, aún más destartado que el anterior, se encargó de que los Roberts llegaran a su pequeña pensión a tiempo para una cena tardía.

Su habitación era diminuta pero pulcra, y del dueño podía decirse exactamente lo mismo. Les recibió gesticulando exageradamente y con una amplia sonrisa que les pareció un buen presagio para los próximos veintiún días.

A la mañana siguiente a primera hora, los Roberts repasaron el minucioso programa para el «día uno» de la carpeta «número dos». Primero tenían que recoger el Fiat de alquiler que ya habían pagado desde Inglaterra, en el que irían, por las colinas, a la antigua fortaleza bizantina de Selcut por la mañana, y por la tarde, si les quedaba tiempo, al templo de Diana.

Una vez retirado el desayuno, los Roberts se lavaron los dientes y salieron de la pensión unos minutos antes de las nueve. Pertrechados con el comprobante del alquiler del coche y la guía, se encaminaron al garaje de Beyazik. Recorrieron las calles empedradas disfrutando de la brisa marina hasta llegar a la bahía. Christopher divisó el letrero del garaje a unos cien metros de distancia.

Al pasar junto a los magníficos yates amarrados a lo largo del puerto, fueron preguntándose sobre la nacionalidad a la que correspondía la bandera de cada embarcación, con un sentimiento no muy distinto al de «los chicos» en una prueba de geografía.

—Italiana, francesa, liberiana, panameña, alemana. No hay muchos barcos británicos —observó Christopher, en un tono insólitamente patriótico; el que usaba siempre, pensó Margaret, cuando estaban en el extranjero.

Ella contempló las hileras de cascos alineados como los autobuses en Picadilly en la hora punta; algunas embarcaciones eran aún mayores que los autobuses.

—¿Cómo será la gente que puede permitirse semejante lujo? —preguntó a su marido, sin esperar respuesta.

—Señor y señora Roberts, ¿no es cierto? —gritó una voz a su espalda.

Ambos se volvieron y vieron a un individuo que les resultaba familiar, con camisa blanca, pantalones cortos blancos y gorra, que recordaba al capitán Bird's Eye del anuncio, haciéndoles señas desde la proa de uno de los yates más grandes.

—¡Suban a bordo, amigos! —gritó entusiasmado el señor Kendall-Hume, en un tono más imperativo que suplicante.

Los Roberts recorrieron de bastante mala gana la plancha.

—¡Mira quién está aquí! —gritó su anfitrión hacia un gran agujero que había en el centro de la cubierta. Al momento emergió la señora Kendall-Hume ataviada con un diáfano sarong naranja y la parte de arriba de un bikini a juego con aquella prenda—. Son el señor y la señora Roberts... ¿recuerdas? De la escuela de Malcolm.

Kendall-Hume se volvió hacia la consternada pareja.

—No recuerdo sus nombres de pila, pero ella es Melody y yo soy Ray.

—Christopher y Margaret —aclaró el profesor mientras se daban la mano.

—¿Qué tal una copa? ¿Ginebra, vodka o...?

—Oh, no —rechazó Margaret—. Muchísimas gracias; tomaremos zumo de naranja.

—Como ustedes gusten —accedió Ray Kendall-Hume—. Tienen que quedarse a almorzar.

—Pero no podemos imponer...

—Insisto. Después de todo, estamos de vacaciones. Por cierto, iremos a almorzar al otro lado de la bahía. Hay una playa extraordinaria donde podrán tomar el sol y nadar tranquilamente.

—Muy amable por su parte —dijo Christopher.

—¿Y el joven Malcolm? —preguntó Margaret.

—Está en un campamento de vacaciones en Escocia. A él no le gustan los barcos, como a nosotros.

Por primera vez, que pudiera recordar, Christopher sintió cierta admiración por el muchacho. Al poco rato, el motor arrancó con estruendo.

En el viaje por la bahía, Ray Kendall-Hume expuso sus teorías sobre cómo «conseguir librarse de todo».

—¡No hay nada como un yate para asegurar tu intimidad y no tener que mezclarte con la *hoi* pollo!

Él solo deseaba las cosas sencillas de la vida: el sol, el mar y una provisión muy abundante de los mejores alimentos y bebidas.

Los Roberts no habrían pedido más. Al final del día, los dos estaban algo mareados y quemados por el sol. Pese a las pastillas blancas, pastillas rojas y pastillas amarillas, facilitadas por Melody con liberalidad, cuando volvieron a su habitación aquella noche, no pudieron conciliar el sueño.

No les resultó fácil eludir a los Kendall-Hume durante los veinte días siguientes. Solo podían llegar a Beyazik, el garaje donde les aguardaba su cochecito de alquiler todas las mañanas y al que tenían que devolverlo por la noche, pasando por el muelle. Y allí estaba amarrado el yate de los Kendall-Hume como un obstáculo infranqueable. Apenas hubo un día en que los Roberts no tuvieran que dedicar parte de su precioso tiempo a subir y bajar por las agitadas aguas costeras de Turquía, comiendo alimentos aceitosos y hablando del tamaño que debería tener una alfombra para el salón de la casa de los Kandall-Hume.

Pese a todo, lograron completar gran parte de su programa y, resueltamente, dejaron aparte el último día de las vacaciones para buscar una alfombra. Como no precisaban el coche para ir al centro, confiaban en que, al menos por un día, podrían verse libres de sus torturadores.

Aquella última mañana se levantaron algo más tarde de lo previsto, y después de desayunar recorrieron juntos el camino empedrado, Christopher con la decimoséptima edición de *Alfombras: realidad y fábula*, Margaret, con una cinta métrica y quinientas libras en cheques de viaje.

En cuanto llegaron al bazar el profesor y su esposa, empezaron a mirar las mil tiendecitas, preguntándose por dónde iniciar su aventura. Individuos tocados con *fez* trataban de convencerles de que pasaran a sus diminutos emporios, pero los Roberts dedicaron la primera hora simplemente a ambientarse.

—¡Ya estoy preparada para iniciar la búsqueda! —gritó Margaret por encima de la algarabía que la rodeaba.

—Entonces les hemos encontrado a tiempo —dijo la única voz de la que creían haberse librado.

—Estábamos a punto de...

—Entonces síganme.

Completamente hundidos y desanimados, los Roberts siguieron a Ray Kendall-Hume fuera del bazar y de vuelta a la ciudad.

—Acepten mi consejo y conseguirán el chollo de su vida —les aseguró Kendall-Hume—. En mi época, encontré verdaderas maravillas en todos los rincones del globo a precios inverosímiles. Les permitiré con mucho gusto aprovechar mi experiencia sin recargo alguno.

—No sé cómo podían soportar el ruido y el olor de aquel bazar —comentó Melody, encantada, sin duda alguna, de volver a los letreros de Gucci, Lacoste y Saint-Laurent.

—Nosotros preferiríamos...

—Rescatados en el momento oportuno —le cortó Ray Kendall-Hume—. Y el lugar que según me han dicho es ideal para comprar una buena alfombra es Oman's.

Margaret recordó el nombre por el libro sobre alfombras.

«Solo debe ir allí si no le importa en absoluto el dinero y sabe exactamente lo que quiere». Iban a perder la última mañana, que para ellos era vital, se dijo Margaret mientras abría las grandes puertas de cristal de Osman's, que daban a una sala del tamaño de una pista de tenis. Todo el suelo estaba cubierto de alfombras, así como las paredes, los alféizares de las ventanas e incluso las mesas. En cualquier sitio donde hubiera espacio para extender una alfombra, había una alfombra. Aunque los Roberts comprendieron de inmediato que nada de lo que estaba a la vista entraba dentro de sus posibilidades, la belleza de la exposición les extasió.

Margaret recorrió despacio el local, midiendo mentalmente las alfombras pequeñas para hacerse una idea de lo que podrían buscar cuando consiguieran librarse de los Kendall-Hume.

Un individuo alto y elegante, con las manos alzadas como en oración e inmaculadamente ataviado con un traje de estambre que podría haber sido confeccionado en Savile Row, se acercó a recibirles.

—Buenos días, señor —saludó, dirigiéndose al señor Kendall-Hume, identificando sin dificultades al verdadero derrochador—. ¿Puedo ayudarles en algo?

—Sin duda alguna —repuso Kendall-Hume—. Deseo que nos enseñe sus mejores alfombras, pero le advierto que no me propongo pagar sus mejores precios.

El vendedor sonrió cortésmente y dio una palmada. Tres ayudantes les trajeron seis alfombras pequeñas que extendieron en el centro del local. Margaret se enamoró de una de fondo verde suave, con una cenefa de diminutos cuadros rojos. El diseño era tan intrincado que no podía apartar la vista. La midió: exactamente dos por uno.

—Tiene usted un gusto exquisito, señora —dijo el vendedor.

Margaret se ruborizó ligeramente, se incorporó, dio un paso atrás y ocultó la cinta métrica a la espalda.

—¿Qué te parece el lote, cielo? —preguntó Kendall-Hume indicando con un gesto las seis alfombras.

—Ninguna de estas es bastante grande —repuso Melody, dedicándoles solo una mirada de pasada.

El vendedor volvió a dar una palmada y las alfombras fueron enrolladas y retiradas. Pronto las reemplazaron otras cuatro alfombras más grandes.

—¿Les apetece un café? —preguntó el vendedor al señor Kendall-Hume mientras las nuevas alfombras yacían desplegadas a sus pies.

—No tenemos tiempo —rechazó en tono brusco Kendall-Hume—. Hemos venido a comprar una alfombra. Si quiero café, siempre puedo ir a una cafetería —dijo con una risilla.

Melody sonrió con complicidad.

—Bueno, yo sí tomaría un poco de café —declaró Margaret, decidida a rebelarse en algún momento de las vacaciones.

—Encantado, señora —dijo el vendedor, uno de cuyos ayudantes fue a cumplir sus deseos mientras los Kendall-Hume estudiaban las nuevas alfombras.

A los pocos minutos trajeron el café. Margaret dio las gracias al joven ayudante y empezó a tomar el denso líquido negro lentamente. «Delicioso», pensó, y sonrió al vendedor con gratitud.

—También son pequeñas —insistió la señora Kendall-Hume.

El vendedor emitió un ligero suspiro y, una vez más, dio una palmada. Y de nuevo los asistentes enrollaron las alfombras rechazadas. El vendedor se

dirigió entonces a uno de sus ayudantes en turco. El ayudante miraba indeciso a su jefe, pero este asintió con firmeza y le indicó con un gesto que se retirara. Poco después volvió a aparecer el ayudante con un pequeño pelotón de auxiliares que portaban dos alfombras, que, una vez extendidas, ocuparon casi todo el suelo de la tienda. A Margaret le gustaron aún menos que las últimas que habían visto, pero como no le pidieron su opinión, tampoco la dio.

—Esto ya está mejor —dictaminó Kendall-Hume—. ¿Qué me dices, Melody, es este el tamaño adecuado para el salón?

—Perfecto —contestó su esposa, sin hacer el menor intento de medir las alfombras.

—Me alegra que estemos de acuerdo —concluyó Ray Kendall-Hume—. Pero ¿cuál de las dos, cielito? ¿La azul claro y roja o la amarilla y naranja fuerte?

—La amarilla y naranja —decidió Melody—. Me encanta la cenefa de pájaros de colores fuertes.

A Christopher le pareció que el vendedor hacía una mueca.

—Bueno, pues ahora solo nos falta llegar a un acuerdo en cuanto al precio —dijo Kendall-Hume—. Será mejor que te sientes, cielo, porque esto puede llevar un rato.

—Espero que no —comentó la señora Kendall-Hume, empeñada en seguir de pie.

Los Roberts guardaron silencio.

—Por desgracia, señor —empezó a decir el vendedor—, su esposa ha elegido una de las mejores alfombras de nuestra colección; así pues, me temo que no hay mucho margen para un reajuste del precio.

—¿Cuánto? —preguntó Kendall-Hume.

—Verá, señor, esta alfombra fue tejida en Demirdji, en la provincia de Izmir, por más de cien costureras que tardaron más de un año en hacerla.

—No me venga con ese camelo, amigo —le atajó Kendall-Hume, haciendo un guiño a Christopher—. Límitese a decirme cuánto espera usted que le pague.

—Creo que es mi obligación indicarle, señor, que esta alfombra en realidad no debía estar aquí —prosiguió el turco quejumbrosamente—. La

hicieron para un príncipe árabe que luego no cumplió el trato, al caer los precios del petróleo.

—Pero tuvo que aceptar sin duda el precio en el momento, ¿no?

—No puedo revelar la cantidad exacta, señor. Me resulta bastante violento mencionarla.

—Pues a mí no me violentaría. Vamos, ¿cuál fue el precio? —insistió.

—¿En qué moneda lo prefiere?

—En libras.

El vendedor sacó una calculadora pequeña del bolsillo de la chaqueta, pulsó unas cuantas teclas y luego contempló desconsolado a los Kendall-Hume.

Christopher y Margaret guardaban silencio, como escolares que temen que el director les haga una pregunta cuya respuesta seguramente ignorarán.

—Vamos, vamos, ¿cuánto pensaba usted clavarme?

—Creo que debe prepararse usted para un susto, señor.

—¿Cuánto? —repitió Kendall-Hume, impaciente.

—Veinticinco mil.

—¿Libras?

—Libras.

—Debe de estar usted de broma —dijo Kendall-Hume, caminando alrededor de la alfombra, y deteniéndose junto a Margaret y diciéndole en un susurro—: Está usted a punto de descubrir por qué me consideran el azote del comercio automovilístico de la región centrooriental.

Luego se volvió al vendedor, diciendo:

—Yo no pagaría más de quince mil por esa alfombra. Ni aunque me fuera la vida en ello.

—Pues me temo que entonces ha perdido usted el tiempo, señor —replicó el turco—. Porque esta es una alfombra destinada únicamente a los cognoscenti. ¿No querría la señora reconsiderar la roja y azul?

—Por supuesto que no —dijo Kendall-Hume—. Está completamente descolorida. ¿Es que no lo ve? Seguro que la dejaron demasiado tiempo en el escaparate y le dio el sol. No, tendrá que reconsiderar usted el precio si quiere que la alfombra naranja y amarilla acabe en el hogar de un entendido.

El vendedor suspiró y tecleó de nuevo en la calculadora.

Mientras proseguía la transacción, Melody tenía la mirada perdida, y de vez en cuando miraba por la ventana hacia la bahía.

—No bajaré un penique de veintitrés mil libras.

—Yo estaría dispuesto a llegar hasta las dieciocho mil —propuso Kendall-Hume—, pero ni un penique más.

Los Roberts contemplaron al vendedor, que tecleaba los números en la calculadora.

—Eso ni siquiera cubriría el costo, lo que yo mismo pagué por ella —dijo al fin con tristeza, contemplando las pequeñas figuras chillonas.

—Me está usted apretando. Pero no apriete demasiado. Diecinueve mil. Pero es mi última oferta.

—Veinte mil libras es la cifra más baja que puedo considerar —repuso el vendedor—. Un precio tirado, lo juro sobre la tumba de mi madre.

Kendall-Hume sacó la cartera y la puso en la mesa junto al vendedor.

—Diecinueve mil libras y cerramos el trato.

—Pero ¿cómo voy a dar de comer a mis hijos? —preguntó el vendedor, alzando las manos sobre la cabeza.

—Pues igual que yo a los míos —bromeó Kendall-Hume—. Consiguiendo buenos beneficios.

El vendedor se detuvo, como si estuviera pensando, y al fin concluyó:

—No puedo hacerlo, señor. Lo siento. Pero podemos enseñarle otras alfombras.

Ante un gesto, sus ayudantes se acercaron.

—No; esa es la que quiero —terció entonces la señora Kendall-Hume—. No discutas por mil libras, cariño.

—Créame usted, señora —se lamentó el vendedor, volviéndose a la señora Kendall-Hume—, le aseguro que mi familia se moriría de hambre si todos nuestros clientes fueran como su marido.

—De acuerdo, tendrá usted las veinte mil, pero con una condición.

—¿Con una condición?

—Tiene que hacerme un recibo por diez mil. De lo contrario acabaría pagando la diferencia en la aduana.

El vendedor hizo una profunda inclinación, como para indicar que la petición no le parecía insólita.

El señor Kendall-Hume abrió la cartera y sacó diez mil libras en cheques de viaje y luego otras diez mil en billetes.

—Como verá usted —dijo, con una sonrisa—, venía preparado.

Sacó entonces otras cinco mil libras y, moviéndolas delante del vendedor, añadió:

—Y hubiera estado dispuesto a pagarle más.

El vendedor se encogió de hombros.

—Ha puesto usted unas condiciones durísimas, señor. Pero no me oírás quejarme ahora que el trato está cerrado.

Enrollaron la enorme alfombra, la envolvieron e hicieron un recibo por diez mil libras mientras se hacía el pago en los cheques de viaje y el dinero en metálico.

Los Roberts no abrieron la boca en veinte minutos. Cuando vieron el dinero cambiar de manos, Margaret pensó que era más dinero del que ganaban juntos ella y su marido en un año.

—Es hora de volver al yate —dijo Kendall-Hume—. Les esperamos a comer. Y ahora les dejamos, para que puedan ustedes buscar una buena alfombra.

—Gracias —dijeron los Roberts al unísono.

Esperaron a que los Kendall-Hume se perdieran de vista con los dos ayudantes detrás cargando la alfombra amarilla y naranja; dieron luego las gracias al vendedor por el café y se dispusieron a salir de la tienda.

—¿Qué tipo de alfombra buscaban ustedes? —preguntó el vendedor.

—Me temo que sus precios están fuera de nuestro alcance —dijo cortésmente Christopher—. Pero gracias.

—Bueno, permítanme al menos averiguarlo. ¿Ha visto usted o su esposa alguna alfombra que les gustara?

—Sí —contestó Margaret—, la pequeña, pero...

—Ah, sí. Ahora recuerdo los ojos de la señora cuando vio la de Hereke.

Se marchó y reapareció a los pocos minutos con la pequeña alfombra de fondo verde suave y diminutos cuadrados rojos, que habían rechazado tan rotundamente los Kendall-Hume. Sin esperar que le ayudaran, él mismo la extendió para que los Roberts pudieran contemplarla mejor.

A Margaret le pareció más preciosa, incluso, al verla por segunda vez, y

se dijo que no podrían encontrar otra parecida en el poco tiempo que les quedaba.

—Perfecta —admitió, con franqueza.

—Entonces, solo nos queda hablar del precio —dijo amablemente el vendedor—, ¿cuánto tienen ustedes pensado gastarse, señora?

—Habíamos pensado gastarnos trescientas libras —dijo Christopher interviniendo.

Margaret no pudo disimular su sorpresa.

—Pero acordamos... —empezó a decir.

—Gracias, querida, creo que debo encargarme yo de esto.

El vendedor sonrió y volvió al regateo.

—Tendríamos que cobrarles seiscientas libras. Cualquier cantidad inferior sería un robo.

—Mi última oferta son cuatrocientas libras —dijo Christopher, procurando adoptar un tono firme.

—Mi precio más bajo tendría que ser quinientas libras.

—¡Me la quedo! —exclamó Christopher.

Uno de los dependientes empezó a agitar los brazos y a hablar acaloradamente con el vendedor en su propio idioma. El propietario alzó una mano desechando las protestas del joven, mientras los Roberts les miraban inquietos.

—Mi hijo —explicó el vendedor— no se muestra nada contento con el trato, pero yo estoy encantado sabiendo que la alfombrita irá a parar al hogar de una pareja que, evidentemente, apreciará su auténtico valor.

—Gracias —dijo Christopher tranquilamente.

—¿Quieren ustedes también un recibo con un precio distinto?

—No, gracias —dijo Christopher, entregándole diez billetes de cincuenta libras y esperando que les envolvieran la alfombra y les dieran el correspondiente recibo.

El vendedor sonreía para sí viendo a los Roberts salir de su tienda abrazados a su adquisición.

Cuando llegaron al muelle, el barco de los Kendall-Hume ya estaba a medio camino de la bahía hacia la playa tranquila. Suspiraron con alivio y volvieron al bazar para comer allí.

Cuando estaban esperando en el aeropuerto de Heathrow que apareciera su equipaje en la cinta transportadora, Christopher sintió una palmada en el hombro. Se volvió y se encontró con un radiante Ray Kendall-Hume.

—¿Podría hacerme un favor, amigo?

—Se lo haré si puedo —dijo Christopher, que aún no se había recuperado del todo de su último encuentro.

—Es bastante sencillo —explicó Kendall-Hume—. La vieja y yo nos hemos traído demasiados regalos y me preguntaba si ustedes podrían pasarnos algunos por aduana. De lo contrario, nos retendrán aquí toda la noche.

Melody estaba tras un carro cargado ya, y sonreía benévola a los dos hombres.

—Pero aun así tendrá que pagar los derechos correspondientes —dijo Christopher con firmeza.

—Pues claro; no se me ocurriría pensar otra cosa —dijo Kendall-Hume, debatiéndose con un voluminoso paquete antes de ponerlo en el carro de los Roberts.

Christopher iba a protestar cuando Kendall-Hume le entregó dos mil libras y el recibo.

—¿Qué haremos si dicen que su alfombra vale mucho más de diez mil libras? —preguntó nerviosa Margaret, acercándose a su marido.

—Pagar la diferencia y yo se la reembolsaré inmediatamente. Pero les aseguro que es muy poco probable que suceda.

—Ojalá tenga razón.

—Claro que la tengo. No se preocupen. Ya lo he hecho antes. Y tendré muy en cuenta su ayuda cuando llegue la próxima petición de la escuela —añadió, dejándoles con el inmenso paquete.

En cuanto Christopher y Margaret localizaron su propio equipaje, cogieron el segundo carro y se pusieron a la cola de los que tenían algo que declarar.

—¿Llevan ustedes algún objeto de valor superior a quinientas libras? —preguntó cortésmente el joven funcionario.

—Sí —dijo Christopher—. Compramos dos alfombras en Turquía durante las vacaciones.

Le entregó los dos recibos.

El funcionario estudió atentamente los recibos, y luego preguntó si le permitían ver las alfombras.

—Por supuesto —dijo Christopher, y se puso a desenvolver la grande mientras Margaret hacía otro tanto con la pequeña.

—Tendrá que verlas un experto —dijo el funcionario una vez los paquetes estuvieron deshechos—. Solo llevará unos minutos.

En seguida se llevaron de allí las alfombras.

«Unos minutos» resultaron ser más de quince, y Christopher y Margaret lamentaron en seguida su decisión de ayudar a los Kendall-Hume, fueran cuales fuesen las necesidades de donativos de la escuela. Se entregaron a una conversación trivial que no habría engañado ni al detective más novato.

Al fin volvió el funcionario.

—Por favor, ¿serían tan amables de hablar un momento con mi compañero en privado? —les preguntó.

—¿Es realmente necesario? —preguntó Christopher, enrojeciendo.

—Me temo que sí, señor.

—Debíamos habernos negado —susurró Margaret—. Nunca hemos tenido ningún problema con las autoridades.

—No te preocupes, cariño. Todo habrá acabado en unos minutos, ya verás —la tranquilizó Christopher, no muy convencido de sus propias palabras.

Siguieron al joven hasta una pequeña habitación.

—Buenas tardes, señor —les saludó un individuo de pelo blanco, con varios aros de oro alrededor del puño de la manga—. Lamento haberles hecho esperar, pero nuestro experto ha tenido que ver sus alfombras y está seguro de que hay un error.

Christopher deseaba protestar, pero era incapaz de proferir una sola palabra.

—¿Un error? —consiguió preguntar Margaret.

—Sí, señora. Cree que los recibos que han presentado ustedes son absurdos.

—¿Absurdos?

—Así es —confirmó el funcionario mayor—. Se lo repito, creemos que

hay un error.

—¿Qué tipo de error? —preguntó Christopher, recuperando la facultad de hablar.

—Verán, ustedes han declarado dos alfombras, una al precio de diez mil libras y otra al precio de quinientas libras, según estos recibos.

—¿Y bien?

—Todos los años vuelven a Inglaterra cientos de personas con alfombras turcas, así que tenemos experiencia en estos asuntos. Nuestro asesor cree que los recibos están equivocados.

—No acabo de entender... —dijo Christopher.

—Verá —explicó el mayor de los funcionarios—, estamos totalmente seguros de que la alfombra grande ha sido tejida con una tosca rueca y no llega a ochenta *ghiordes* o nudos por centímetro cuadrado. Pese a su tamaño, calculamos que valdrá unas cinco mil libras. Y la pequeña calculamos que tiene unos trescientos sesenta nudos por centímetro cuadrado y es una muestra perfecta de la artesanía de la seda tradicional de Hereke, por lo que sin duda habría sido una ganga a cinco mil libras. Como ambas alfombras proceden de la misma tienda, suponemos que el dependiente cometió un error al extender los recibos.

Los Roberts seguían callados.

—Lo cual no altera las tasas que han de pagar, pero creíamos que desearían saberlo a efectos de los seguros.

Los Roberts seguían sin pronunciar palabra.

—Como pueden pasar hasta un valor de quinientas libras sin pagar impuestos, el exceso sigue siendo de dos mil libras.

Christopher le entregó inmediatamente los billetes que le había dado Kendall-Hume. El funcionario mayor los contó, mientras el más joven envolvía cuidadosamente las dos alfombras.

—Gracias —dijo Christopher cuando les devolvieron los paquetes y un recibo por las dos mil libras.

Los Roberts cargaron rápidamente el paquete grande en su carro y lo sacaron entre la aglomeración. Afuera, esperaban impacientes los Kendall-Hume.

—Han tardado mucho —se quejó Kendall-Hume—. ¿Algún problema?

—No; solo estaban comprobando el valor de las alfombras.

—¿Algún recargo? —le preguntó preocupado Kendall-Hume.

—No; sus dos mil libras lo cubrieron todo —respondió Christopher, entregándole el recibo.

—Entonces lo conseguimos, amigo. Muy bien. ¡Menuda ganga para añadir a mi colección! —Kendall-Hume cargó el voluminoso paquete en el maletero de su Mercedes, lo cerró, montó en el coche y se colocó al volante —. Muy bien —repitió por la ventanilla abierta, mientras el coche se ponía en marcha—. No olvidaré el donativo escolar.

Los Roberts se quedaron viendo el coche gris plateado unirse a la fila de vehículos que se alejaban del aeropuerto.

—¿Por qué no le dijiste al señor Kendall-Hume el verdadero valor de su alfombra? —preguntó Margaret cuando estaban ya en el autobús.

—Lo estuve pensando, pero llegué a la conclusión de que lo último que querría el señor Kendall-Hume era que le dijeran la verdad.

—Pero ¿no te sientes un poco culpable? Después de todo hemos robado...

—En absoluto, cariño. Nosotros no hemos robado nada. Pero conseguimos una ganga extraordinaria.

EL CORONEL

En Inglaterra hay una catedral que nunca ha considerado necesario organizar una cuestación nacional.

Al volver en sí, el coronel descubrió que estaba atado a un poste, en el lugar donde les habían tendido la emboscada. Notaba una sensación de entumecimiento en la pierna. Lo último que recordaba era la bayoneta clavándosele en el muslo. Ahora solo era consciente de la procesión de hormigas que le subía por la pierna hacia la herida.

Pensó que le habría valido más seguir inconsciente.

Entonces, alguien le desató y cayó de bruces en el barro. Llegó a la conclusión de que hubiera sido preferible morir. El coronel consiguió a duras penas ponerse de rodillas y arrastrarse hasta el poste más próximo. Atado a él estaba un cabo que debía de llevar varias horas muerto. Las hormigas le entraban por la boca. Le arrancó una tira de la camisa, la lavó en un charco próximo, se limpió la herida de la pierna lo mejor que pudo, y luego se la vendó bien prieta.

Todo eso sucedió el 17 de febrero de 1943, fecha que quedaría bien grabada en la memoria del coronel para toda su vida.

Aquella misma mañana, los japoneses recibieron órdenes de trasladar, al amanecer, a los prisioneros aliados recién capturados. Muchos de ellos morirían durante la marcha, y un número aún mayor había perecido ya antes de iniciar el viaje. El coronel Richard Moore estaba firmemente decidido a no ser uno de ellos.

Veintinueve días después, ciento diecisiete de los setecientos treinta y dos soldados aliados llegaban a Tonchan. Ningún individuo cuyos viajes anteriores le hubieran llevado como máximo hasta Roma, podía estar

preparado para una experiencia como Tonchan. Este campamento de prisioneros de guerra, férreamente vigilado, a unos cuatrocientos kilómetros al norte de Singapur, oculto en lo más recóndito de la selva ecuatorial, no ofrecía ninguna posibilidad de libertad. El que tuviera intención de escapar no podría contar con sobrevivir en la selva más de unos cuantos días, y los que se quedaran comprobarían que sus posibilidades de supervivencia no eran mayores.

Cuando llegó el coronel, el comandante Sakata, jefe del campamento, le informó de que era el oficial de máximo rango y que, por tanto, sería el responsable del bienestar de todos los prisioneros aliados.

El coronel Moore había bajado la vista ante el oficial japonés. Sakata debía de ser unos treinta centímetros más bajo que él, pero después de la marcha de veintiocho días, el soldado británico no pesaría mucho más que el pequeño comandante.

El primer acto de Moore cuando salió del despacho del comandante fue convocar a todos los oficiales aliados. Descubrió que había una buena muestra representativa de Gran Bretaña, Australia, Nueva Zelanda y Estados Unidos, pero pocos de aquellos oficiales estaban realmente en forma. Todos los días morían hombres de malaria, disentería y desnutrición. El coronel comprendió entonces lo que significaba la expresión «morir como moscas».

Supo por sus oficiales que en los dos años anteriores les habían obligado a construir cabañas de bambú para los oficiales japoneses. Hasta que las acabaron, no les permitieron empezar a construir un hospital para sus propios hombres, y hacía muy poco que les habían autorizado a levantar cabañas para ellos mismos. Durante aquellos dos años habían muerto muchos prisioneros, no por enfermedad sino por las atrocidades que algunos japoneses perpetraban a diario. Aun así, no consideraban un canalla al comandante Sakata, al que llamaban Palillos, por sus brazos escuálidos. El segundo al mando, el teniente Takasaki (el Funerario) y el sargento Ayut (el Cerdo) estaban cortados por otro patrón y había que evitarlos a toda costa, le advirtieron sus hombres.

El coronel tardó solo unos días en averiguar por qué.

Decidió que su primera tarea era intentar levantar la aplastada moral de sus hombres. Como entre sus oficiales no había sido capturado ningún

sacerdote, iniciaba siempre el día dirigiendo unas breves oraciones. Una vez concluidas, los hombres empezaban a trabajar en la vía férrea que recorría el campamento. En cada ardua jornada tenían que ir tendiendo vías que ayudaran a los soldados japoneses a llegar antes al frente, para que pudieran matar y capturar a más tropas aliadas. Todo prisionero sospechoso de boicotear el trabajo era considerado culpable de sabotaje y se le ejecutaba sin juicio. El teniente Takasaki consideraba sabotaje un descanso imprevisto de cinco minutos.

A la hora de comer daban a los prisioneros veinte minutos para compartir un cuenco de arroz (normalmente con gusanos) y, si había suerte, un vaso de agua. Aunque los hombres volvían todas las noches agotados al campamento, el coronel organizó grupos encargados de la limpieza de los barracones y las letrinas.

A los pocos meses, el coronel había conseguido organizar un equipo de fútbol entre los británicos y los americanos, y tras este éxito, creó una liga del campamento. Pero le complació aún más que los hombres dieran clase de kárate con el sargento Hawke, un australiano rechoncho que era cinturón negro y además tocaba la armónica. El diminuto instrumento había sobrevivido a la marcha por la selva, pero todos suponían que pronto sería descubierto y confiscado.

Moore renovaba todos los días su decisión de no permitir a los japoneses creer ni por un momento que los aliados estaban vencidos..., pese a que en Tonchan perdió otros nueve kilos y al menos uno de sus hombres por día.

Para sorpresa del coronel, el comandante del campamento, pese a la creencia nacional japonesa de que el soldado que se deja capturar debe ser tratado como un desertor, no le puso demasiados obstáculos inútiles en su camino.

—Es usted animoso y obstinado; un auténtico hijo del Imperio Británico —comentó una tarde el comandante Sakata al ver al coronel hacer palos de *criquet* con cañas de bambú.

Fue una de las raras ocasiones en que el coronel logró sonreír. Los verdaderos problemas seguían planteándose el teniente Takasaki y sus secuaces, que consideraban a los prisioneros aliados traidores a sus respectivos países. Takasaki procuraba tratar bien al coronel personalmente,

pero no tenía el menor miramiento con los demás, y así los soldados aliados solían acabar con sus magras raciones confiscadas, el cañón de un fusil en el vientre o atados a un árbol durante días y días.

Siempre que el coronel presentaba una queja oficial al comandante Sakata, este le escuchaba atentamente y hasta procuraba que trasladaran a los principales responsables. El momento más feliz de Moore en Tonchan fue cuando vio al Funerario y al Cerdo subir al tren rumbo al frente. Nadie intentó sabotear aquel viaje. El comandante del campo de prisioneros los reemplazó con el sargento Akida y el cabo Sushi, a quienes los prisioneros llamaban casi afectuosamente Cerdo Agridulce. No obstante, el alto mando japonés envió a un nuevo subcomandante al campamento, el teniente Osawa, que pronto se ganó el apodo de el Diablo, puesto que perpetraba atrocidades que, comparadas con las de el Funerario y el Cerdo, hacían parecer a estos organizadores de festejos parroquiales.

El respeto mutuo entre el coronel y el comandante crecía a medida que iban pasando los meses. Sakata llegó a confiar a su prisionero inglés que había solicitado que le enviaran al frente, para unirse a la verdadera guerra. Y añadió:

—Y si el alto mando atiende mi solicitud, solo me gustaría que me acompañaran dos oficiales.

El coronel Moore sabía que el comandante pensaba en el Cerdo Agridulce, y temía lo que pudiese pasar si destinaban al servicio activo a los tres únicos japoneses con los que se podía entender, y quedaba al mando del campamento el teniente Osawa.

El coronel Moore comprendió que debía de haber sucedido algo realmente insólito para que el comandante Sakata fuera a su barracón, ya que nunca lo había hecho antes. Moore dejó en la mesa el cuenco de arroz, y pidió a los tres oficiales aliados que compartían su desayuno que esperaran fuera.

El comandante se cuadró y saludó. El coronel incorporó su metro ochenta de estatura, correspondió al saludo, y bajó la vista hacia los ojos de Sakata.

—La guerra ha terminado —anunció el comandante. Por un instante, Moore había temido lo peor—. El Japón se ha rendido sin condiciones. Ahora el campamento está bajo su mando, señor —añadió Sakata con calma.

El coronel ordenó inmediatamente poner bajo arresto en las dependencias del comandante a todos los oficiales japoneses. Mientras se cumplían sus órdenes, él fue a buscar personalmente al Diablo. Cruzó el patio de instrucción y se dirigió a las dependencias de los oficiales. Localizó el barracón del subcomandante, subió las escaleras y abrió la puerta de Osawa. Jamás olvidaría el coronel el espectáculo que se ofreció a su vista. Él había leído sobre el ritual del *hara-kiri*, pero sin llegar a comprender realmente en qué consistía. El teniente Osawa debía de haberse inferido un centenar de heridas antes de morir. La sangre, el hedor y la visión del cuerpo mutilado habrían hecho marearse a un *gurja*. Solo la cabeza continuaba allí para confirmar que aquellos restos habían pertenecido a un ser humano.

El coronel ordenó que enterraran a Osawa fuera del campamento.

A través de la única radio de que disponían en el campamento de prisioneros de guerra de Tonchan, todos escucharon la ceremonia de la firma de la rendición del Japón a bordo del buque estadounidense Missouri, fondeado en la bahía de Tokio. Después, el coronel Moore mandó formar en el patio del campamento. Por primera vez en dos años y medio se puso el uniforme, que le hacía parecer un payaso. Aceptó la rendición de la bandera japonesa del comandante Sakata en nombre de los aliados, y luego mandó al enemigo vencido izar las banderas británica y estadounidense al son de los dos himnos nacionales interpretados por el sargento Hawke con su armónica.

El coronel celebró después un breve servicio de acción de gracias en presencia de todos los soldados, aliados y japoneses.

Cuando el mando cambió de manos, el coronel Moore esperó, mientras las semanas se sucedían inútilmente, el comunicado de su regreso a casa. Muchos de sus hombres habían recibido orden de iniciar el viaje de siete mil kilómetros de vuelta a Inglaterra vía Bangkok y Calcuta, y él aún seguía aguardando en vano sus documentos de repatriación.

En enero de 1946, llegó al campamento un joven oficial de la guardia, elegantemente uniformado, con órdenes de ver al coronel. Le llevaron al despacho del comandante y se saludaron, poniéndose firmes, antes de estrecharse las manos. Richard Moore contempló al joven capitán, cuya saludable tez revelaba que había llegado al Extremo Oriente mucho después de la rendición japonesa. El capitán entregó al coronel una carta.

—Al fin a casa —comentó animosamente el destinatario, abriendo el sobre.

Pero resultó que pasarían años antes de que pudiera cambiar los arrozales de Tonchan por los verdes campos de Lincolnshire. En efecto, se ordenaba al coronel viajar a Tokio y representar a Gran Bretaña en el próximo consejo de guerra que iba a celebrarse en la capital japonesa. El capitán Ross, del regimiento Coldstream, ocuparía su puesto en Tonchan.

Formarían el tribunal doce oficiales, bajo la presidencia del general Matthew Tomkins. Moore sería el único representante británico que informaría directamente al general «en cuanto lo juzgue usted oportuno». A su llegada a Tokio, se le facilitarían más detalles. La carta terminaba así: «En caso de que, por cualquier razón, precisara usted mi ayuda en sus deliberaciones, no dude en ponerse personalmente en contacto conmigo». Y estaba firmada por Clement Attlee.

Los oficiales de estado mayor no tienen la costumbre de desobedecer a los primeros ministros, así que el coronel se resignó a una estancia prolongada en el Japón.

Llevó varios meses formar el tribunal, y durante este tiempo el coronel Moore siguió supervisando el regreso de los soldados británicos a su tierra natal. El papeleo era interminable, y algunos de sus hombres estaban tan débiles que consideraba necesario animarles espiritual y físicamente antes de embarcarlos rumbo a sus diversos destinos. Algunos murieron mucho antes de que la rendición fuera ratificada.

Durante aquel tiempo de espera, el coronel Moore utilizó al comandante Sakata y a los dos suboficiales en los que tanto había confiado, el sargento Akida y el cabo Sushi, como sus oficiales de enlace. El súbito cambio de mando no influyó en la relación entre los dos oficiales veteranos, aunque Sakata confesó al coronel que habría deseado que le hubieran matado defendiendo su país antes que verse obligado a presenciar su humillación. El coronel pensaba que los japoneses mantenían muy bien la disciplina mientras esperaban que se decidiera su destino, y que la mayoría de ellos consideraba la muerte una consecuencia natural de la derrota.

El consejo de guerra celebró su primera sesión plenaria en Tokio el 19 de abril de 1946. El general Tomkins ocupó la quinta planta del antiguo Palacio

de Justicia Imperial de Tokio, uno de los pocos edificios que habían sobrevivido intactos a la guerra. Tomkins, un individuo achaparrado y de mal genio, a quien sus propios oficiales de estado mayor consideraban un «chupatintas del Pentágono», no llegó a Tokio hasta una semana antes de que se iniciaran las deliberaciones. El único rat-tata-tatat que había oído el general, según le confesó al coronel Moore, era el de la máquina de escribir de su oficina. Sin embargo, en cuanto a los hombres que iban a ser juzgados, el general no tenía la menor duda respecto a dónde residía la culpa y cómo debían ser castigados los culpables.

«Hay que colgar a todos esos cabrones amarillos de ojos rasgados», era una de las expresiones favoritas de Tomkins.

Los doce miembros del tribunal celebraron sus deliberaciones sentados en torno a la mesa de una antigua sala de juicios. Quedó muy claro desde la primera sesión que el general no tenía la menor intención de tomar en cuenta «circunstancias atenuantes», «historial» ni siquiera «consideraciones humanitarias».

Escuchando las opiniones de Tomkins, el coronel empezó a temer por la vida de todos los miembros inocentes de las fuerzas armadas que comparecieran ante el general.

El coronel reconoció a cuatro estadounidenses del tribunal que, como él mismo, no siempre coincidían con los criterios radicales del general. Dos de ellos eran abogados, y los otros dos habían sido combatientes hasta no hacía mucho. Los cinco hombres empezaron a trabajar juntos para bloquear las decisiones más discutibles del general. En las semanas que siguieron, lograron convencer a uno o dos de los integrantes del tribunal de que se conmutara la pena de muerte en la horca por cadena perpetua a varios japoneses condenados por delitos que, probablemente, no habían cometido.

En los debates sobre cada uno de estos casos, el general Tomkins demostró claramente a aquellos cinco hombres su absoluto desprecio por sus opiniones. Solía soltar con frecuencia, y no siempre en voz baja: «¡Malditos simpatizantes de los nipones!». Como el general seguía dominando el tribunal de doce miembros, los éxitos del coronel resultaron escasos en número.

Cuando llegó el momento de decidir el destino de los que habían estado al

mando del campo de prisioneros de Tonchan, el general pidió pena de muerte para todos los oficiales japoneses implicados, sin molestarse siquiera en un simulacro de juicio justo. No se extrañó de que los cinco miembros de siempre manifestaran sus protestas más enérgicas. El coronel Moore explicó con elocuencia que había sido prisionero en Tonchan y habló en favor del comandante Sakata, del sargento Akida y del cabo Sushi. Intentó explicar que ahorcarles sería un acto tan salvaje como cualquiera de las atrocidades perpetradas por los japoneses. Insistió en que se les conmutara la pena por cadena perpetua. Mientras hablaba el coronel, el general bostezaba sin parar, y en cuanto concluyó su exposición, no intentó siquiera justificar su postura, limitándose a pedir que se llevara a cabo la votación. Para su sorpresa, el resultado fue de empate: uno de los abogados estadounidenses que anteriormente se había alineado con el general, alzó la mano para unir su voto a los cinco que respaldaban al coronel. Sin la menor vacilación, el general dio su voto decisivo a favor de la horca. Luego miró de soslayo a Moore y dijo:

—Creo que es hora de comer, caballeros. No sé ustedes, pero yo estoy hambriento. Y nadie puede decir que esta vez no hemos concedido a los pequeños cabrones amarillos un juicio justo.

El coronel Moore se levantó y salió de la sala sin hacer ningún comentario.

Bajó corriendo las escaleras del juzgado y pidió a su chófer que le llevara al cuartel general británico, situado en el centro de la ciudad, lo más de prisa posible. Tardaron bastante en el breve recorrido por la aglomeración de gentes que atestaba noche y día las calles. Nada más llegar a su despacho pidió a su secretaria que le pusiera una conferencia con Inglaterra. Y mientras ella lo hacía, Moore se acercó al archivador y pasó varias carpetas hasta que encontró una con el rótulo «Personal». La abrió y buscó la carta. Quería asegurarse de que recordaba la frase con precisión...

«En caso de que, por cualquier razón, precisara usted mi ayuda en sus deliberaciones, no dude en ponerse personalmente en contacto conmigo».

—Va a ponerse al teléfono —anunció, nerviosa, la secretaria.

El coronel fue hasta el teléfono y esperó. Le sorprendió darse cuenta de que se ponía firme al oír la voz suave y delicada que preguntaba:

—¿Es usted, coronel?

Richard Moore no tardó más de diez minutos en explicar el dilema en que se hallaba, y obtener la autorización que precisaba. En cuanto colgó el teléfono volvió al juzgado. Entró en la sala en el preciso momento en que el general Tomkins se acomodaba en su silla para reanudar los debates.

El coronel fue el primero que se levantó de su asiento cuando el general declaró abierta la sesión.

—Solicito permiso para iniciar la sesión con una declaración.

—Escuchamos —dijo Tomkins—. Pero sea breve. Aún nos quedan muchísimos japoneses por despachar.

El coronel Moore miró a los otros once hombres sentados en torno a la mesa.

—Caballeros, presento desde este momento mi dimisión como representante británico en esta comisión.

El general Tomkins fue incapaz de reprimir una sonrisa.

—Y lo hago a disgusto —prosiguió el coronel—, pero con el apoyo de mi primer ministro, con quien he hablado hace solo unos minutos.

Ante este dato, la sonrisa de Tomkins dejó paso a un gesto de preocupación.

—Volveré a Inglaterra para presentar un informe completo al señor Attlee y al Gobierno británico sobre la forma de actuar de este tribunal.

—¡Vamos, por favor, hijito! —Empezó el general—. Analicémoslo todo antes de que haga usted algo de lo que pueda arrepentirse después.

No hubo más interrupciones durante el resto del día, y a media tarde las sentencias del comandante Sakata, del sargento Akida y del cabo Sushi habían sido conmutadas por cadena perpetua.

En el plazo de un mes, el Pentágono llamó al general Tomkins, sustituyéndolo por un marino estadounidense condecorado por su conducta en combate en la primera guerra mundial.

Durante las semanas siguientes al nombramiento del nuevo presidente, se conmutó la pena de muerte a doscientos veintinueve prisioneros de guerra japoneses.

El 11 de noviembre de 1948, el coronel Moore regresó a Lincolnshire, bastante hastiado de las realidades de la guerra y de las hipocresías de la paz.

Poco menos de dos años después, Richard Moore se ordenó sacerdote e

inició su labor como párroco de la tranquila aldea de Weddlebeach, en Suffolk. Le gustaba su ministerio, y aunque casi nunca hablaba a sus feligreses de sus experiencias durante la guerra, pensaba a menudo en los días pasados en el Japón.

—Bienaventurados los pacíficos porque ellos... —Así inició el párroco su sermón la mañana de un domingo de Ramos a principios de los años sesenta, pero no consiguió terminar la frase.

Los feligreses alzaron la vista hacia él, nerviosos, y vieron la amplia sonrisa que iluminaba el rostro del párroco, que miraba fijamente a alguien sentado en la tercera fila.

El individuo al que miraba bajó la cabeza desconcertado, y el celebrante se apresuró a continuar con su sermón.

Cuando terminó el oficio religioso, Richard Moore esperó en la puerta Este para asegurarse de que sus ojos no le habían engañado. Cuando se encontraron frente a frente después de quince años, ambos se saludaron con una inclinación y se dieron la mano.

Mucho complació al sacerdote oír aquel día, mientras comían en la vicaría, que Sakata Palillos había sido puesto en libertad solo cinco años después del tratado suscrito entre los aliados y el nuevo gobierno japonés para amnistiar a todos los presos que no hubieran cometido delitos mayores. Cuando el coronel preguntó por el Cerdo Agridulce, el mayor reconoció que había perdido el contacto con el sargento Akida (Dulce), pero que el cabo Sushi (Agri) y él trabajaban en la misma empresa de electrónica.

—Y siempre que nos vemos hablamos del valiente y honorable británico que nos salvó la vida.

El sacerdote y su amigo japonés progresaron a lo largo de los años en sus respectivas profesiones, y se escribían con regularidad. En 1971, Ari Sakata fue elegido para dirigir una importante fábrica de electrónica de Osaka, y año y medio más tarde Richard Moore se convertiría en el muy reverendo Richard Moore, deán de la catedral de Lincoln.

«He leído en el Times de Londres que su catedral hace una colecta para un tejado nuevo», escribía Sakata desde su tierra en 1975.

«Eso no tiene nada de extraño —explicaba el deán en su carta de contestación—. No hay una sola catedral en Inglaterra que no padezca los

efectos de la madera podrida o de los bombardeos. Me temo que el primer caso es incurable; el segundo, al menos, tiene una solución».

A las pocas semanas, el deán recibía un cheque de diez mil libras de una conocida empresa japonesa.

Cuando en 1979 el muy reverendo Richard Moore fue nombrado obispo de Taunton, el nuevo director gerente de la mayor empresa japonesa de electrónica hizo el viaje en avión para asistir a su investidura.

—Veo que tiene usted otro problema de tejado —comentó Ari Sakata mirando fijamente el andamiaje que rodeaba el púlpito—. ¿Cuánto costará esta vez?

—Por lo menos veinticinco mil libras al año. Solo para asegurarnos de que el tejado no se caiga sobre la congregación durante mis sermones más severos —contestó sin pensarlo el obispo. Suspiró, recorriendo con la mirada las pruebas de la reconstrucción que le rodeaban—. En cuanto me establezca en mi nuevo puesto organizaré una cuestación para evitarle a mi sucesor la preocupación por el tejado.

El director gerente asintió con un cabeceo comprensivo. Al cabo de una semana, llegaba al despacho del obispo un cheque por valor de veinticinco mil libras.

El prelado se esforzó por expresar su más profundo agradecimiento. Bajo ningún concepto podía dar a entender a Palillos que se excedía en su generosidad, pues le ofendería, con la consiguiente ruptura de su amistad. Redactó un borrador tras otro, hasta asegurarse de que la versión definitiva de la larga carta manuscrita hubiera pasado la inspección del funcionario de Asuntos Exteriores encargado de las relaciones con el Japón. Al fin, echó la carta al correo.

Con el paso de los años, a Richard Moore empezó a darle miedo escribir a su amigo más de una vez al año, ya que cada una de sus cartas provocaba el envío de un cheque cada vez más cuantioso. Y cuando le escribió hacia finales de 1986, no mencionó para nada la decisión del deán y el capítulo de designar 1988 como el año de cuestación de la catedral. Ni hizo alusión alguna a su precaria salud, por temor a que el anciano caballero japonés se sintiera responsable de algún modo, pues el médico le había advertido que no esperara recuperarse totalmente de las penalidades sufridas en Tonchan.

El obispo se dispuso a constituir su comité de cuestación en enero de 1987. El príncipe de Gales sería el patrocinador, y el representante de la Corona en el condado, el presidente. En su discurso a los miembros del comité, el obispo les explicó que tenían la obligación de conseguir tres millones de libras como mínimo durante 1988. Asomaron a los rostros de los presentes algunas miradas recelosas.

El 11 de agosto de 1987, el obispo de Taunton cayó fulminado por un ataque al corazón mientras arbitraba un partido de *cricket*.

—Procuren que los folletos de la cuestación estén impresos a tiempo para la siguiente asamblea —fueron sus últimas palabras al capitán del equipo local.

El funeral del obispo Moore se celebró en la catedral de Taunton y lo presidió el arzobispo de Canterbury. No quedaba aquel día un asiento libre en la catedral, y había tantas personas apretujadas en cada banco que fue preciso abrir la puerta Oeste. Los que llegaron tarde tuvieron que escuchar la homilía del arzobispo por los altavoces instalados en la plaza.

Los asistentes no habituales debieron de extrañarse de la presencia de varios ancianos japoneses entre la congregación.

Cuando terminó, el arzobispo celebró una reunión privada en la sacristía de la catedral con el presidente de la mayor empresa electrónica del mundo.

—Debe de ser usted el señor Sakata —dijo el arzobispo, estrechando muy cordialmente la mano a un individuo que se adelantó del pequeño grupo de japoneses presentes—. Gracias por tomarse la molestia de escribirme y comunicarme que vendrían ustedes. Estoy encantado de conocerle al fin. El obispo hablaba siempre de usted con mucho cariño y como de un amigo íntimo... Palillos, si no recuerdo mal.

El señor Sakata hizo una profunda reverencia.

—Y sé que se consideró siempre en deuda con usted por su gran generosidad a lo largo de muchos años.

—No, no, no; conmigo, no —repuso el excomandante—. Yo, como mi querido amigo el difunto obispo, representaba a autoridades más altas.

El arzobispo parecía confuso.

—Verá, señor —prosiguió Sakata—. Yo solo soy el presidente de la empresa. ¿Puedo tener el honor de presentarle al presidente de mi país?

El señor Sakata dio un paso atrás para permitir que se adelantara un individuo aún más menudo que él, a quien en principio el arzobispo había considerado un miembro del séquito del señor Sakata.

Entonces, el presidente se inclinó y, sin pronunciar palabra, entregó un sobre al arzobispo.

—¿Me permiten que lo abra? —preguntó, ajeno a la costumbre japonesa de esperar que el donante se haya marchado.

El hombrecillo hizo otra inclinación.

De inmediato el arzobispo abrió el sobre y sacó un cheque por valor de tres millones de libras.

—El difunto obispo tenía que ser un amigo muy íntimo —fue lo único que se le ocurrió decir.

—No, señor —replicó el presidente—. No gocé de ese privilegio.

—Entonces tuvo que haber hecho algo insólito para merecer este rasgo de generosidad.

—Realizó un acto honroso hace más de cuarenta años, que yo, torpemente, ahora intento pagar.

—Entonces seguramente él le recordaría...

—Es posible que me hubiera recordado, pero solo como la parte amarga del Cerdo Agridulce.

Hay en Inglaterra una catedral que nunca ha necesitado hacer una cuestación nacional.

JAOUE MAIE

Todos se volvieron a mirarla cuando entró.

Para contemplar y admirar a una mujer, muchos hombres empiezan por la cabeza y van bajando. Yo lo hago al revés: de abajo arriba, empezando por los tobillos.

Llevaba zapatos negros de tacón alto y un vestido negro ceñido, corto, que descubría unas piernas perfectas hasta más arriba de las rodillas. Detuve mi recorrido ascendente para observar con más detenimiento su estrecha cintura y su esbelta figura atlética. Pero fue su rostro oval lo que me resultó más cautivador: aquellos labios un poco fruncidos y los ojos azules más grandes que he visto, y el abundante cabello negro, corto y muy brillante. Su aparición fue aún más sorprendente por el entorno que había elegido. Todos se habrían vuelto en una recepción diplomática, en la fiesta de una empresa, hasta en un baile de caridad, pero en un torneo de ajedrez...

Seguí con la mirada todos sus movimientos, y un sentimiento paternal me indujo a desechar la idea de que pudiera ser una jugadora. Se dirigió despacio a la mesa de la secretaria del club y se inscribió, demostrando con ello que yo estaba en un error. Le entregaron un número que correspondía a su contrincante en la partida de apertura. Los que aún no tenían adversario aguardaron, con la esperanza de que les correspondiera jugar con ella.

La jugadora comprobó el número que le habían dado y se dirigió hacia un hombre mayor que se sentaba en el rincón del fondo de la estancia, un antiguo capitán del club, cuyos mejores años habían pasado ya.

Como nuevo capitán del club, yo había sido el organizador y responsable de aquel torneo. Nos reunimos los últimos viernes de mes en una sala grande, encima de Mason's Arms, en la calle Mayor. El propietario se encarga de que

preparen treinta mesas y dispongan comida y bebida. Otros tres o cuatro clubes del barrio envían media docena de contrincantes para jugar un par de partidas rápidas, y nos dan ocasión de enfrentarnos a adversarios con los que normalmente no tendríamos ocasión de jugar. Las normas son bastante simples: un minuto de reloj es el máximo permitido para cada jugada, así que una partida rara vez dura más de una hora. Y si en treinta jugadas no se come ningún peón, automáticamente se considera empate. Un breve descanso entre partidas para beber, a costa del perdedor, asegura a todos los jugadores la ocasión de enfrentarse a dos contrincantes durante la tarde.

Un hombre menudo, con medias gafas de lectura y terno azul marino se abrió paso hacia mi tablero. Sonreímos y nos dimos la mano. Supuse que era notario, pero me equivoqué, pues trabajaba como contable para un distribuidor de artículos de oficina de Woking.

Me resultaba difícil concentrarme en la bien ensayada apertura Moscú de mi contrincante, y volver la vista de vez en cuando hacia la chica del vestido negro. En la única ocasión en que nuestras miradas se encontraron, me sonrió enigmáticamente, pero aunque lo intenté, no conseguí que volviera a hacerlo. Pese a estar distraído, conseguí ganar al contable, que parecía ignorar la existencia de distintas formas de ataque.

En el intermedio, otros tres socios del club ya le habían ofrecido una copa antes de que yo consiguiera acercarme siquiera a ella en el bar. No podía jugar mi segunda partida contra la chica, ya que estaba obligado a disputarla con uno de los capitanes de los equipos visitantes. En realidad, acabó jugando con ella el contable.

Vencí a mi nuevo contrincante en poco más de cuarenta minutos y, como anfitrión solícito, empecé a interesarme por el juego de los otros jugadores. Me fijé una ruta circular que me permitía terminar en la mesa de ella. Advertí que el contable dominaba la situación, y al poco tiempo de llegar yo a su lado ella ya había perdido la reina y la partida.

Me presenté y descubrí que solo con darle la mano para saludarla se vivía ya una experiencia sexual. Zigzagueando entre las mesas llegamos juntos al bar. Me dijo que se llamaba Amanda Curzon. Pedí un vaso de vino tinto para ella y media jarra de cerveza para mí. Empecé a compadecerla por haber perdido.

—¿Cómo consiguió superarle? —me preguntó.

—Solo conseguí ganarle. Pero por los pelos. ¿Qué tal la primera partida con nuestro antiguo capitán?

—Me abrumó —confesó Amanda—. Pero creo que procuró no ganarme por pura cortesía.

—La última vez que jugamos los dos ocurrió lo mismo.

Ella sonrió.

—A lo mejor podemos jugar alguna vez, ¿no?

—Lo intentaré —le dije mientras ella terminaba el vino.

—Bueno, tengo que irme —me anunció ella de pronto—. Debo tomar el último tren que sale para Hounslow.

—Permítame llevarla en coche —le propuse con galantería—. Es lo menos que puede esperarse del capitán anfitrión.

—Pero seguramente tendrá que desviarse unos kilómetros, ¿no?

—Ni mucho menos —mentí, pues Hounslow queda unos veinte minutos más allá de mi piso.

Bebí de un trago la cerveza que me quedaba y ayudé a Amanda a ponerse el abrigo. Antes de marcharme, di las gracias al propietario del local por la eficiente organización de la velada.

Luego nos dirigimos al aparcamiento y abrí la portezuela del pasajero de mi Scirocco, para que montara Amanda.

—Es algo mejor que el transporte londinense —comentó mientras se acomodaba a mi lado en el coche.

Sonreí y salimos a la carretera en dirección norte. El vestido negro que he descrito se sube todavía más cuando una chica se recuesta bien en el asiento de un Scirocco. Al parecer, mi presencia no la cohibía.

—Todavía es muy pronto —tanteé, tras algún que otro comentario sin importancia sobre la velada en el club—. ¿Tienes tiempo de parar a tomar una copa?

—Tendría que ser una copa muy rápida —contestó, consultando el reloj—. Mañana me espera un día de mucho trabajo.

—De acuerdo —dije, y seguí la charla, con la esperanza de que no se diera cuenta de un desvío que difícilmente podría tomarse por la ruta de Hounslow—. ¿Trabajas en la ciudad? —le pregunté.

—Sí. Soy recepcionista de una agencia inmobiliaria de Berkeley Square.

—Me extraña que no seas modelo.

—Lo fui —me contestó, sin más explicaciones.

Parecía totalmente ajena a la ruta que yo iba siguiendo mientras continuaba hablando de sus planes de ir de vacaciones a Ibiza. En cuanto llegamos a mi casa, aparqué el coche y precedí a Amanda por la puerta principal y el piso. Le ayudé a quitarse el abrigo en el vestíbulo, y pasamos al salón.

—¿Qué te apetece beber? —le pregunté.

—Seguiré con el vino, si tienes alguna botella abierta —contestó, mientras se volvía despacio y pasaba a la habitación insólitamente limpia y ordenada. Mi madre debió de haber estado en casa por la mañana, pensé, agradecido.

—No es más que un piso de soltero.

Di énfasis a la palabra soltero y pasé a la cocina, donde descubrí, encantado, que había una botella de vino sin abrir en la despensa. Volví junto a Amanda con la botella y dos vasos, y la encontré estudiando mi tablero de ajedrez y acariciando las delicadas piezas de marfil colocadas para la partida que yo estaba jugando por correo.

—Es precioso —me dijo cuando le tendí el vaso de vino—. ¿Dónde lo encontraste?

—En México —le respondí, sin explicarle que lo había ganado en un torneo estando allí de vacaciones—. Es una lástima que no tengamos tiempo para jugar una partida.

Consultó el reloj.

—Tengo tiempo para una rápida —decidió, sentándose ante las pequeñas piezas blancas.

Me apresuré a ocupar mi sitio enfrente. Sonrió, alzó un alfil blanco y uno negro y los escondió a la espalda. El vestido se le ciñó aún más y resaltó la forma de sus senos. Colocó luego ambos puños cerrados delante de mí. Elegí la mano derecha; la volvió y abrió el puño: era el alfil blanco.

—¿Hacemos alguna apuesta? —le pregunté, animoso.

Hurgó en su bolso.

—Solo llevo unas libras.

—Yo estaría dispuesto a jugar por apuestas más bajas.

—¿En qué piensas?

—¿Qué puedes ofrecerme?

—¿Qué te gustaría?

—Diez libras si ganas tú.

—¿Y si pierdo?

—Te quitas algo. Me arrepentí de mis palabras nada más haberlas pronunciado y esperé que me diera una bofetada, pero se limitó a decir:

—No tiene nada de malo si solo jugamos una partida.

Asentí con un cabeceo y clavé la vista en el tablero.

No era mala jugadora, aunque su apertura Roux fue bastante ortodoxa. Conseguí que la partida durara veinte minutos sacrificando algunas piezas sin que se notara demasiado. Cuando al fin dije «Jaque mate», se quitó los dos zapatos y se echó a reír.

—¿Te apetece otra copa? —pregunté, sin hacerme muchas ilusiones de que aceptara—. En realidad, todavía no son las once.

—De acuerdo. Una pequeña y luego ya me voy.

Fui a la cocina, volví al momento con la botella y le llené la copa.

—Solo quería media copa —objetó, frunciendo el entrecejo.

—Gané por pura suerte —le dije, sin hacerle caso—, después de que me comieras el caballo con el alfil. Fue una partida muy igualada.

—Tal vez.

—¿Jugamos otra partida? —aventuré.

Vaciló.

—¿Doble y lo mismo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Veinte libras y otra prenda?

—Desde luego, ninguno de los dos va a perder mucho hoy, ¿verdad?

Alzó la silla mientras yo daba la vuelta al tablero y colocamos las piezas entre los dos.

Esta segunda partida duró algo más porque cometí un error estúpido al principio, enrocando del lado de mi reina, y me costó varias jugadas recuperarme. Pero aun así logré acabar en menos de treinta minutos, y todavía tuve tiempo de volver a llena la copa de Amanda cuando no miraba.

Me sonrió, alzándose el vestido lo suficiente para permitirme ver el final de las medias. Se soltó los broches, se quitó las medias poco a poco y luego las dejó caer a mi lado en el suelo.

—Esta vez casi te gano.

—Casi, sí —contesté—. ¿Quieres probar de nuevo? Digamos unas cincuenta libras esta vez —le sugerí, procurando que la propuesta pareciera generosa.

—Las apuestas están subiendo demasiado para los dos —me contestó mientras volvía a colocar el tablero.

Empecé a preguntarme qué pasaría por su mente. Fuera lo que fuese, nada más empezar le comí las dos torres, y la partida concluyó en cuestión de minutos. Volvió a alzarse el vestido, esta vez hasta la cintura. No pude apartar la vista de sus muslos mientras se soltaba el ligero negro y lo alzaba luego sobre mi cabeza antes de dejarlo caer sobre las medias en mi lado de la mesa.

—En cuanto perdí la segunda torre —admitió—, perdí toda posibilidad de ganar.

—Estoy de acuerdo. Así que es de justicia darte una nueva oportunidad —dije, volviendo a colocar el tablero de prisa—. Después de todo —añadí—, esta vez podrás ganar cien libras.

Sonrió.

—La verdad es que tendría que marcharme ya —dijo, moviendo la reina dos casillas hacia adelante.

Volvió a sonreír con aquella sonrisa enigmática cuando yo moví el alfil. Era la partida que mejor había jugado en toda la noche, y su despliegue de la táctica Varsovia me ató al tablero más de treinta minutos. Lo cierto es que estuve a punto de perder al principio, porque no podía concentrarme bien en su estrategia defensiva. En dos ocasiones creyó que me había ganado y soltó una risilla; era evidente que no había visto a Karpov jugar la defensa siciliana y ganar una partida en apariencia imposible.

—Jaque mate —declaré finalmente.

—¡Maldita sea! —exclamó, se levantó y se volvió de espaldas—. Tendrás que ayudarme.

Me acerqué a ella temblando y le bajé la cremallera casi hasta la cintura.

Deseaba acariciar aquella suave piel cremosa. Se volvió y quedamos de frente, se encogió graciosamente de hombros y su vestido cayó al suelo como cuando se descubre una estatua. Se inclinó hacia delante y me rozó la mejilla con una mano, lo cual me produjo el mismo efecto que una descarga eléctrica. Vacié en su copa el vino que quedaba en la botella y fui a la cocina con la excusa de que tenía que llenar la mía. Cuando volví seguía en el mismo sitio. Las bragas y el sujetador negros y delicados eran las únicas prendas que llevaba ahora, y yo aún no había perdido la esperanza de que también se las quitara.

—Supongo que no querrás jugar otra vez, ¿verdad? —le pregunté, procurando disimular mi ansiedad.

—Ya es hora de que me acompañes a mi casa —dijo, con una sonrisa.

Le di la copa de vino.

—Solo otra vez —supliqué—. Pero por dos prendas.

Se echó a reír.

—De eso nada; no podría permitirme perder.

—Tendría que ser la última partida —acepté—. Pero que sean doscientas libras y también las dos prendas —concluí, esperando que la cuantía de la apuesta la tentara—. Además, seguro que ahora ganas tú. En realidad, has estado tres veces a punto de conseguirlo.

Tomó unos sorbos de vino como si estuviera pensando en la propuesta.

—De acuerdo —dijo al fin—. Un último intento.

Ninguno de los dos comentó lo que creía que pasaría si perdía ella.

Yo no paraba de temblar mientras colocaba una vez más las piezas. Procuré concentrarme, deseando que no se hubiera dado cuenta de que yo solo había bebido media copa de vino en toda la noche. Estaba resuelto a terminar rápidamente.

Moví la reina una casilla. Ella se desquitó moviendo el caballo hacia adelante. Yo sabía exactamente cuál tenía que ser mi siguiente jugada, y por eso la partida duró solo once minutos.

Nunca en mi vida me han dado una paliza como aquella. Ahora Amanda me parecía completamente distinta. Preveía todas mis jugadas y utilizaba tácticas que yo jamás había visto, sobre las que ni siquiera había leído.

Pronto le tocó decir a ella:

—Jaque mate —y acompañó sus palabras con la misma sonrisa enigmática de antes, añadiendo—: Tú mismo dijiste que esta vez ganaría yo.

Bajé la cabeza, incrédulo. Cuando la alcé de nuevo, ya se había puesto aquel lindo vestido negro y estaba guardando las medias y el ligero en el bolso. Se puso los zapatos.

Saqué el talonario, escribí el nombre de Amanda Curzon y añadí la cantidad: 200 libras, la fecha y mi firma. Mientras yo completaba esta operación, ella volvió a colocar las pequeñas piezas de marfil tal como estaban dispuestas cuando entramos.

Se inclinó y me besó en la mejilla.

—Gracias —dijo, guardando el cheque en su bolso de mano—. Tenemos que volver a jugar algún día.

Yo seguía mirando incrédulo el tablero de ajedrez, con todas las piezas de nuevo en su sitio, cuando oí cerrarse la puerta principal.

—¡Espera un momento! —Me apresuré hacia la puerta—. ¿Cómo vas a ir a casa?

Llegué a la puerta a tiempo de verla bajar deprisa las escaleras y correr hasta la portezuela abierta de un BMW. Al sentarse en el coche, pude distinguir una vez más aquellas piernas largas y perfectas. Cuando la portezuela del coche se cerró tras ella, la vi sonreír.

El contable dio la vuelta hasta el lado del conductor, montó en el vehículo, arrancó y se llevó a la campeona a casa.

HONOR ENTRE LADRONES

Conocí a Sefton Hamilton en agosto del año pasado, cuando mi esposa y yo fuimos a cenar a casa de Henry y Suzanne Kennedy, en Warwick Square.

Hamilton era uno de esos pobres hombres que han heredado una inmensa fortuna y poco más. Consiguió convencernos rápidamente de que tenía poquísimo tiempo para leer y ninguno en absoluto para ir al teatro y a la ópera. Lo cual no le impedía, sin embargo, opinar sobre cualquier tema, desde Shaw a Pavarotti, desde Gorbachov a Picasso. Todavía no entendía, por ejemplo, de qué se quejaban los parados cuando su subsidio era poco menos de lo que él tenía que pagar actualmente a los empleados de su finca. Además, se lo gastaban en el bingo y en bebida, nos aseguró.

Lo de la bebida me lleva al otro invitado a la cena aquella noche: Freddie Barker, presidente de la Asociación del Vino, que se sentaba frente a mi esposa y que, al contrario que Hamilton, casi no abrió la boca en toda la velada. Henry me había dicho por teléfono que Barker no solo había conseguido estabilizar económicamente la asociación sino que, además, estaba reconocido como una de las primeras autoridades en la materia. Yo esperaba que nos diera datos útiles de sus conocimientos. Cada vez que se le permitía meter baza en la conversación, Barker demostraba saber lo suficiente del tema tratado para convencerme de que sería interesantísimo que Hamilton se callara el tiempo suficiente para dejarle hablar.

Mientras nuestros anfitriones nos obsequiaban, de entrada, con un *soufflé* de espinacas que se deshacía en la boca, Henry dio la vuelta a la mesa, sirviéndonos una copa de vino a todos.

Barker olió la suya detenidamente.

—Es muy apropiado que en el bicentenario bebamos un Chablis australiano de tan excelente cosecha. Estoy seguro de que sus blancos no tardarán en obligar a los franceses a no dormirse en los laureles.

—¿Australiano? —preguntó Hamilton incrédulo, mientras posaba el vaso—. ¿Cómo puede llegar una nación de bebedores de cerveza a dominar siquiera las nociones elementales para fabricar un vino medianamente bueno?

—Creo que descubrirá usted —empezó a decir Barker— que los australianos...

—¡Y tanto que bicentenario! —prosiguió Hamilton—. Hay que ver las cosas como realmente son: lo único que celebran son doscientos años de libertad condicional —solo el propio Hamilton se rio—. Yo seguiría enviando allí a todos nuestros delincuentes, si tuviera la menor posibilidad.

Ninguno de los presentes lo dudamos.

Hamilton bebía con recelo, como si temiera que le envenenaran; luego empezó a explicar por qué, según su meditada opinión, eran tan benevolentes los jueces con los rateros. Pronto me di cuenta de que me concentraba más en la comida que en el aluvión de opiniones de mi compañero de mesa.

Me gusta mucho el Beef Wellington, y Suzanne hace una pasta que no se desmiga al cortarla, y la carne le queda tan tierna que al acabar la primera ración uno piensa en Oliver Twist. Desde luego me ayudó a soportar el dogmatismo de Hamilton. Barker consiguió introducir un comentario laudatorio sobre el clarete, entre los comentarios de Hamilton sobre las posibilidades de que Paddy Ashdown revitalizara el partido liberal, y acerca de la función de Arthur Scargill en el movimiento sindical, sin dar a nadie ocasión de replicarle.

—Yo no permito a mis empleados pertenecer a ningún sindicato —declaró Hamilton, vaciando su copa—. Yo dirijo a un grupo de gente no agrupada.

Volvió a reír de su propio chiste y alzó la copa vacía como si fuera a llenarse por arte de magia. En realidad, para vergüenza de Hamilton, que ni siquiera se fijó, se la llenó Henry con gran discreción. En la breve pausa que siguió, mi esposa indicó que tal vez el movimiento sindical hubiera surgido como respuesta a una auténtica necesidad social.

—Bobadas, señora —rechazó Hamilton—. Con todos mis respetos, le

diré que los sindicatos han sido el factor más importante de la decadencia de la Gran Bretaña, como ya sabemos. No se interesan más que por ellos mismos. Solo hay que pensar en Ron Todd y en todo el fracaso de la Ford para darse cuenta de ello.

Suzanne empezó a retirar los platos y advertí que aprovechaba la ocasión para dar un codazo a Henry, que se apresuró a cambiar de tema.

Poco después llegó el merengue de frambuesas glaseado, con salsa espesa. Daba pena cortar semejante obra de arte, pero Suzanne partió cuidadosamente seis raciones generosas como una niñera cuidando a sus niños, mientras Henry descorchaba un Sauternes de 1981. Barker se lamió literalmente los labios por adelantado.

—Y algo más —estaba diciendo Hamilton—. La primera ministra ha metido a demasiados blandengues indecisos en su Gobierno, para mi gusto.

—¿Por quién los sustituiría usted? —preguntó Barker cándidamente.

A Herodes le hubiera resultado fácil convencer a todos los caballeros propuestos por Hamilton de que la matanza de los inocentes era solo una ampliación, justificada, del programa de protección de la infancia.

De nuevo me interesaban más las obras culinarias de Suzanne, sobre todo cuando me permitían un exceso. Iba a servirse cheddar como último plato. Nada más probarlo supe que lo habían comprado en la granja Alvios Brother's de Keysham.

Todos somos especialistas en algo, y lo mío es el cheddar.

Para tomarlo con el queso, Henry sacó un oporto que sería la culminación de la velada.

—Sandeman 1970 —le dijo en un aparte a Barker, mientras servía las primeras gotas en la copa del experto.

—Claro, por supuesto —confirmó Barker, llevándose la copa a la nariz—. Lo habría reconocido en cualquier parte. Calidez típica de Sandeman pero con auténtico cuerpo. Supongo que habrás guardado algo, Henry —añadió—. Lo apreciarás aún más en la vejez.

—Parece que entiende usted algo de vinos, ¿no es así?

Era la primera pregunta que Hamilton se dignaba hacer en toda la noche.

—No exactamente —empezó a decir Barker—. Pero yo...

—Todos ustedes son una pandilla de farsantes, todos —le interrumpió

Hamilton—. Olfatean y revuelven, saborean y escupen, luego sueltan su jerigonza y esperan que nos la traguemos. Cuerpo y calidez, ¡maldita sea! Yo no me dejo engañar así como así.

—Nadie lo pretendía —declaró Barker, un poco ofendido.

—Ha estado intentando engañarnos durante toda la noche —replicó Hamilton— con su rollo de «Claro, desde luego, lo habría reconocido en cualquier parte». Vamos, admítalo.

—No pretendía indicar... —farfulló Barker.

—Si quiere se lo demostraré —le desafió Hamilton.

Los cinco miramos fijamente al desagradable invitado, y por primera vez en toda la velada me pregunté qué iría a decir ahora.

—He oído —prosiguió Hamilton— que Sefton Hall se ufana de poseer una de las mejores bodegas de Inglaterra. Se ocuparon de ella mi padre, y su padre antes que él, pero he de confesar que yo no he tenido tiempo para continuar la tradición —Barker asintió con un cabeceo—. Pero mi mayordomo sabe perfectamente lo que me gusta. Así que le invito a usted, caballero, a comer conmigo el sábado que viene...; no, el siguiente, y en la comida someteré a su criterio cinco vinos de las mejores cosechas. Y le propongo una apuesta —añadió, mirando fijamente a Barker—. Quinientas libras a cincuenta la botella (estoy seguro de que le parecerá una apuesta tentadora) a que no acierta ni un vino.

Hamilton se dirigió a continuación agresivamente al distinguido presidente de la Asociación del Vino.

—La suma es tan elevada que yo no podría...

—No está dispuesto a aceptar el desafío, ¿eh, Barker? Entonces, caballero, quedará como un cobarde además de como un farsante.

Tras una tensa pausa, Barker contestó:

—Como usted quiera, caballero. Creo que no me queda más alternativa que aceptar.

Una sonrisa satisfecha asomó a la cara del otro individuo.

—Usted deberá asistir como testigo, Henry —propuso Hamilton, volviéndose a nuestro anfitrión—. ¿Y por qué no lleva a ese tipo que escribe? —añadió, señalándome—. Así tendrá realmente algo sobre lo que escribir, para variar.

Por su comportamiento, era evidente que a Hamilton le daba completamente igual lo que opinaran nuestras esposas. Mary me dirigió una sonrisa irónica.

Henry me miró nervioso, pero yo estaba contento de poder presenciar aquel drama. Asentí con un cabeceo.

—Muy bien —concluyó Hamilton, levantándose, con la servilleta aún al cuello—. Espero verles a los tres en Sefton Hall del próximo sábado en una semana. ¿Les parece bien a las doce y media?

Hizo una inclinación a Suzanne.

—Lo siento, pero creo que no podré acompañarles —se excusó ella, despejando toda posible duda de que se la incluyera en la invitación—. Los sábados como siempre con mi madre.

Hamilton hizo un gesto con la mano para indicar que le tenía sin cuidado que fuera o no.

Cuando por fin se fue el extraño invitado, permanecimos unos minutos sentados en silencio, hasta que Henry hizo la siguiente declaración:

—Lo lamento. Su madre y mi tía son viejas amigas y ella me ha pedido varias veces que le invite a cenar. Creo que esta ha sido la primera y la última vez.

—No te preocupes —dijo Barker—. Haré todo lo posible por no defraudarte. Y a cambio de tan extraordinaria hospitalidad, ¿seríais tan amables los dos de acompañarme la noche del sábado? Hay un sitio cerca de Shefton Hall al que quiero ir hace bastante tiempo, el Hamilton Arms. Me han dicho que la comida está bien, pero que la carta de vinos es... —vaciló— sensacional, según los expertos.

Henry y yo comprobamos nuestras respectivas agendas, y aceptamos encantados su invitación.

En los días que siguieron, pensé muchísimo en Shefton Hamilton, y aguardaba la comida con una mezcla de recelo y expectación. El sábado de la comida por la mañana, fuimos los tres en el coche de Henry a Shefton Park y llegamos algo pasadas las doce y media. Bueno, en realidad, cruzamos las sólidas puertas de hierro forjado a las doce y media exactamente, pero no llegamos a la puerta principal de la casa hasta las doce treinta y siete.

Antes de que nos diera tiempo a llamar, un individuo alto y elegante, con

frac, cuello de pajarita y corbata de lazo, abrió la gran puerta de roble. Se presentó como Adams, el mayordomo. Nos acompañó al salón de mañana, donde nos dio la bienvenida un gran fuego de leña. Sobre el hogar colgaba el retrato de un individuo huraño que supuse el abuelo de Sefton Hamilton. En las otras paredes había un gran tapiz de la batalla de Waterloo y un enorme óleo de la guerra de Crimea. Había muebles antiguos por todas partes, y la única escultura que se veía era la de una figura griega lanzando un disco. Observando la estancia, pensé que únicamente el teléfono pertenecía a nuestro siglo.

Sefton Hamilton irrumpió en la habitación como un vendaval en una desdichada ciudad costera. Se colocó inmediatamente de espaldas al fuego, bloqueando así todo el calor del que pudiéramos estar disfrutando.

—¡*Whisky!* —gritó cuando volvió a aparecer Adams—. ¿Barker?

—Para mí, no —rechazó Barker, Con una leve sonrisa.

—Ah, quiere conservar las papilas gustativas en el punto de máxima sensibilidad, ¿eh?

Barker no contestó. Antes de pasar a comer nos enteramos de que la finca tenía una extensión de casi tres mil hectáreas y algunas de las mejores zonas de caza de fuera de Escocia. La mansión tenía ciento doce habitaciones, en algunas de las cuales Hamilton no había entrado desde que era pequeño. Y el tejado, nos dijo finalmente, medía sesenta áreas, dato este que se me grabó en la memoria, pues es el tamaño de mi jardín.

El gran reloj de pared del rincón dio la una.

—Hora de empezar la prueba —declaró Hamilton, y salió del salón como un general que da por sentado que sus soldados le seguirán. Le seguimos, en efecto, a lo largo de los treinta metros de pasillo hasta el comedor. Allí, los cuatro ocupamos nuestros respectivos lugares en torno a la mesa de roble del siglo XVII, con espacio suficiente para veinte comensales.

Adornaban el centro de la mesa dos garrafas georgianas y dos botellas sin etiqueta. La primera botella estaba llena de vino blanco claro; la primera garrafa contenía vino tinto; la segunda botella, un vino blanco de color más fuerte; y la segunda garrafa, una sustancia rojiza. Junto a cada recipiente había una tarjeta en blanco. Y a su lado un fajo de billetes de cincuenta libras.

Hamilton ocupó su lugar a la cabecera y Barker y yo nos acomodamos a

los lados, dejando para Henry el último sitio al otro extremo de la mesa.

El mayordomo permanecía de pie un paso detrás de la silla de su amo. Hizo un gesto con la cabeza y aparecieron cuatro camareros con el primer plato. Colocaron delante de cada uno de nosotros una tarrina de pescado con gambas. Adams, tras un gesto de su amo, cogió la primera botella y llenó la copa de Barker. Este esperó que el mayordomo rodeara la mesa y llenara las tres copas restantes para iniciar su ritual.

Primero dio vueltas al vino mientras lo observaba atentamente. Luego lo olió. Vaciló y adoptó una expresión de sorpresa. Tomó un sorbo.

—Mmmm —dijo al fin—. He de reconocer que es todo un reto.

Volvió a olerlo para asegurarse. Luego alzó la vista y sonrió satisfecho. Hamilton le miraba con fijeza, la boca ligeramente abierta, aunque guardaba un silencio insólito en él. Barker bebió otro sorbo.

—Montagny Tete de Cuvée 1985 —declaró, con la seguridad del experto—. Embotellado por Louis Latour.

Miramos a Hamilton, que tenía una expresión acongojada.

—Tiene razón —admitió Hamilton—. Fue embotellado por Latour. Pero eso es tanto como decirnos que Heinz embotella zumo de tomate. Y como mi padre murió en 1984, puedo asegurarle, caballero, que está equivocado.

Se volvió a mirar a su mayordomo para que confirmara sus palabras. El rostro de Adams era inescrutable. Barker volvió la tarjeta. Decía: «Chevalier Montrachet Les Demorselles 1983». Se quedó mirando la tarjeta, perplejo, sin poder dar crédito a sus ojos.

—Un fallo y faltan tres —añadió Hamilton, ajeno a la reacción de Barker.

Volvieron a aparecer los camareros, que retiraron los platos del pescado, reemplazándolos al momento por urogallo poco hecho. Barker no habló mientras servían a sus compañeros. Se limitaba a mirar fijamente las otras tres botellas sin oír siquiera al anfitrión decir a Henry que sus invitados asistirían a la primera cacería de la temporada la próxima semana. Recuerdo que los nombres correspondían más o menos a los que Hamilton había indicado en casa de Henry como los componentes de su gobierno ideal.

Barker mordisqueaba un trozo de carne de urogallo mientras esperaba que Adams llenara una copa de la primera jarra. No había terminado el primer plato, tras su fracaso inicial; se limitó a tomar algún que otro trago de agua.

—Ya que Adams y yo nos pasamos buena parte de la mañana seleccionando los vinos para esta pequeña prueba, esperemos que lo haga mejor esta vez —dijo Hamilton, sin poder disimular su satisfacción.

Barker empezó una vez más a revolver el vino. Parecía tomarse más tiempo esta vez, oliéndolo varias veces antes de llevarse la copa a los labios y, finalmente, tomar un sorbo.

Una sonrisa de reconocimiento inmediato afloró a su rostro y anunció sin vacilación.

—Château la Louvière 1978.

—Esta vez ha acertado usted el año, caballero, pero ha insultado al vino.

Barker volvió inmediatamente la tarjeta y la leyó perplejo: Château Lafite 1978. Hasta yo sabía que era uno de los mejores claretes que uno podía aspirar a probar. Barker se sumió en un prolongado silencio y siguió mordisqueando su comida. Hamilton parecía estar disfrutando del vino casi tanto como del resultado de la apuesta hasta el momento.

—Cien libras para mí, nada para el presidente de la Asociación del Vino —nos recordó.

Henry y yo, desconcertados, procuramos que la conversación no decayera hasta que nos sirvieron el tercer plato: un soufflé de limón y lima que ni en presentación ni en finura podía compararse con ninguno de los que preparaba Suzanne.

—¿Pasamos a la tercera botella? —preguntó Hamilton animosamente.

Adams volvió a coger una jarra y empezó a servir el vino. Me sorprendió ver que derramaba un poco al llenar la copa de Barker.

—Pero ¡qué zoquete! —rugió Hamilton.

—Lo lamento, señor —se excusó Adams.

Limpió con una servilleta la gota que había derramado, y mientras lo hacía, miraba a Barker con una expresión tan desesperada, que tuve la certeza de que no guardaba relación con haber derramado el vino. Sin embargo, guardó silencio mientras seguía sirviéndonos a todos.

Barker pasó una vez más por todo el ritual: revolver el vino, olfatearlo y, por último, saborearlo. Esta vez tardó aún más que la anterior. Hamilton se impacientaba y tamborileaba con sus dedos regordetes la gran mesa de la época de Jacobo I.

—Es un Sauternes —empezó a decir Barker.

—Eso lo sabe cualquier lelo. Yo quiero saber el año y la cosecha.

Su invitado vacilaba.

—Château Guiraud 1976 —dijo categóricamente.

—Por lo menos es usted consecuente. Se equivoca siempre.

Barker volvió la tarjeta.

—Château d'Yquem 1980 —leyó, incrédulo.

Era una cosecha que yo solo había visto al final de las cartas de vinos de los restaurantes caros y que nunca había tenido el privilegio de probar. Me extrañó muchísimo que Barker se equivocara con la Mona Lisa de los vinos. Se volvió bruscamente a Hamilton para protestar y tuvo que ver a Adams, de pie tras su amo, toda su figura de uno noventa temblando de pies a cabeza, tal como le veía yo. Yo quería que Hamilton saliera del comedor para poder preguntarle a Adams la causa de su espanto, pero el dueño de Sefton Hall estaba en pleno acoso.

Barker miró fijamente al mayordomo un minuto más y, percibiendo su malestar, bajó los ojos y no aportó ni una palabra a la conversación hasta que, veinte minutos después, se sirvió el oporto.

—Su última oportunidad de evitar la humillación absoluta.

Presentaron a los invitados una tabla de quesos con diversas variedades y cada uno eligió a su gusto... Yo, por supuesto, escogí cheddar, y podría haberle dicho a Hamilton que no era de Somerset. Mientras tanto, el mayordomo, que ahora estaba tan blanco como un sábana, sirvió el oporto. Empezaba a preguntarme si no se iría a desmayar, pero consiguió llenar las cuatro copas y volvió a colocarse un paso detrás de su amo. Hamilton no hizo ningún comentario impropio.

Barker bebió el oporto, sin molestarse en todos los preliminares de las veces anteriores.

—Taylors... —empezó a decir.

—Exactamente —aprobó Hamilton—. Pero como solo hay tres proveedores de oporto decentes en el mundo, lo importante es el año... como usted, desde su elevada posición, debe saber muy bien, señor Barker.

—Mil novecientos setenta y cinco —dijo con firmeza Freddie, y levantó en seguida la tarjeta.

«Taylors 1927» leyó sin vacilación.

Barker miró de nuevo fijamente a su anfitrión, que se partía de risa. El mayordomo miró a su vez al invitado con expresión atormentada. Barker dudó solo un momento. Luego, sacó un talonario del bolsillo interior de la chaqueta. Extendió un cheque a nombre de Sefton Hamilton por 200 libras. Lo firmó y, sin una sola palabra, se lo pasó sobre la mesa a su anfitrión.

—Esto es solo la mitad de la apuesta —protestó Hamilton, saboreando su triunfo.

Barker se levantó, hizo una pausa y declaró:

—Soy un farsante.

—Lo es usted realmente, caballero —confirmó Hamilton.

Tras haber pasado tres de las horas más desagradables de mi vida, conseguí escapar de allí con Henry y Freddie Barker poco después de las cuatro. Los tres guardamos silencio mientras nos alejábamos de Sefton Hall en el coche de Henry. Tal vez tanto Henry como yo creíamos que el primer comentario correspondía a Barker.

—Me temo, caballeros —dijo al fin—, que no voy a ser una buena compañía durante las horas siguientes, así que, con su permiso, daré un paseo rápido y me reuniré con ustedes a la hora de la cena en el Hamilton Arms, hacia las siete y media. He reservado mesa para las ocho.

Y sin añadir nada más, Barker indicó a Henry que detuviera el coche, y ambos le vimos bajar y encaminarse a un sendero que discurría por el campo. Henry no volvió a poner el coche en marcha hasta que su amigo se hubo perdido completamente de vista.

Yo estaba completamente del lado de Barker, aunque seguía desconcertado por todo el asunto.

¿Cómo podía un experto como Barker cometer tales errores de bulto? Después de todo, yo podía leer una página de Dickens y saber que no era de Graham Greene.

Me parecía que, al igual que el doctor Watson, necesitaba que me explicaran mejor el asunto.

Cuando Barker llegó aquella noche, nos encontró sentados en torno al fuego del bar privado del Hamilton Arms. Eran poco más de las siete y media. Parecía bastante más animado después del ejercicio. Habló de cosas

intrascendentes sin mencionar una sola vez lo sucedido en la comida.

Unos minutos después me volví para comprobar la hora en el reloj que había sobre la puerta, y vi al mayordomo de Hamilton sentado en el bar en animada conversación con el mesonero. No le hubiera prestado mayor atención de no haber notado, cuando señaló en nuestra dirección, la misma expresión aterrada que había visto anteriormente. El mesonero parecía tan inquieto como él, como si un inspector de hostelería acabara de declararle culpable de engañar a los clientes. Tomó unas cartas y se dirigió con ellas a nuestra mesa.

—No nos hace falta carta —dijo Barker—. Su fama le precede. Seguiremos su consejo. ¿Qué nos sugiere?

—Gracias, caballero —dijo, y pasó a nuestro anfitrión la carta de vinos.

Barker estudió la lista encuadernada en cuero. Al cabo de un buen rato, asomó a su cara una amplia sonrisa.

—Creo que vale más que usted elija también los vinos. Tengo la impresión de que sabe exactamente lo que esperamos.

—Desde luego, señor —dijo el mesonero cuando Freddie le devolvió la lista de vinos, ante mi absoluto desconcierto, pues recordaba que aquella era la primera visita de Barker al local, según nos había dicho.

El mesonero fue a las cocinas mientras nosotros seguíamos charlando, y no volvió hasta unos quince minutos después.

—Su mesa está preparada, caballeros.

Le seguimos a un comedor contiguo. Solo tenía unas doce mesas, pero el que la nuestra fuera la única vacía indicaba claramente la fama del local.

El mesonero había elegido una cena ligera: consomé, seguido de finas tajadas de pato, como si supiera que no habríamos podido tomar una cena más pesada después de la comida en la mansión de Sefton.

También me sorprendió bastante el hecho de que nos sirvieran todos los vinos en jarras, lo que me hizo suponer que había elegido los vinos de la casa. Admito que todos ellos me parecieron, pese a mi paladar inexperto, mucho mejores que los que nos ofreció Sefton aquel mismo día. Barker parecía deleitarse a cada sorbo y, en una ocasión, dijo elogiosamente:

—Este es el auténtico.

Al final de la velada, cuando ya habían recogido la mesa, nos sentamos

cómodamente a saborear un excelente oporto y a fumar unos puros.

Y fue precisamente entonces cuando Henry mencionó a Hamilton por primera vez.

—¿No va a aclararnos el misterio de lo que ocurrió realmente hoy en la comida? —preguntó.

—Ni yo mismo lo sé aún a ciencia cierta —fue la respuesta de Barker—, aunque de una cosa sí estoy seguro: el padre del señor Hamilton era una persona que conocía sus vinos, pero no así su hijo.

Yo hubiera presionado a Barker para que siguiera con el tema, de no haberse acercado en aquel momento el mesonero.

—Una cena exquisita —le dijo Barker—. Y en cuanto al vino, absolutamente excepcional.

—Es muy amable, caballero.

Y le tendió la nota. Lamento admitir que me venció la curiosidad y atisé el pie de la fina tira de papel. No podía dar crédito a mis ojos: el total ascendía a doscientas libras.

Y para mi sorpresa, Barker se limitó a comentar:

—Muy razonable, considerándolo todo. —Extendió un talón y se lo dio al mesonero—. Solo había degustado el Château d'Yquem 1980 una vez —añadió— y el Taylors 1927, nunca.

El mesonero sonrió.

—Espero que le hayan gustado, señor. Estoy seguro de que no habría querido verlos desperdiciados con un farsante.

Barker asintió con un cabeceo.

Vi al mesonero salir del comedor y volver a su sitio tras la barra. Entregó el cheque a Adams, el mayordomo, que lo examinó un momento, sonrió y lo rompió en trocitos pequeños.

SUCESIÓN DE DESGRACIAS

Conocí a Patrick Travers durante nuestras vacaciones de invierno en Verbier. Estábamos esperando el telesquí aquel primer sábado por la mañana, cuando un individuo que debía de andar por los cuarenta y pocos cedió a Caroline su sitio para que pudiéramos subir juntos. Explicó que él ya había hecho dos carreras aquella mañana y no le importaba esperar. Le di las gracias y olvidé completamente el asunto.

En cuanto llegamos a la cima, mi esposa y yo seguimos siempre rutas distintas, ella hacia la pista A para unirse a Marcel, su instructor, que solo enseña a esquiadores muy adelantados (ella esquía desde los siete años), y yo hacia la pista B donde aguardaba el instructor para los principiantes (yo empecé a esquiar a los cuarenta y un años... y, francamente, incluso la pista B me resultaba demasiado difícil, aunque no me atreviera a admitirlo y menos delante de Caroline). Luego nos reuníamos siempre junto a la estación inferior del telesquí, después de haber seguido nuestras respectivas rutas.

Aquella noche encontramos a Travers en el bar del hotel. Como parecía estar solo, le invitamos a sentarse a nuestra mesa para la cena. Resultó un compañero divertido y pasamos juntos una velada bastante agradable. Coqueteó cortésmente con mi esposa sin pasarse nunca de la raya, y ella pareció halagada con sus atenciones. Con los años, me he acostumbrado a que los hombres se sientan atraídos por Caroline, y no necesito que me recuerden lo afortunado que soy. Durante la cena nos enteramos de que Travers era financiero y tenía oficinas en la City y un piso en Eaton Square. Nos contó que acudía a Verbier todos los años y que lo visitó por vez primera durante una excursión estudiantil a finales de los años cincuenta. Tenía a gala ser el primero en llegar al telesquí todas las mañanas, y ganar casi siempre a

los ases locales al subir y al bajar.

Mostró verdadero interés por el hecho de que yo dirigiera una pequeña galería de arte en el West End. Resultó ser una especie de pequeño coleccionista, experto en los impresionistas menores. Prometió pasar por la galería para ver mi próxima exposición cuando volviera a Londres. Parecía muy interesado en el tema.

Le aseguré que me encantaría verle, pero no volví a pensar en él. La verdad es que solo vi a Travers un par de veces más durante el resto de las vacaciones, una vez hablando con la esposa de un amigo mío que tenía una tienda especializada en alfombras orientales, y en otra ocasión descendiendo detrás de Caroline, con gran pericia, por la traicionera pista A.

Una noche, seis semanas más tarde, le vi en mi galería. Tuve que ejercitar esa parte de la memoria que recuerda los nombres, habilidad en la que los políticos confían a diario.

—¡Qué alegría verle, Edward! —me saludó—. Vi el anuncio del Independent y recordé su amable invitación a una vista privada.

—Me complace que pudiera venir, Patrick —le contesté, al tiempo que recordaba.

—La verdad es que no me gusta el champaña, pero estoy dispuesto a recorrer un largo camino por ver un Vuillard.

—¿Le parece muy bueno?

—Desde luego. Yo le compararía ventajosamente con Pissarro y Bonnard, y aún sigue siendo uno de los impresionistas más subestimados.

—Estoy de acuerdo —contesté—. Pero ese es precisamente el criterio que mi galería mantiene respecto a Vuillard desde hace mucho tiempo.

—¿Cuánto cuesta La dama de la ventana?

—Ochenta mil libras —dije tranquilamente.

—Me recuerda un cuadro suyo del Metropolitan —comentó, estudiando la reproducción del catálogo.

Yo estaba impresionado y le dije que el Vuillard de Nueva York había sido pintado un mes más tarde del que tanto le gustaba.

Asintió con un cabeceo.

—¿Y el desnudo pequeño?

—Cuarenta y siete mil.

—La señora Hensell, esposa de su marchante y segunda amante de Vuillard, si no me equivoco. Los franceses siempre son mucho más civilizados que nosotros en estas cosas. Pero mi cuadro favorito de los de esta exposición —prosiguió— es sin duda equiparable con lo mejor de su obra.

Se volvió para contemplar el gran óleo que representaba a una joven tocando el piano y a su madre inclinada para pasar la hoja de la partitura.

—Extraordinario. ¿Podría saber cuánto?

—Trescientas setenta mil libras —dije, preguntándome si aquella cantidad entraría en las posibilidades de Travers.

—¡Qué gran reunión, Edward! —exclamó una voz a mi espalda.

—¡Percy! —grité, girando en redondo—. Pero ¿no me habías dicho que no vendrías?

—Sí, lo dije, amigo, pero decidí que no podía quedarme sentado en casa, solo todo el rato, así que he venido a ahogar mis penas en champaña.

—Muy acertado. Lamento lo de Diana —añadí mientras se alejaba.

Cuando me volví para proseguir la conversación con Patrick Travers, este había desaparecido. Le busqué por la sala y le localicé en un rincón del otro extremo de la galería, charlando con mi esposa y con una copa de champaña en la mano. Ella llevaba un vestido verde con los hombros al descubierto, que me pareció demasiado moderno. Los ojos de Travers parecían clavados en un punto situado unos centímetros por debajo de los hombros. Esto no me hubiera dado qué pensar si hubiera estado hablando con otra persona.

Volví a ver a Travers una semana después, cuando regresaba del banco, adonde había ido a sacar un poco de dinero. Esta vez estaba también ante el óleo de Vuillard que representaba a la madre y la hija ante el piano.

—Buenos días, Patrick —le saludé, acercándome a él.

—No puedo dejar de pensar en este cuadro —me confesó, sin apartar la vista de las dos figuras del lienzo.

—Es comprensible.

—Supongo que no me permitirías convivir con ellas una o dos semanas hasta que pueda tomar una decisión, ¿verdad? Dejaría un depósito con muchísimo gusto, por supuesto.

—No habría inconveniente alguno, pero necesitaría, además, una referencia bancaria, y el depósito tendría que ser de veinticinco mil libras.

Aceptó ambas condiciones sin vacilación y le pregunté dónde quería que se entregara el cuadro. Me dio una tarjeta en la que figuraba su dirección de Eaton Square. A la mañana siguiente, sus banqueros confirmaron que trescientas setenta mil libras no serían ningún problema para su cliente.

En veinticuatro horas, el Vuillard colgaba en el comedor de la planta baja de su casa. Por la tarde telefoneó para darme las gracias e invitarnos a cenar a Caroline y a mí. Dijo que quería una segunda opinión sobre cómo quedaba el cuadro.

Pensé que habiendo en juego trescientas setenta mil libras no era razonable rechazar la invitación, y además a Caroline le apetecía ir; decía que tenía curiosidad por ver cómo era su casa.

El jueves siguiente cenamos con Travers. Resultó que éramos los únicos invitados, y recuerdo que me extrañó que no existiera una señora Travers o al menos una novia. Fue un anfitrión atento y había preparado una cena extraordinaria. Pero recuerdo que pensé que se mostraba una pizca demasiado solícito con Caroline, aunque desde luego ella daba la impresión de disfrutar de sus atenciones. En determinado momento, empecé a preguntarme si se habrían dado cuenta alguno de los dos si yo me hubiera volatizado.

Al marcharnos aquella noche de Eaton Square, Travers me dijo que casi había tomado una decisión sobre el cuadro, así que pensé que al menos la velada había servido para algo.

Seis días después devolvió el cuadro a la galería con una nota en la que decía que ya no le interesaba. No daba explicaciones, pero terminaba anunciando simplemente que pasaría algún día y miraría los otros Vuillard. Le devolví su depósito, disgustado, aunque sabía que a veces los clientes vuelven meses e incluso años después.

Pero Travers no volvió jamás.

Al cabo de un mes, más o menos, supe por qué no volvería. Estaba comiendo en la gran mesa central de mi club, que es, como en casi todos los locales de hombres, la mesa reservada a los socios que acuden solos. Percy Fellows llegó después que yo, así que se sentó frente a mí. No había hablado con él desde la exposición de Vuillard, y ni siquiera entonces hablamos gran cosa. Percy era uno de los anticuarios más prestigiosos de Inglaterra, y en una ocasión hicimos un trueque beneficioso para ambos: un escritorio Carlos II

por un paisaje holandés de Utrillo.

Volví a decirle que lamentaba muchísimo lo de Diana.

—Tenía que terminar en divorcio —me explicó—. Entraba y salía de todos los dormitorios de Londres. Yo estaba empezando a parecer un cornudo de tomo y lomo, y lo de ese desgraciado de Travers fue ya el colmo.

—¿Travers? —pregunté, sin entenderle.

—Patrick Travers, el tipo al que se cita en mi solicitud de divorcio. ¿No le conoces?

—Le he oído nombrar —dije un tanto vacilante, deseando que me contara más antes de admitir nuestro trato superficial.

—Es extraño. Juraría que le vi en tu exposición.

—Pero ¿a qué te refieres con lo de que fue el colmo? —le pregunté, procurando que olvidara la exposición.

—Le conocimos en Ascot, al muy desgraciado. Comió con nosotros, se bebió tranquilamente mi champaña, se comió mis frambuesas con crema, y antes de una semana ya se había acostado con mi mujer. Claro que esa no es ni la mitad de la historia.

—¿Ni la mitad de la historia?

—El tipo tuvo la desfachatez de presentarse en mi tienda y hacer un gran depósito por una mesa georgiana. Luego nos invitó a los dos a cenar para que viéramos cómo quedaba. Y cuando se cansó de hacerle el amor a Diana me devolvió la mesa y a la mujer ligeramente estropeadas. ¡Oye, no tienes buen aspecto, amigo mío! —exclamó de repente Percy—. ¿No te habrá sentado mal algo? Aquí la comida no es igual desde que Harry se fue al Carlton. He escrito varias veces sobre ese asunto a la comisión de vinos pero...

—No, me encuentro bien —le interrumpí—. Se me pasará con un poco de aire fresco. Discúlpame, por favor, Percy.

Cuando volvía paseando del club, decidí que tenía que hacer algo respecto al señor Travers.

A la mañana siguiente esperé que llegara el correo y comprobé todos los sobres dirigidos a Caroline. Ninguno parecía sospechoso, pero pensé, por otra parte, que Travers no iba a ser tan estúpido como para dejar pruebas escritas. Empecé también a escuchar sus conversaciones telefónicas, pero él no figuraba entre las personas que le llamaban, al menos mientras yo estaba en

casa. Comprobé incluso el kilometraje de su Mini para ver si había hecho largos recorridos, pero en realidad Eaton Square no queda muy lejos. Decidí que, muchas veces, precisamente lo que se deja de hacer es lo que descubre el juego: no hicimos el amor en quince días y ella no dijo nada.

Seguí vigilando a Caroline más de cerca durante otros quince días, pero comprendí que Travers debía de haberse cansado de ella más o menos cuando devolvió el Vuillard. Y eso me indignaba todavía más.

Así pues, elaboré un plan de venganza que me pareció soberbio entonces, pero imaginé que en cuestión de días lo superaría e incluso lo olvidaría. Sin embargo, no fue así. Por el contrario, la idea se convirtió en una obsesión. Empecé a convencerme de que tenía la obligación ineludible de acabar con Travers antes de que deshonrara a algún otro amigo mío.

Nunca he quebrantado intencionadamente la ley. Las multas de tráfico me irritan, no me gusta tirar basura y pago el IVA el mismo día que el horrible sobre amarillento llega a mi buzón.

Pero en cuanto decidí lo que debía hacer, me puse manos a la obra concienzudamente. Al principio pensé pegarle un tiro, pero no tardé en averiguar lo complicadísimo que es conseguir una licencia de armas; y además, si hacía un buen trabajo, acabaría sin sentir mucho dolor, y eso no era lo que yo había planeado para él. Luego pensé en envenenarle..., pero para eso hace falta una receta, y yo seguía sin poder presenciar la muerte lenta que deseaba. Más tarde pensé estrangularle, pero llegué a la conclusión de que necesitaría demasiado valor... Además, él era más corpulento que yo y corría el riesgo de ser yo quien acabara estrangulado. También pensé en ahogarle, pero podría tardar años en conseguir que el tipo estuviera cerca del agua, y una vez conseguido quizá no pudiera asegurarme de que se hundía por tercera vez. Pensé, incluso, en atropellar a aquel desgraciado, pero deseché la idea al comprender que la posibilidad de conseguirlo sería prácticamente nula y que, además, no tendría tiempo para comprobar si estaba muerto. Por tanto, no me costó mucho darme cuenta de lo difícil que es matar a alguien... y que el crimen quede impune.

Me quedaba por la noche leyendo biografías de asesinos, pero no me sirvió de mucho, porque todos habían sido descubiertos y declarados culpables. Recurrí a las novelas de detectives, que parecían tener siempre en

cuenta cierto grado de casualidad, suerte y sorpresa, que yo no estaba dispuesto a arrostrar, hasta que di con una frase valiosísima de Conan Doyle: «Cualquier hábito regular de una posible víctima la hace más vulnerable». Entonces recordé una costumbre de la que Travers se sentía especialmente orgulloso. Tendría que esperar otros seis meses, pero eso me daba más tiempo para perfeccionar el plan. Aproveché bien la espera forzosa, pues siempre que Caroline pasaba más de veinticuatro horas fuera de casa, iba a una clase de esquí en la pista artificial de Harrow. Me resultó extraordinariamente fácil averiguar cuando volvería Travers a Verbier, y pude organizar las vacaciones de invierno de forma que coincidiéramos solo tres días, tiempo más que suficiente para cometer mi primer crimen.

Caroline y yo llegamos a Verbier el segundo viernes de enero. Durante las Navidades, ella había hecho más de un comentario sobre mi nerviosismo, añadiendo que esperaba que las vacaciones me ayudaran a relajarme. No podía explicarle, claro, que era precisamente la idea de las vacaciones lo que me ponía tan tenso. Y no fue precisamente una ayuda el que me preguntara en el avión a Suiza si creía que Travers iría también.

A la mañana siguiente tomamos el telesquí hacia las diez y media, y en cuanto llegamos arriba, Caroline se presentó puntualmente a Marcel. Cuando partió con él hacia su pista, yo fui a la mía para practicar por mi cuenta. Quedamos en encontrarnos, como siempre, en el funicular o, si nos extraviábamos, en el comedor.

Durante los días que siguieron, repasé una y otra vez el plan que había elaborado mentalmente y ensayado con toda diligencia en Harrow, hasta asegurarme de que no podía fallar. Al terminar la primera semana, me había convencido ya de que estaba preparado.

La noche antes de que llegara Travers, según lo previsto, me quedé en las laderas el último. Hasta Caroline comentó que había mejorado muchísimo, y le dijo a Marcel que ya estaba listo para la pista A, de curvas y pendientes más pronunciadas.

—Quizás el año que viene —objeté procurando quitar importancia a mis progresos, y volví a la pista B.

La última mañana recorrí el primer kilómetro y medio de la pista una y otra vez, y tan concentrado estaba en la tarea, que se me olvidó

completamente ir a comer con Caroline.

Por la tarde comprobé y verifiqué el emplazamiento de todas las banderas rojas que señalizaban el recorrido, y cuando estuve seguro de que todos los esquiadores lo habían dejado por aquel día, recogí unas treinta banderas y las volví a colocar en los puntos que había calculado minuciosamente. Mi última tarea consistió en comprobar el recorrido preparado antes de amontonar gran cantidad de nieve unos veinte metros por encima del lugar elegido. Y una vez concluidos todos los preparativos bajé la montaña esquiando lentamente a la luz crepuscular.

—¿Te propones ganar una medalla de oro olímpica o qué? —me preguntó Caroline cuando, al fin, llegué a la habitación.

Cerré la puerta del cuarto de baño para que no esperara respuesta.

Una hora después llegó Travers al hotel.

Esperé hasta la noche siguiente para tomar una copa con él en el bar. Al principio, se mostró algo nervioso al verme, pero me apresuré a tranquilizarle. En seguida recuperó la seguridad habitual en sí mismo, lo que no hizo más que confirmarme que debía llevar a cabo mi plan. Le dejé en el bar poco antes de que bajara Caroline a cenar, para que no nos viera juntos. Sería necesaria la sorpresa auténtica una vez consumado mi plan.

—Es muy raro que comas tan poco, máxime no habiendo almorzado —comentó Caroline cuando salíamos aquella noche del comedor.

Yo no hice ningún comentario cuando pasamos junto a Travers, que estaba sentado en el bar, con la mano en la rodilla de otra inocente mujer.

No pegué ojo en toda la noche, y a las seis de la mañana me escurrí de la cama, procurando no despertar a Caroline. Todo estaba colocado en el cuarto de baño tal como yo lo había dejado por la noche. A los pocos minutos estaba vestido y preparado. Bajé por la escalera de servicio del hotel, evitando tomar el ascensor, y me escabullí por la salida de incendios, experimentando por primera vez lo que debe de sentir un ladrón. Llevaba un gorro de lana bien embutido y gafas de nieve para protegerme los ojos; ni siquiera Caroline me habría reconocido.

Llegué al pie del telesquí cuarenta minutos antes de que empezaran los viajes. Mientras estaba solo tras el pequeño cobertizo que alberga la maquinaria eléctrica que tira del cable, pensé que todo dependía ya de que

Travers se atuviera a su costumbre. No estaba seguro de poder llevar a cabo mi plan si tenía que posponerlo para el día siguiente.

Mientras esperaba, pateaba con fuerza en la nieve recién caída y me tapaba el pecho con los brazos para no quedarme helado. Cada pocos minutos, atisbaba por la esquina del cobertizo con la esperanza de verle aparecer. Al fin divisé una mancha al fondo de la colina, junto al camino: un individuo con un par de esquís al hombro. ¿Y si no era Travers?

Al poco rato salí de detrás del cobertizo para unirme al individuo bien abrigado que, en efecto, era Travers. No pudo disimular su sorpresa al verme. Inicié una conversación improvisada comentándole que no podía dormir y que había pensado esquiar un poco y con tranquilidad antes de que empezara la aglomeración. Solo faltaba que el telesquí iniciara la subida puntualmente. Pocos minutos después de las siete llegó el encargado, y la enorme maquinaria engrasada se puso en marcha.

Fuimos los dos primeros esquiadores que ocupamos nuestros puestos en los pequeños asientos para iniciar la subida sobre el profundo barranco. Miré hacia atrás para comprobar que no aparecía nadie.

—Yo suelo completar un descenso antes, incluso, de que lleguen los siguientes —me dijo Travers cuando el remonte alcanzó el punto más alto.

Miré de nuevo hacia atrás para comprobar que ya no podía vernos el encargado. Luego miré unos sesenta metros más abajo, preguntándome lo que sería aterrizar cabeza abajo en el barranco. Sentí un mareo y lamenté haber mirado. El telesquí siguió su lento avance y llegamos a la zona de bajada.

—¡Maldita sea! —exclamé cuando nos apeamos—. Marcel no está.

—A esta hora no está nunca —explicó Travers, alejándose hacia la ladera de los esquiadores expertos—. Es demasiado pronto para él.

—¿No quieres bajar conmigo? —grité a Travers.

Se detuvo y se volvió con recelo.

—Caroline cree que ya puedo hacer la pista A —le aclaré—, pero yo no estoy tan seguro y agradecería una segunda opinión. He batido mi propio récord varias veces en la otra pista, pero no querría quedar en ridículo delante de mi esposa.

—Bueno, yo...

—Se lo habría pedido a Marcel si hubiera estado aquí. Y además eres el mejor esquiador que conozco.

—Bueno, si... —empezó a decir.

—Una sola vez; luego puedes dedicar el resto de tus vacaciones a la pista A. Podrías, incluso, considerar el descenso como un precalentamiento.

—Bueno, supongo que podría ser una novedad.

—Una sola vez —repetí—. Es todo lo que necesito. Así podrás decirme si estoy preparado.

—¿Hacemos una carrera? —propuso, pillándome por sorpresa cuando yo empezaba a sujetarme los esquís. No podía quejarme; todos los libros sobre asesinato me habían advertido de que hay que estar preparado para lo imprevisto—. De esa forma podremos averiguar si estás preparado —añadió, presuntuoso.

—Bueno, si insistes... Pero ten en cuenta que soy más viejo y tengo menos experiencia que tú —le recordé.

Comprobé mis esquís, pues sabía que tenía que salir delante.

—Pero tú conoces esta pista al dedillo —replicó—. Yo ni siquiera la había visto antes.

—Aceptaré la carrera, solo si hacemos una apuesta.

Advertí que había captado su interés por primera vez.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Oh, nada tan vulgar como dinero —rechacé—. El que gane le dirá a Caroline la verdad.

—¿La verdad? —preguntó, desconcertado.

—Sí —repuse, y me lancé colina abajo sin darle tiempo a añadir una palabra más. Empecé bastante bien, bordeando las banderolas rojas, pero miré hacia atrás por encima del hombro y vi que se había recobrado rápidamente y que estaba dispuesto a darme alcance. Comprendía que era vital que siguiera delante el primer tercio de la pista, pero ya podía sentirle acortando distancias.

Tras unos setecientos metros de desviarnos e impulsarnos, él gritó.

—¡Tendrás que ir mucho más deprisa si quieres ganarme!

Su arrogancia me impulsaba a seguir, pero mantenía la distancia solo porque contaba con la ventaja de conocer todos los giros y revueltas de

aquellos primeros metros. En cuanto vi que alcanzaría la nueva ruta antes que él, empecé a relajarme. Había recorrido los próximos doscientos metros unas cincuenta veces diarias durante los últimos diez días, pero sabía muy bien que esta vez era la decisiva, la única que importaba.

Miré por encima del hombro para ver si me seguía a unos treinta metros de distancia. Empecé a aminorar un poco al acercarnos al trecho de hielo preparado, confiando en que no se diera cuenta y creyera que había perdido empuje. Frené aún más al llegar al principio del trecho preparado; casi podía sentir su respiración. Luego, de repente, un instante antes de tocar el hielo, frené y me paré de golpe en el montón de nieve que había acumulado la noche anterior. Travers pasó a mi lado a unos sesenta kilómetros por hora, y a los pocos segundos salió volando por el aire sobre el barranco emitiendo un grito que jamás olvidaré. No fui capaz de mirar por el borde, pero sabía que se rompería todos los huesos al estrellarse contra la nieve del fondo.

Allané cuidadosamente el montón de nieve que me había salvado la vida y trepé montaña arriba todo lo deprisa que pude, recogiendo las treinta banderolas con las que había señalado mi ruta falsa. Esquíé luego de un lado a otro, colocándolas de nuevo en su sitio, marcando correctamente la pista B, a unos cien metros por encima del trecho helado. Cuando todas las banderas estaban de nuevo en su sitio, hice un descenso sintiéndome como un campeón olímpico. Al llegar al pie de la ladera, me alcé la capucha para cubrirme la cabeza y no me quité las gafas de nieve. Me despojé de los esquís y me encaminé tan tranquilo al hotel. Entré por la puerta de atrás, y a las siete cuarenta estaba otra vez en la cama.

Procuré controlar la respiración, pero pasó un buen rato hasta que recuperé el ritmo normal del pulso.

Caroline despertó al poco rato, se dio la vuelta y me abrazó.

—¡Uf! —exclamó—. Estás helado. ¿Has dormido destapado?

Me eché a reír.

—Seguro que me has destapado tú durante la noche.

—Date un baño caliente.

Me di un baño rápido y luego hicimos el amor. Me vestí por segunda vez, y antes de bajar a desayunar comprobé que no había dejado ninguna pista de mi escapada.

Cuando Caroline me servía la segunda taza de café, oí la sirena de la ambulancia, primero acercándose desde el pueblo y luego regresando a él.

—Espero que no haya sido un accidente grave —comentó Caroline sin dejar de servir el café.

—¿Qué? —dije, quizá una pizca demasiado alto, alzando la vista del Times del día anterior.

—La sirena, tonto. Algún accidente en la montaña. Seguramente Travers.

—¿Travers?

Mi voz se dejó oír todavía más alta que antes.

—Patrick Travers. Anoche le vi en el bar. No te lo dije porque sé que no te gusta.

—Pero ¿por qué Travers? —pregunté.

—¿No dice siempre que es el primero en llegar a la pista todas las mañanas? Se adelanta incluso a los instructores.

—¿De veras?

—Tienes que acordarte. El día que le conocimos subíamos por primera vez nosotros cuando él ya hacía su tercer descenso.

—¿Era él?

—¡Oh, Edward, qué espeso estás hoy! ¿Te has levantado con el pie izquierdo?

No contesté.

—Bueno, ojalá haya sido Travers —dijo Caroline tomándose el café—. La verdad es que no me cayó bien nunca.

—¿Por qué? —le pregunté, algo sorprendido.

—Una vez me hizo proposiciones —confesó en tono indiferente.

La miré fijamente, mudo por la sorpresa.

—¿Es que no me vas a preguntar qué pasó?

—Estoy tan asombrado que no sé qué decir.

—Estuvo insinuándoseme todo el rato en la galería aquella noche, y luego, después de que fuimos a cenar a su casa, me invitó a comer. Le mandé a paseo —Caroline me acarició delicadamente una mano—. No te lo conté nunca porque pensé que podría haber sido la causa de que devolviera el Vuillard, y me sentía culpable.

—Pero, en todo caso, tendría que sentirme culpable yo —dije

manoseando una tostada.

—Oh, no, cariño, tú no eres culpable de nada. De todas formas, si alguna vez decidiera engañarte nunca lo haría con semejante gigoló, bien lo sabe Dios. Diana ya me advirtió de lo que podía esperar de él. No es mi tipo en absoluto.

Me quedé allí sentado, pensando en Travers camino del depósito de cadáveres o, peor aún, enterrado bajo la nieve, sabiendo que yo no podía hacer nada al respecto.

—¿Sabes? Creo que de verdad ha llegado el momento de que empieces en la pista A —me dijo Caroline—. Has aprendido muchísimo.

—Sí —contesté, preocupado de veras.

No pronuncié una palabra más mientras nos dirigíamos juntos al pie de la montaña.

—¿Te encuentras bien, cariño? —me preguntó Caroline en el telesquí, cerca ya de la cima.

—Sí —le dije, incapaz de mirar hacia el barranco al llegar al punto más elevado.

¿Continuaría Travers allí o estaría ya en el depósito?

—Deja ya de poner esa cara de niño asustado. Después de todo lo que has trabajado esta semana, estás preparado de sobra para esquiar conmigo —me dijo, animándome.

Sonreí débilmente. Al llegar a la cima, salté del telesquí un instante antes de lo debido, y al dar el segundo paso supe que me había dislocado un tobillo.

Caroline no me hizo ningún caso. Estaba convencida de que lo había hecho para no tener que probar la pista A. Pasó a mi lado e inició el descenso a toda prisa, mientras yo regresaba deshonorado en el telesquí. Al llegar abajo miré al encargado, que apenas se fijó en mí. Fui cojeando hasta el puesto de socorro. Caroline llegó en seguida.

Le expliqué que el enfermero de guardia creía que podía ser fractura, y había sugerido que fuera al hospital.

Caroline frunció el ceño, se quitó los esquís y salió a buscar un taxi. No era un trayecto largo, pero el conductor lo había hecho muchísimas veces, por su forma de tomar las curvas peligrosas.

—Esto podría ser una buena anécdota de sobremesa durante un año lo

menos —dijo Caroline cuando cruzábamos la puerta del hospital.

—¿Quiere esperar fuera, por favor, señora? —le dijo el enfermero mientras me escoltaba a la sala de radiología.

—Sí, ¿pero volveré a ver a mi pobre marido? —bromeó mientras la puerta se cerraba ante ella.

Entré en una gran sala llena de compleja maquinaria, donde había un médico que vestía ropa muy cara.

Le expliqué lo que creía que me pasaba y me alzó con suavidad el pie lesionado hacia un aparato de rayos X. Poco después estaba estudiando la gran placa.

—No hay fractura —diagnosticó, indicándome el hueso—. Pero si le sigue doliendo, creo que debería vendarle bien fuerte el tobillo.

Sujetó entonces mi radiografía junto a otras cinco que colgaban de un riel.

—¿Ya soy el sexto accidentado hoy? —le pregunté, mirando la hilera de radiografías.

—No, no —dijo riéndose—. Las otras cinco son del mismo individuo. Creo que el muy idiota intentó volar sobre el barranco.

—¿Sobre el barranco?

—Sí, supongo que para alardear —comentó, empezando a vendarme el tobillo—. Todos los años hay uno así. Pero este pobre tipo se rompió las dos piernas y un brazo y le quedará una cicatriz espantosa en la cara como recuerdo de su estupidez. En mi opinión, tiene suerte de estar vivo.

—¿Suerte de estar vivo? —repetí débilmente.

—Sí, pero solo porque no sabía lo que estaba haciendo. Mi hijo de catorce años esquía en ese barranco y puede aterrizar como una gaviota en el agua. Él, en cambio —el médico señaló las radiografías—, no volverá a esquiar estas vacaciones. En realidad no podrá caminar en seis meses por lo menos.

—¿De veras? —pregunté.

—Y en cuanto a usted —añadió, cuando terminó de vendarme—, apoye el tobillo en hielo cada tres horas y cámbiese el vendaje una vez al día. Podrá volver a esquiar dentro de dos días, tres como máximo.

—Regresamos a casa hoy —le dije, poniéndome de pie con cautela.

—Muy oportuno —aprobó sonriendo.

Salí cojeando contentísimo de la sala de radiología, y encontré a Caroline enfrascada en la lectura de Elle.

—Pareces satisfecho —dijo alzando la vista.

—Lo estoy. Resulta que solo es un brazo y dos piernas rotas y una cicatriz en la cara.

—¡Oh, tonta de mí, creía que era una simple torcedura!

—No estoy hablando de mí, sino de Travers, ¿no te acuerdas? El accidente de esta mañana. La ambulancia. Pero me aseguran que vivirá.

—Qué lástima —se lamentó, cogiéndome del brazo—. Después del trabajo que te tomaste, yo esperaba que lo hubieras conseguido.

TRAMPA LEGAL

— Esa no es la versión que me han contado —dijo Philip.
Uno de los socios del club sentado a la barra se volvió al oír las voces, pero cuando vio de quién se trataba, sonrió y prosiguió su conversación.

El club de golf Hazelmere estaba muy concurrido aquel sábado por la mañana. Y antes de la comida era difícil encontrar un sitio libre.

Dos de los socios habían pedido ya su segunda ronda y se habían instalado junto al ventanal que da al primer hoyo, cuando la sala apenas estaba concurrida. Philip Masters y Michael Gilmour habían terminado su partida de los sábados por la mañana mucho antes de lo normal, y ahora parecían enfrascados en la conversación.

—¿Y qué es lo que te contaron a ti? —preguntó Michael Gilmour, tranquilamente, pero con un tono de voz fuerte.

—Que tú no estabas ni mucho menos exento de culpa en el asunto.

—Pues claro que estoy exento de culpa. ¿Puede saberse qué insinúas?

—Yo no insinúo nada —rechazó Philip—. Pero no olvides que a mí no puedes engañarme. Yo mismo te di trabajo una vez y te conozco hace demasiado tiempo para creerme a pie juntillas todo lo que me digas.

—Yo no intento engañar a nadie. Es del dominio público que me quedé sin trabajo. Nunca he dicho lo contrario.

—De acuerdo. Pero lo que no es del dominio público es cómo te quedaste sin trabajo y por qué no has encontrado otro.

—No he podido encontrar otro por la simple razón de que no es tan fácil en este momento. Y te diré que yo no tengo la culpa de que tú seas un tipo con suerte y estés podrido de millones.

—Tampoco yo tengo la culpa de que tú siempre estés sin un céntimo y sin trabajo. La verdad es que no resulta tan difícil encontrar empleo si puedes presentar referencias del trabajo anterior.

—¿Puede saberse qué quieres dar a entender exactamente? —preguntó Michael.

—Yo no quiero dar a entender nada.

Algunos socios habían dejado de prestar atención a su propia conversación para intentar escuchar la que se desarrollaba detrás de ellos.

—Lo que quiero decir —prosiguió Philip— es que nadie te dará trabajo por la sencilla razón de que no puedes encontrar a alguien que te dé referencias... y eso lo sabe todo el mundo.

No todo el mundo lo sabía, por eso casi todos los que estaban en la sala en aquel momento intentaban enterarse.

—Pasé al paro por reducción de personal.

—En tu caso lo de reducción de personal fue un simple eufemismo de despido.

—Pasé al paro por reducción de personal —repitió Michael— por la simple razón de que los beneficios de la empresa resultaron un poco decepcionantes ese año.

—¿Un poco decepcionantes? Fueron nulos.

—Solo porque uno o dos de nuestros clientes principales se pasaron a la competencia.

—Competencia que, según me han informado, se mostró muy dispuesta a pagar un poquito de información interna.

Ahora casi todos los socios del club redujeron al máximo sus propias conversaciones y se inclinaban y se volvían intentando captar todas las palabras de los dos individuos que se sentaban junto al ventanal.

—La pérdida de esos clientes se explicó detalladamente en el informe a los accionistas de ese año —dijo Michael.

—¿Y se explicó también a esos accionistas cómo un antiguo empleado podía permitirse comprarse un coche nuevo transcurridos pocos días de que le despidieran? Un segundo coche, tendría que añadir.

Philip tomó un sorbo de zumo de tomate.

—No era un coche nuevo —rebatía Michael, a la defensiva—. Era un

Mini de segunda mano y lo compré con parte de la liquidación cuando tuve que devolver el coche de la empresa. Además, sabes perfectamente que Carol necesita un coche propio para ir a trabajar al banco.

—Francamente, me asombra que Carol haya aguantado tanto tiempo con lo que le has hecho pasar.

—¡Lo que le he hecho pasar! Pero ¿qué insinúas ahora?

—Yo no insinúo nada. Pero lo cierto es que determinada joven que no voy a nombrar —la discreción de Philip pareció disgustar a la mayoría de los oyentes— se quedó sin trabajo más o menos por las mismas fechas, además de quedarse embarazada.

Hacía casi siete minutos que nadie pedía bebidas al camarero, y todavía quedaban algunos socios que simulaban no prestar atención al altercado de los dos hombres. Algunos miraban, incluso, con franca incredulidad.

—Pero ¡yo no lo sabía! —protestó Michael.

—Ya te he dicho que esa no es la versión que me han contado. Más aún: me han dicho que el niño se parece asombrosamente a...

—Eso ya es ir demasiado lejos...

—Solo si no tienes nada que ocultar —dijo lúgubrementemente Philip.

—Sabes que no tengo nada que ocultar.

—¿Ni siquiera los cabellos rubios que Carol encontró en el asiento del Mini nuevo? La chica del trabajo era rubia, ¿no?

—Sí, pero esos cabellos eran de un perdiguero rubio.

—Tú no tienes un perdiguero rubio.

—Ya, pero el perro pertenecía al propietario anterior.

—Esa perra no pertenecía al propietario anterior; y, la verdad, me resisto a creer que Carol se tragara ese cuento.

—Lo creyó porque era la pura verdad.

—Me temo que la verdad es algo con lo que tú perdiste contacto hace mucho tiempo. Te despidieron, primero porque no podías mantener las manos apartadas de todo lo que tuviera faldas y menos de cuarenta; y, en segundo lugar, porque no podías mantener los dedos fuera de la caja. Yo lo sé muy bien. No olvides que tuve que librarme de ti por las mismas razones.

Michael dio un salto, con las mejillas tan coloradas como el zumo de tomate de Philip. Alzó el puño cerrado y estaba a punto de descargarlo con

todas sus fuerzas cuando el coronel Mather, presidente del club, apareció a su lado.

—Buenos días, caballero —dijo Philip al coronel.

—Buenos días, Philip —atronó el coronel—. ¿No cree que su pequeño malentendido ya ha ido demasiado lejos?

—¿Un pequeño malentendido? —Protestó Michael—. ¿Es que no ha oído usted lo que ha estado diciendo de mí?

—Todas y cada una de sus palabras, lamentablemente. Igual que los demás socios —confirmó el coronel, y añadió, volviéndose a Philip—: ¿Qué tal si se estrechan la mano como buenos amigos y dan el asunto por zanjado?

—¿Estrechar la mano a ese picapleitos tenorio y sinvergüenza? Ni hablar —rechazó Philip—. Le aseguro, coronel, que no es digno de pertenecer a este club. Y solo ha oído usted la mitad de la historia.

Antes de que el coronel pudiera insistir en que hicieran las paces, Michael saltó sobre Philip e hicieron falta tres hombres más jóvenes que el presidente del club para separarles. El coronel ordenó a ambos salir de allí al instante, advirtiéndoles que se informaría de su comportamiento a la junta directiva en la próxima asamblea mensual, y que hasta entonces se les retiraba el carné.

Jeremy Howard, secretario del club, les escoltó hasta la calle y vio a Philip subir a su Rolls-Royce y alejarse tranquilamente por el camino y cruzar las verjas. Tuvo que esperar en las escaleras del club varios minutos hasta que Michael se fue en su Mini. Estaba sentado en el lado del conductor escribiendo algo, al parecer. Cuando al fin cruzó las verjas, el secretario giró sobre sus talones y volvió al bar. Lo que hicieran ambos una vez fuera del recinto del club no era de su incumbencia.

De nuevo en el club, el secretario descubrió que la conversación no había vuelto al probable ganador del Palo del Presidente, a la distribución para la copa del torneo femenino y a quién podría convencerse para que patrocinara el torneo juvenil de aquel año.

—Parecían muy animados cuando les pasé en el hoyo dieciséis esta mañana —informó el capitán del club al coronel.

El coronel confesó su desconcierto. Les conocía a los dos desde que habían ingresado en el club, unos quince años antes. No eran malos tipos, le aseguró al capitán; en realidad le caían bastante bien. Jugaban una partida de

golf todos los sábados por la mañana, desde que podía recordar, y no se sabía que hubieran intercambiado nunca una mala palabra.

—Es una lástima —se lamentó el coronel—. Pensaba pedirle a Masters que patrocinara este año el torneo juvenil.

—Buena idea; claro que ahora no sé cómo va a hacerlo.

—Es que no entiendo lo que se proponían.

—¿No será, simplemente, que Philip ha tenido muchísimo éxito y Michael pasa por una mala racha? —indicó el capitán.

—No; es más que eso —replicó el coronel—. El pequeño incidente de esta mañana exige una explicación más completa —añadió juiciosamente.

En el club todos sabían que Philip Masters había levantado su propio negocio de la nada tras dejar su primer trabajo como vendedor de cocinas. «Cocinas a medida» había empezado en un cobertizo al fondo del jardín de Philip y acabado en una fábrica al otro extremo de la ciudad, con más de trescientos empleados. Cuando la empresa se dio a conocer, las especulaciones de la prensa financiera indicaban que solo las acciones de Philip debían valer un par de millones. Cuando la empresa fue absorbida a los cinco años por el consorcio de John Lewis, todo el mundo supo que Philip había obtenido en el acuerdo un cheque de diecisiete millones de libras y un contrato por cinco años que habría complacido a una estrella pop. Había invertido parte de aquello en una casa georgiana con casi veinticinco hectáreas de terreno arbolado junto al Hazelmere: podía ver la pista de golf desde su dormitorio. Philip llevaba casado más de veinte años, y su esposa Sally era presidenta de la delegación regional del Fondo de Protección a la Infancia y juez de paz. Su hijo acababa de conseguir una plaza en la escuela St. Anne de Oxford.

Michael era el padrino del chico.

La trayectoria de Michael Gilmour había sido completamente distinta a la de Philip. Al salir de la escuela, en la que Philip había sido su mejor amigo, pasó de un trabajo a otro. Empezó como aprendiz con Whitneys, donde trabajó solo unos meses y se dedicó luego a trabajar como representante de una agencia de publicidad. Se había casado con su amor de la infancia, al igual que Philip. Su esposa, Carol West, era hija de un médico local.

Cuando nació su hija, Carol se quejaba de que Michael pasaba muchas

horas fuera de casa, así que dejó la publicidad y empezó a trabajar como director de distribución de una empresa local de refrescos. Este trabajo le duró dos años, hasta que ascendieron a su ayudante a director de zona, puesto por encima del suyo, y dejó el trabajo indignado. Tras su primera temporada cobrando el subsidio de paro, entró a trabajar en una empresa de empaquetado de cereales, donde descubrió que era alérgico al maíz, y, tras obtener un certificado médico que así lo confirmaba, obtuvo su primer cheque de indemnización. Entró entonces a trabajar con Philip como representante de su empresa de cocinas, puesto que abandonó sin ninguna explicación al mes de que la empresa fuera absorbida. Siguió otro período de desempleo y luego aceptó un empleo como director de ventas de una empresa que fabricaba hornos microondas. Al fin parecía haberse asentado hasta que, sin previo aviso, pasó al paro por reducción de personal. Era cierto que los beneficios habían bajado casi al cincuenta por ciento aquel año, mientras que los directores de la empresa lamentaban que Michael se marchara... o al menos eso decían en la revista de la empresa.

Carol no pudo disimular su disgusto cuando Michael se quedó sin trabajo por cuarta vez. Les habría ido bien el dinero extra, ahora que su hija tenía opción a una plaza en la escuela de arte.

Philip era el padrino de la niña.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó Carol nerviosa, cuando Michael le contó lo sucedido en el club.

—Solo puedo hacer una cosa. Después de todo, debo velar por mi reputación. Voy a demandar a ese cabrón.

—Es una forma espantosa de hablar de tu amigo más antiguo. Y de cualquier forma, no podemos permitirnos meternos en pleitos. Philip es millonario y nosotros no tenemos un penique.

—No hay más remedio. Tengo que hacerlo, aunque signifique venderlo todo.

—¿Aunque todos tengamos que padecer contigo?

—Ninguno de nosotros sufrirá cuando él tenga que pagar las costas más una cantidad colosal por daños y perjuicios.

—Pero puedes perder —dijo Carol—. Y entonces nos quedaríamos sin nada.

—Es imposible —replicó Michael—. Cometió el error de decir todo eso delante de testigos. Debía de haber unos cincuenta socios en el club, incluido el presidente y el director del periódico local, y todos oyeron hasta la última palabra.

Carol no estaba muy convencida, y fue un alivio para ella que en los días siguientes Michael no mencionara para nada el nombre de Philip. Esperaba que su marido hubiera recobrado el juicio y hubiera olvidado de una vez por todas aquel asunto.

Pero entonces el Hazelmere Chronicle decidió publicar su versión de la riña entre Michael y Philip. Bajo el titular:

RIÑA EN EL CLUB DE GOLF

Se daba un informe bien redactado de lo ocurrido el sábado anterior. El director del Hazelmere Chronicle sabía perfectamente que la conversación propiamente dicha era impublicable a menos que quisiera que le demandaran también a él, pero consiguió incluir en el artículo explicaciones suficientes para dar una idea bien aderezada de lo ocurrido aquella mañana.

—Esto es la gota que colma el vaso —dijo Michael al terminar de leer el artículo por tercera vez.

Carol ya no podía decir nada que detuviera a su marido.

El lunes siguiente, Michael se puso en contacto con el abogado local, Reginald Lomax, que había ido a la escuela con él y con Philip. Armado con el artículo, Michael informó a Lomax de la conversación que el Chronicle había considerado imprudente publicar con mucho detalle. Michael dio también a Lomax su propio informe detallado de lo ocurrido en el club aquella mañana, y le entregó cuatro hojas manuscritas para respaldar su demanda.

Lomax estudió detenidamente las notas.

—¿Cuándo escribiste esto?

—En el coche, nada más echarnos del club.

—Muy prudente por tu parte —dijo Lomax—. Muy prudente.

Contempló con expresión irónica a su cliente por encima de sus medias

gafas de lectura. Michael no hizo ningún comentario.

—Naturalmente, te das cuenta de que la ley es un pasatiempo caro — continuó Lomax—. Presentar una demanda por calumnia no te saldrá barato, y podrías perder incluso con pruebas tan concluyentes como estas. —Dio un golpecito en el bloc de notas que tenía ante sí—. La calumnia depende mucho de lo que recuerden las otras personas o, lo que es aún más importante, de lo que digan que recuerdan.

—Lo tengo muy en cuenta, pero estoy decidido a seguir adelante. Debía de haber más de cincuenta personas en el club aquella mañana y lo oyeron todo.

—Muy bien —concluyó Lomax—. Entonces necesitaré una provisión de cinco mil libras para las diligencias previas y para los preparativos del caso.

Por vez primera parecía que Michael vacilaba.

—Recuperables, por supuesto, pero solo si ganas el caso.

Michael sacó su talonario y escribió una cifra que, según reflexionó, solo cubriría el remanente de su indemnización por baja en el trabajo.

Lomax, de Davis y Lomax, presentaron al día siguiente la demanda por calumnia contra Philip Masters.

Al cabo de una semana, otra firma de abogados de la misma ciudad, con sede precisamente en el mismo edificio, aceptó la defensa.

Y en el club de golf, las discusiones y los comentarios sobre los pros y los contras del caso Gilmour contra Masters no cesaban a medida que pasaban las semanas.

Los socios del club susurraban furtivamente entre sí, preguntándose si les citarían para prestar declaración en el juicio. Muchos de ellos habían recibido ya cartas de Lomax, de la firma Davis y Lomax, pidiéndoles declaraciones sobre lo que podían recordar de las palabras pronunciadas por los dos hombres aquella mañana. Algunos alegaron amnesia o sordera, pero otros dieron informes detallados de la disputa. Animado, Michael presionó, con gran disgusto de Carol.

Aproximadamente un mes después del incidente, una mañana, cuando Carol ya se había ido al banco, Michael Gilmour recibió una llamada de Reginald Lomax. Los abogados de la parte demandada, le dijeron, habían solicitado un acto de conciliación.

—No te extrañará que lo hagan después de todas las pruebas que hemos conseguido, ¿verdad?

—Bueno, piensa que solo es una consulta —le recordó Lomax.

—Consulta o no consulta, no me conformaré con menos de cien mil libras.

—Bueno, ni siquiera sé si lo que ellos... —empezó a decir Lomax.

—Yo sí; y también sé que en las últimas once semanas ni siquiera he podido conseguir una entrevista para un trabajo por culpa de ese cabrón —dijo Michael con desprecio—. Ni un céntimo menos de cien mil libras, ¿me oyes?

—Creo que eres un poco optimista, dadas las circunstancias, pero ya te llamaré para comunicarte la respuesta de la otra parte en cuanto se celebre la reunión.

Michael comunicó a Carol las buenas noticias aquella noche, pero ella se mostró escéptica, como Reginald Lomax. El sonido del teléfono interrumpió su discusión sobre el asunto. Michael, con Carol de pie a su lado, escuchó con atención el informe de Lomax. Al parecer, Philip estaba dispuesto a pagar veinticinco mil libras y las costas de ambas partes.

Carol indicó con un cabeceo que aceptaba agradecida, pero Michael se limitó a repetir a Lomax que no aceptara menos de cien mil.

—¿No comprendes que Philip ya ha calculado lo que le costará si el caso acaba en el juzgado? Y él sabe perfectamente que no voy a ceder.

Carol y Lomax no estaban convencidos.

—No es tan seguro como te crees —le dijo el abogado—. Un jurado del tribunal superior podría interpretar que la disputa fue en broma.

—¿Broma? ¿Y qué me dices de la pelea que siguió a la broma?

—La iniciaste tú —le recordó Lomax—. Veinticinco mil es una cantidad considerable, dadas las circunstancias —añadió.

Michael se mantuvo en sus trece y puso fin a la conversación, repitiendo que quería las cien mil libras. Al cabo de dos semanas, la otra parte ofreció cincuenta mil a cambio de un acuerdo rápido. Esta vez Lomax no se extrañó cuando Michael rechazó de plano la propuesta.

—Una conciliación rápida sería pésima. Te he dicho que no aceptaré menos de cien mil.

A aquellas alturas, Lomax sabía que toda llamada a la prudencia sería predicar en el desierto.

Fueron necesarias otras tres semanas y varias llamadas más entre los abogados para que la otra parte aceptara que iba a tener que pagar las cien mil libras. Una noche, Reginald Lomax telefoneó a Michael para comunicarle las últimas noticias, procurando que pareciera que él mismo se había marcado un triunfo personal. Aseguró a Michael que podrían prepararse en seguida los documentos necesarios y firmarse el acuerdo en cuestión de días.

—Por supuesto se cubrirán todas las costas —añadió.

—Por supuesto.

—Así que ahora solo tienes que hacer una declaración indicando que estás de acuerdo.

Se redactó una breve declaración y, con la autorización de ambas partes, se envió al *Hazelmere Chronicle*. El periódico publicó el contenido el viernes siguiente en primera página.

La demanda por calumnia entre Gilmour y Masters —informaba el *Chronicle*— ha terminado con el acuerdo de ambas partes, pero solo tras el pago sin juicio de una suma sustancial por parte del demandado. Philip Masters se ha retractado de todo lo dicho aquella mañana en el club y ha presentado sus disculpas incondicionales; ha prometido también que no repetirá nunca lo que dijo. El señor Masters ha pagado todos los gastos del demandante.

Philip escribió aquel mismo día al coronel, admitiendo que quizá había bebido un poco más de la cuenta la mañana en cuestión. Lamentaba su comportamiento impetuoso, se disculpaba y aseguraba al presidente del club que no volvería a ocurrir.

Carol parecía la única persona a quien el resultado entristecía.

—¿Qué te pasa, cariño? —le preguntó Michael—. Hemos ganado y, lo que es más, esto resuelve nuestros problemas económicos.

—Lo sé. Pero ¿merece la pena perder a tu mejor amigo por cien mil libras?

El sábado siguiente por la mañana, Michael se sintió complacido al ver entre su correspondencia un sobre con el membrete del club de golf. Lo abrió con nerviosismo y sacó una sola hoja de papel. Decía:

Estimado Sr. Gilmour:

En la asamblea mensual de la junta directiva celebrada el pasado miércoles, el coronel Mather planteó la cuestión de su comportamiento en el salón del club el sábado, 16 de abril, por la mañana.

Se decidió hacer constar las quejas de muchos socios, pero en esta ocasión solo para imponerles a ambos una severa reprimenda. Si un incidente parecido volviera a repetirse, se les daría automáticamente de baja en el club.

La suspensión temporal impuesta por el coronel el 16 de abril, queda ahora levantada.

Suyo sinceramente,

*JEREMY HOWARD
(Secretario).*

—¡Salgo a comprar! —gritó Carol desde lo alto de las escaleras—. ¿Qué vas a hacer por la mañana?

—Voy a ir al club a jugar al golf —respondió Michael doblando la carta.

«Buena idea», se dijo Carol, preguntándose con quién jugaría Michael a partir de entonces.

Aquel sábado por la mañana, muy pocos socios se dieron cuenta de que Michael y Philip jugaban en el primer hoyo. El capitán del club comentó al coronel que le complacía ver que la disputa se había arreglado a satisfacción de todos.

—No a la mía —replicó el coronel—. Nadie puede emborracharse con zumo de tomate.

—Me gustaría saber de qué diablos pueden estar hablando —dijo el capitán del club observándoles atentamente por el ventanal.

El coronel alzó los prismáticos para verles mejor.

—Pero ¡qué estúpido! ¿Cómo es posible que fallaras un tiro suave a poco más de un metro? —preguntó Michael cuando llegaron al primer green—. Debes de estar borracho otra vez.

—Como muy bien sabes —repuso Philip—, nunca bebo antes de comer, así que te diré que la afirmación de que estoy otra vez borracho es una pura

calumnia.

—Sí, pero ¿dónde están tus testigos? —dijo Michael mientras avanzaba hacia el segundo hoyo—. Yo tenía más de cincuenta, no lo olvides.

Ambos se echaron a reír.

Su conversación versó sobre muchos temas mientras jugaban los ocho primeros hoyos, sin rozar nunca su pasada disputa, hasta que llegaron al green noveno, el más alejado del edificio del club. Los dos comprobaron que nadie podía oírles. El jugador más próximo estaba a unos doscientos metros, en el hoyo octavo. Y entonces Michael sacó un abultado sobre de su bolsa de golf y se lo entregó a Philip.

—Gracias. —Philip lo dejó caer en su propia bolsa de golf a la vez que sacaba un palo para tiros suaves—. Hacía mucho que no realizaba una operacioncita tan limpia —añadió, dándole a la pelota.

—Yo saco cuarenta mil libras —dijo Michael con una mueca irónica— y tú no pierdes nada.

—Solo porque yo pago el porcentaje máximo de impuestos y puedo incluirlo como gasto legal por negocios —dijo Philip—. Y no habría podido hacerlo si no te hubiera dado una vez trabajo.

—Y yo, como litigante vencedor, no he de pagar ningún impuesto por los daños y perjuicios percibidos por una causa civil.

—Un resquicio legal que ni siquiera este ministro ha visto —comentó Philip.

—Aunque fueran a parar a Reggie Lomax, lamenté las minutas de los abogados —añadió Michael.

—No hay problema, amigo. También desgravan al ciento por ciento. Como ves, no perdí un céntimo y tú sacaste cuarenta mil libras libres de impuestos.

—Y todos sin enterarse —le contestó Michael riéndose.

El coronel volvió a guardar los prismáticos en su estuche.

—¿Miraba al ganador de este año del Palo del Presidente, coronel? —preguntó con interés el capitán del club.

—No —repuso el coronel—. Al patrocinador seguro del torneo juvenil de este año.

CHRISTINA ROSENTHAL

El rabino sabía que no iba a poder empezar su sermón sin antes haber leído la carta. Llevaba más de una hora sentado a su escritorio, ante la hoja en blanco, y aún no había escrito ni la primera frase. Últimamente era incapaz de concentrarse en una tarea que venía realizando todos los viernes por la noche desde hacía treinta años. Ya tenían que haberse dado cuenta de que no estaba a la altura. Sacó la carta del sobre y desdobló despacio las hojas. Se colocó luego las medias gafas de lectura en el puente de la nariz, y empezó a leer.

Queridísimo padre:

«¡Judío, judío, judío!» eran las primeras palabras que le oía decirme cada vez que pasaba delante de ella en el primer trecho. Estaba siempre detrás de la barrera, junto a la línea de salida, con las manos haciendo bocina para asegurarse de que la oían bien. Debía de venir de otro colegio porque no la conocía, pero me bastó una mirada fugaz para ver que Greg Reynolds estaba a su lado.

Después de cinco años de aguantar sus comentarios sarcásticos y sus abusos en el colegio, deseaba con todas mis fuerzas contestarle: «Nazi, nazi, nazi», pero tú me enseñaste que debía mantenerme siempre por encima de tal provocación.

Procuré no pensar en ninguno de los dos. Hacía muchos años que soñaba con ganar los campeonatos del instituto West Mount y no estaba dispuesto a permitir que me lo impidieran.

Al completar la segunda vuelta, le dediqué una mirada más atenta. Estaba en el centro de un grupo de amigas que llevaban las bufandas del colegio Marianapolis. Debía de tener unos dieciséis años y era tan esbelta como un

sauce. Me pregunto si me habrías castigado si le hubiera gritado: «¡Pecho plano, pecho plano!», para ver si eso provocaba al chico que estaba a su lado a pelear. Luego podría haberte dicho, sin mentir, que él lanzó el primer golpe; claro que en cuanto te hubiera dicho que se trataba de Greg Reynolds habrías comprendido que hacía falta bien poco para provocarle.

Al completar otra vuelta me dispuse a oír de nuevo los cantos. Los cantos en las competiciones se habían puesto de moda a finales de los cincuenta, cuando en los estadios de todo el mundo gritaban «¡Za-to-pek! ¡Za-to-pek! ¡Za-to-pek!» al gran campeón checo. Pero a mí no me gritarían «¡Rosenthal! ¡Rosenthal! ¡Rosenthal!» cuando pasara a su altura.

«¡Judío! ¡Judío! ¡Judío!», gritaba ella, como un disco rayado. Su amigo Greg se echó a reír. Me constaba que él le había dado la idea, y no sabes cuánto me hubiera gustado borrarle aquella sonrisa estúpida de la cara. Llegué a la señal de la media milla en dos minutos diecisiete segundos, tranquilamente al ritmo necesario para batir el récord del colegio; pensé que era la mejor forma de poner en su sitio a la chica insolente y al fascista Reynolds. Al mismo tiempo, no podía dejar de pensar lo injusto que resultaba aquello. Yo era canadiense auténtico, nacido y criado en este país, mientras que ella era una inmigrante. Después de todo, tú, padre, escapaste de Hamburgo en 1937 y empezaste partiendo de nada. Los padres de ella llegaron a estas costas hacia 1949, cuando tú ya eras una persona respetada en la comunidad.

Rechiné los dientes e intenté concentrarme. Zatopek decía en su autobiografía que ningún corredor puede permitirse perder la concentración en una carrera. Cuando llegué a la penúltima vuelta, el inevitable cántico empezó de nuevo, pero esta vez solo me hizo ganar velocidad e incluso determinación para batir el récord. En cuanto alcancé la seguridad de la recta final, pude oír a algunos de mis amigos rugiendo: «Vamos, Benjamín, puedes conseguirlo», y el cronometrador gritó: «Tres veintitrés, tres veinticuatro, tres veinticinco», cuando inicié la última vuelta.

Sabía que el récord (cuatro treinta y dos) estaba ahora totalmente a mi alcance, y de pronto tuve la sensación de que todas aquellas noches de invierno entrenando habían merecido la pena. Cuando llegué al tramo final, tomé la delantera y sentí, incluso, que de nuevo podía mirar a la chica de

frente. Me concentré para el último esfuerzo. Una mirada rápida por encima del hombro me confirmó que llevaba metros de ventaja a los demás corredores, así que solo era una cuestión entre yo y el reloj. Entonces oí el cántico, pero esta vez aún más fuerte: «¡Judío, judío, judío!». Era más fuerte porque ahora cantaban los dos al unísono, y justamente cuando tomaba la curva, Reynolds alzó el brazo en un flagrante saludo nazi.

Si hubiera seguido otros veinte metros habría alcanzado la seguridad de la recta final y los vítores de mis amigos, la copa y el récord. Pero la rabia acumulada era tal que ya no pude controlarme.

Salí precipitadamente de la pista y crucé el prado hacia el hoyo del salto de longitud, derecho hacia ellos. Al fin, mi loca decisión interrumpió sus cánticos porque Reynolds bajó el brazo y se quedó mirándome con expresión patética desde detrás de la pequeña barrera que rodeaba el perímetro de la pista. La salté y aterricé delante mismo de mi adversario. Descargué un golpe potentísimo con toda la energía que había guardado para la recta final. Le di unos milímetros debajo del ojo izquierdo; se dobló y se desplomó en el suelo junto a ella. Ella se arrodilló a mi lado y, alzando la vista, me lanzó una mirada de odio tal que ninguna la hubiera igualado. Convencido de que Greg ya no se levantaría, volví despacio a la pista cuando los últimos corredores tomaban la curva final.

«Otra vez el último, judío», le oí gritar cuando entraba despacio en la meta, tan lejos de los otros que ni siquiera se molestaron en registrar mi tiempo.

Muchas veces desde entonces me has citado aquellas palabras: «Pero lo he soportado con paciente indiferencia, pues la resignación es el símbolo de toda nuestra tribu». Desde luego tenías razón, pero entonces yo solo contaba diecisiete años, y ni siquiera después de saber la verdad sobre el padre de Christina podía entender que alguien que había llegado de una Alemania vencida, una Alemania condenada por el resto del mundo por su trato a los judíos, siguiera comportándose así. Y entonces yo creía de verdad que su familia era nazi, aunque recuerdo que me explicaste con paciencia que su padre había sido almirante de la armada alemana y que había ganado una cruz de hierro por hundir barcos aliados. ¿Recuerdas que te preguntaba cómo podías soportar a un hombre así, permitirle siquiera que se instalara en

nuestro país?

Y tú me asegurabas que el almirante Von Braumer, que procedía de una vieja familia católica y que seguramente despreciaba a los nazis tanto como nosotros, había cumplido siempre honorablemente con su deber de oficial y caballero como marino alemán. Pero yo seguía sin aceptar tu actitud, o sin querer aceptarla.

No sirvió de nada, padre, que tú siempre tuvieras en cuenta el punto de vista de los otros, que fueras capaz de perdonar a aquellos cabrones, pese a que mi madre hubiera muerto prematuramente por su causa.

Si hubieras nacido cristiano, llegarías a santo.

El rabino dejó la carta sobre la mesa y se frotó los ojos cansados antes de volver otra hoja escrita con aquella letra delicada que hacía tantos años había enseñado a hacer a su único hijo. Benjamin siempre lo aprendió todo de prisa, desde las escrituras hebreas hasta las ecuaciones algebraicas complejas. El anciano había albergado la esperanza de que el chico se hiciera rabino.

¿Recuerdas que aquella tarde te pregunté por qué no podía entender la gente que el mundo había cambiado? ¿Es que aquella chica no comprendía que ella no era mejor que nosotros? Jamás olvidaré tu respuesta. Ella es mucho mejor que nosotros, me dijiste, si la única forma en que puedes demostrar tu superioridad es dando un puñetazo a su amigo.

Volví a mi cuarto indignado por tu debilidad. Eso fue muchos años antes de que llegara a comprender tu fortaleza.

Cuando no estaba corriendo por aquella pista, me concentraba en conseguir una beca para McGill, y no tenía tiempo para nada más, así que fue una sorpresa que ella volviera a cruzarse en mi camino tan pronto.

Aproximadamente una semana después volví a verla en la piscina local. Cuando llegué, estaba en la parte más honda, debajo mismo del trampolín. El largo cabello rubio le flotaba sobre los hombros, y sus ojos brillantes captaban ávidamente cuanto ocurría a su alrededor. Greg estaba con ella. Me complació notar un cardenal oscuro todavía bajo su ojo izquierdo, donde todos podían verlo. Recuerdo también que me reí solo porque ella era realmente la chica de dieciséis años con el pecho más plano que yo había visto, aunque he de confesar que tenía unas piernas preciosas. A lo mejor es rara, me dije. Me di la vuelta para ir a los vestuarios (una fracción de

segundo, antes de tocar el agua). Cuando emergí para respirar, no había rastro alguno de la persona que me había tirado; solo un grupo de rostros risueños, pero inocentes. Claro que no hacía falta ser muy listo para saber quién tenía que haber sido; pero como tú me recordabas continuamente, padre, sin evidencia no hay prueba. No me habría importado mucho que me hubieran tirado al agua si no hubiera llevado puesto mi mejor traje; en realidad mi único traje de pantalones largos, el que me ponía para ir a la sinagoga.

Salí del agua pero no perdí el tiempo buscándole. Estaba seguro de que Greg ya se habría marchado hacía rato. Volví a casa por calles laterales, no cogí el autobús para que no me viera alguien que pudiera contarte el lastimoso estado en que me hallaba. Al llegar a casa pasé sigilosamente junto a tu estudio y subí a mi cuarto a cambiarme. Tú no te enteraste de lo sucedido.

El viejo Isaac Cohen me lanzó una mirada indignada cuando llegué a la sinagoga una hora tarde y con vaqueros y chaqueta de lana.

A la mañana siguiente llevé el traje a la tintorería. Me costó la paga de tres semanas conseguir que no te enteraras de lo sucedido en la piscina.

El rabino miró la foto de su hijo a los diecisiete años, con aquel traje de la sinagoga. Recordaba perfectamente a Benjamín llegando al servicio religioso con vaqueros y chaqueta de punto, y la muda reprimenda de Isaac Cohen. El rabino le estaba agradecido al señor Atkins, el instructor de la piscina, que le había telefonado para decirle lo que había pasado aquella tarde, así que él no se sumó a la reprimenda del señor Cohen. Se quedó un buen rato contemplando la fotografía antes de reanudar la lectura de la carta.

Volví a ver a Christina (para entonces ya sabía su nombre) en el baile de fin de curso, que se celebró en el gimnasio del colegio. Yo creía estar muy elegante con mi traje pulcramente planchado, hasta que vi junto a ella a Greg con un esmoquin nuevo. Greg había conseguido una plaza en McGill y lo estaba pregonando a los cuatro vientos; eso me hizo empeñarme más todavía en conseguir la beca al curso siguiente.

Miré detenidamente a Christina. Llevaba un vestido largo, rojo, que cubría completamente sus hermosas piernas. Un delicado cinturón dorado realzaba su fina cintura, y la única joya que llevaba era un sencillo collar de oro. Sabía que si esperaba un poco más no tendría valor para hacerlo. Cerré

los puños, me dirigí a donde estaban sentados y, como tú me enseñaste, padre, me incliné ligeramente antes de preguntar: «¿Me concedes el placer de este baile?».

Me miró fijamente a los ojos. Juro que si me hubiera pedido que saliera a matar a mil hombres antes de pedírselo otra vez, lo habría hecho.

Ella ni siquiera habló, pero Greg se inclinó sobre su hombro y me dijo: «¿Por qué no vas a buscarte una agradable chica judía?». Me pareció que ella fruncía el entrecejo ante este comentario, pero me ruboricé como si me hubieran pillado con las manos en el tarro de los dulces. No bailé con nadie aquella noche. Salí inmediatamente del gimnasio y volví a casa.

Entonces estaba convencido de que la odiaba.

Aquella última semana de clases batí el récord de la carrera de una milla. Tú estabas allí para verme, pero, gracias al cielo, ella no fue. Aquellas vacaciones fuimos a Ottawa a pasar el verano con tía Rebecca. Un amigo del colegio me contó que Christina había pasado las suyas en Vancouver con una familia alemana. Al menos Greg no la acompañó, me aseguró mi amigo.

Tú seguías recordándome la importancia de una buena formación, pero no era necesario porque, cada vez que veía a Greg, me reafirmaba en mi determinación de conseguir, por todos los medios, aquella beca.

Me esforcé todavía más en el verano del 65, cuando me explicaste que para un canadiense una plaza en McGill era como ir a Harvard u Oxford, y que me despejaría el camino para toda la vida.

Por primera vez en mi vida, las carreras pasaron a segundo plano.

Aunque no vi mucho a Christina aquel curso, pensaba en ella con frecuencia. Un compañero me contó que ya no salía con Greg, pero no supo explicarme por qué. Yo tenía entonces una medio novia que se sentaba siempre al otro lado en la sinagoga (Naomi Goldblatt, ¿te acuerdas?), aunque fue ella quien me pidió que saliéramos.

Al acercarse los exámenes, te agradecí que siempre encontraras tiempo para repasar mis trabajos y pruebas cuando las había acabado. Lo que tú no podías saber es que siempre volvía a mi cuarto para hacerlos por tercera vez. Muchas veces me quedaba dormido sobre la mesa. Cuando me despertaba, pasaba hoja y seguía leyendo.

Ni siquiera tú, padre, que no tienes ni un ápice de vanidad, pudiste

disimular ante tu congregación el orgullo que te proporcionaron mis ocho sobresalientes y la concesión de una beca completa para McGill. Yo me preguntaba si lo sabría Christina. Debía de saberlo. Durante la semana siguiente, mi nombre figuró en el cuadro de honor en la hoja dorada, así que alguien se lo habría dicho.

Volví a verla unos tres meses después, cuando ya estaba estudiando en McGill. ¿Recuerdas que me llevaste a ver Santa Juana al teatro Centaur? Pues allí estaba ella, unas filas delante de nosotros, con sus padres y un estudiante de segundo que se llamaba Bob Richards. El almirante y su esposa parecían remilgados y muy severos, pero no hostiles. En el intermedio vi que ella reía y bromeaba con ellos. Era evidente que lo había pasado bien. Yo casi no vi Santa Juana, y, aunque no podía apartar los ojos de Christina, ella ni siquiera se dio cuenta. Deseé estar en el escenario interpretando el Delfín; así habría tenido que mirarme.

Cuando cayó el telón, ella y Bob Richards dejaron a sus padres y se fueron. Les seguí al vestíbulo y a la calle y les vi subir a un Thunderbird en el aparcamiento de coches.

A partir de aquel momento, pensaba en ella cuando entrenaba, cuando estudiaba y hasta cuando dormía. Averigüé cuanto pude de Bob Richards y supe que le caía bien a todo el mundo.

Por primera vez en mi vida, me pareció horrible ser judío.

Cuando volví a ver a Christina, me asusté al pensar en lo que podría ocurrir. Fue en la meta de salida de la carrera de una milla contra la Universidad de Vancouver, y yo había tenido la gran suerte de que me seleccionaran para representar a McGill siendo novato. Cuando salí a la pista para calentarme, la vi sentada con Richards en la tercera fila del estrado. Estaban cogidos de la mano.

Yo era el último cuando sonó el disparo de salida, pero al dar la vuelta avancé a quinta posición. Era el público más numeroso ante el que yo había corrido, y cuando llegué a la recta final esperaba oír el cántico «¡Judío, judío, judío!». Me pregunté si se habría dado cuenta de que participaba en la carrera. Sí que me había visto, porque cuando tomé la curva oí su voz con toda claridad: «¡Vamos, Benjamin, tienes que ganar!», me gritó.

Tomé la delantera porque todo lo que quería era volver a donde estaba

ella. Seguí sin pensar quién estaba detrás, y cuando pasé a su lado por tercera vez iba varios metros por delante de los demás corredores. «¡Vas a ganar!», gritó cuando yo corría para alcanzar la meta en tres minutos ocho segundos: once segundos menos que mi propio récord. Me dije que los manuales de entrenamiento tendrían que explicar que el amor puede hacer ganar dos o tres segundos en cada vuelta completa de pista...

La estuve mirando durante todo el recorrido de vuelta, y cuando entré en la curva final por última vez la multitud se puso en pie. Me volví a buscarla. Ella saltaba y gritaba: «¡Cuidado! ¡Cuidado!», y yo no lo entendí hasta que me alcanzó por la parte interior el número uno de Vancouver, de cuya potencia final, bien conocida, el entrenador ya me había advertido. Entré perplejo en la meta unos metros detrás de él, en segundo lugar, pero seguí corriendo hasta sentirme a salvo en los vestuarios. Me senté solo junto a mi taquilla. Cuatro minutos diecisiete, me dijo alguien. Seis segundos menos que mi propio récord. No era ningún consuelo. Estuve un buen rato en la ducha, tratando de averiguar por qué habría cambiado ella de actitud.

Volví a la pista; solo quedaba por allí el personal del campo. Eché una última ojeada a la meta antes de encaminarme hacia la biblioteca Forsyth. No me sentía con fuerzas para soportar la habitual reunión del equipo, así que intenté calmarme escribiendo un trabajo sobre los derechos de propiedad de las mujeres casadas.

Aquel sábado por la tarde la biblioteca estaba casi vacía, y yo iba bastante adelantado por la página tercera cuando oí una voz que decía: «No quiero interrumpirte, pero no viniste a Joe's». Alcé la vista y vi a Christina al otro lado de la mesa. No sabía qué decir, padre. Sencillamente me quedé mirando a aquella hermosa criatura. Llevaba una elegante minifalda azul y un suéter ajustado que realzaba sus perfectísimos senos, y no dije nada.

—Yo soy la que te gritaba «¡Judío!» en el instituto. Es algo de lo que siempre me he avergonzado. Quena disculparme en el baile de tu promoción, pero con Greg delante no fui capaz de reunir el valor necesario —asentí, dándole a entender que lo comprendía; no se me ocurría nada apropiado que decirle—. No volví a hablar con él, pero supongo que ni siquiera le recuerdas.

Me limité a sonreír.

—¿Te apetece un café? —le pregunté, procurando dar la impresión de que me tenía sin cuidado que contestara «lo siento, tengo que volver con Bob».

—Me encantaría —dijo.

La llevé a la cafetería de la biblioteca, que era cuanto podía permitirme entonces. Ella nunca se molestó en contarme lo que había pasado con Bob Richards, y yo nunca se lo pregunté.

Parecía saber tanto sobre mí que me sentía violento. Me pidió que le perdonara lo que había gritado en la pista aquel día, dos años antes. No dio ninguna excusa ni echó la culpa a ninguna otra persona; sencillamente se limitó a pedirme que la perdonara.

Me dijo que iba a empezar a estudiar en McGill en septiembre, que se iba a especializar en alemán. «No es nada extraño —aclaró—; se trata de mi lengua nativa».

Pasamos el resto del verano juntos. Volví a ver Santa Juana y hasta hicimos cola para una película llamada Doctor No, que todo el mundo veía entonces. Trabajábamos juntos, comíamos juntos, jugábamos juntos, pero dormíamos solos.

No te hablé mucho de Christina entonces, aunque hubiera jurado que sabías cuánto yo la amaba; nunca pude ocultarte nada. Y después de todas tus enseñanzas sobre el perdón y la comprensión, no podías reprobarlo.

El rabino hizo una pausa. Sentía una gran angustia, pues sabía por lo que tendría que pasar aún, aunque no era capaz de predecir lo que ocurriría al final. Nunca pensó que viviría para lamentar su formación ortodoxa, pero cuando la señora Goldblatt le habló por primera vez de Christina, no pudo ocultar su disgusto. «Con el tiempo se le pasará», le había dicho. ¡Qué sagacidad!

Cuando iba a casa de Christina me trataban con cortesía, pero su familia no podía disimular su disgusto. Decían cosas que no pensaban, intentando demostrar que no eran antisemitas, y cuando yo sacaba el tema a colación, Christina me decía que los suyos estaban especialmente sensibilizados y a la defensiva. Los dos sabíamos que no era cierto. Sus padres simplemente no me consideraban digno de su hija. Y estaban en lo cierto, aunque eso nada tuviera que ver con el hecho de ser judío.

Jamás olvidaré la primera vez que hicimos el amor. Fue el día en que Christina supo que le habían concedido una plaza en McGill.

Fuimos al cuarto a las tres a cambiarnos para jugar al tenis. La tomé en mis brazos por lo que creía iba a ser un instante, y no nos separamos hasta la mañana siguiente. NO lo habíamos planeado en absoluto. Pero ¿cómo podíamos haberlo hecho, siendo la primera vez para ambos? Le dije que me casaría con ella. ¿Acaso no lo dicen todos los hombres la primera vez? Pero yo sí pensaba hacerlo.

A las pocas semanas tuvo una falta. Le supliqué que no se asustara y ambos esperamos un mes, porque temía que la viera un médico de Montreal.

Tal vez si entonces te lo hubiera contado todo a ti, padre, mi vida hubiera tomado otro rumbo. Pero no lo hice, y nadie más que yo tiene la culpa.

Empecé a hacer planes para casarnos, que ni la familia de Christina ni tú habríais considerado aceptables, pero no nos importaba. El amor no reconoce padres y, por supuesto, tampoco religión. Cuando tuvo la segunda falta, acepté que ella debía decírselo a su madre. Le pregunté si quería que la acompañara, pero se limitó a negar con un gesto y dijo que, según creía, debía afrontarlo sola.

«Esperaré aquí a que vuelvas», le prometí.

«Volveré antes incluso de que tengas tiempo de cambiar de idea respecto a lo de casarte conmigo», me dijo, sonriendo.

Aquella tarde me quedé en mi cuarto de McGill, leyendo y paseando (sobre todo paseando), pero ella no volvió y yo no salí a buscarla hasta que se hizo de noche. Fui entonces a su casa, intentando convencerme de que habría alguna explicación sencillísima para excusar su retraso.

Cuando llegué a su calle, vi luz en su dormitorio. El resto de la casa estaba a oscuras; por ello supuse que estaría sola. Crucé la cancela y me dirigí al porche principal, llamé a la puerta y esperé.

Abrió su padre.

«¿Qué quieres?», me preguntó, mirándome fijamente.

«Amo a su hija —le dije— y deseo casarme con ella».

«Ella jamás se casará con un judío», dijo, y cerró la puerta.

Recuerdo que no dio un portazo; se limitó a cerrarla, lo cual, de alguna forma, fue todavía peor.

Me quedé en la calle mirando a su habitación más de una hora, hasta que apagaron las luces. Luego, volví a casa caminando. Recuerdo que lloviznaba aquella noche y había poca gente en las calles. Intentaba decidir lo que iba a hacer, aunque la situación me parecía desesperada. Aquella noche me acosté deseando que se produjera un milagro. Había olvidado que los milagros son para los cristianos, no para los judíos.

Pero a la mañana siguiente, había elaborado un plan. Telefoneé a casa de Christina y casi cuelgo cuando oí la voz al otro lado de la línea.

«Señora Von Braumer», dijo su madre.

«¿Está Christina?», pregunté, en un susurro.

«No, no está», me contestó, en un tono impersonal, controlado.

«¿Cuándo volverá?», pregunté.

«Estará un tiempo fuera», respondió, y la comunicación se cortó.

«Un tiempo» se convirtió en un año. Escribí, telefoneé, pregunté a amigos del colegio y de la universidad, pero no pude averiguar adonde la habían llevado.

Después, un día, sin previo aviso, ella regresó a Montreal, acompañada de su marido y de mi hijo. Me enteré de los más amargos detalles por esa fuente de todos conocida, Naomi Goldblatt, que ya los había visto a los tres.

Al cabo de una semana, recibí una breve nota de Christina, suplicándome que no intentara ponerme en contacto con ella.

Había iniciado mi último curso en McGill y respeté al pie de la letra sus deseos como un caballero del siglo dieciocho, concentrando todas mis energías en los exámenes finales. Pero seguía pensando en ella y consideré una suerte que a final de curso me ofrecieran una plaza en la Facultad de Derecho de Harvard.

El 12 de septiembre de 1968, partí hacia la ciudad de Boston.

Te habrás preguntado por qué no fui a casa ni una sola vez durante aquellos tres años. Sabía que estabas disgustado. Gracias a la señora Goldblatt, todo el mundo sabía quién era el padre del hijo de Christina, y yo creía que mi ausencia forzosa te haría más llevadera la vida.

El rabino hizo una pausa, recordando cómo se lo había contado todo la señora Goldblatt, que había considerado «su deber» hacerlo.

«Eres una vieja chismosa y entrometida», le había dicho él. Y el sábado

siguiente se había trasladado a otra sinagoga, dejando que todos en la ciudad supieran la razón.

Estaba más indignado consigo mismo que con Benjamin. Tendría que haber ido a Harvard y convencer a su hijo de que su amor por él no había cambiado en absoluto. ¡Vaya una capacidad de perdón!

Volvió a la carta.

Durante aquellos años en la Facultad de Derecho, tuve muchos amigos de ambos sexos, pero pocas veces conseguía apartar a Christina de mi mente más de unas horas seguidas. Mientras estuve en Boston le escribí unas cuarenta cartas, pero no eché ninguna al correo. Incluso le telefoneé, pero ella nunca contestó. Ni siquiera sé si le hubiera dicho algo si hubiera descolgado. Solo quería oír su voz.

¿Alguna vez sentiste curiosidad por las mujeres de mi vida? Tuve relaciones con mujeres brillantes de Radcliffe, que se estaban especializando en leyes, historia o ciencias, y una vez con una dependienta que nunca había leído nada. ¿Puedes imaginar lo que es el acto mismo de hacer el amor pensando siempre en otra mujer? Era como si funcionara maquinalmente. Hasta mi pasión por correr se redujo a una hora diaria de carrera lenta.

Mucho antes de que acabara el último curso, los principales despachos de abogados de Nueva York, Toronto y Chicago fueron a entrevistarnos. Se contaba con que el tam tam de Harvard resonara en todo el mundo, pero hasta a mí me sorprendió la visita del socio mayoritario de Graham Douglas Wilkins, de Toronto. No es precisamente una firma conocida por sus abogados judíos, pero me gustaba la idea de que su membrete dijera un día GRAHAM DOUGLAS WILKINS ROSENTHAL. Eso le habría impresionado incluso al padre de ella.

Me convencí de que si vivía y trabajaba en Toronto, estaría lo bastante lejos para olvidarla, y de que tal vez, con un poco de suerte, encontraría a otra mujer a la que amar de forma parecida.

Graham Douglas Wilkins me proporcionó un apartamento espacioso que daba al parque, y me asignó un sueldo inicial estupendo. A cambio, yo trabajaba todas las horas que hizo Dios (quienquiera que sea). Si creía que en McGill o en Harvard me habían apretado, padre, resultó que solo había sido un ensayo para el mundo real. No me quejaba. El trabajo era interesante y las

recompensas, muy superiores a lo que había esperado. Pero cuando podía permitirme un Thunderbird ya no lo deseaba.

Hubo otras mujeres en mi vida, mujeres que llegaban y se iban en cuanto hablaban de matrimonio. Las judías solían sacar el tema al cabo de una semana; creo que las gentiles tardaban un poquito más. Viví durante un tiempo con una de ellas, Rebecca Wertz; pero también aquella relación terminó... un jueves.

Aquel jueves por la mañana, cuando iba en coche al despacho (debían de ser algo más de las ocho, porque se me había hecho tarde), vi a Christina en la otra acera de la carretera atestada. Nos separaba una barrera. Ella estaba en la parada de autobús y llevaba a un niño de unos cinco años... mi hijo.

El denso tráfico de la mañana me permitió demorarme un poco más y mirarles, incrédulo. Deseaba mirarles a los dos a la vez. Ella llevaba un abrigo largo y ligero que permitía ver que conservaba la figura. Tenía aquella expresión serena suya que me recordó por qué no podía dejar casi nunca de pensar en ella. Su hijo (nuestro hijo) iba enfundado en un abrigo de paño demasiado grande para él y llevaba en la cabeza una gorra de béisbol que me indicó que su equipo era el de los Dolphins de Toronto. Por desgracia, no pude observar a quién se parecía. Recuerdo que pensé: «No podéis estar en Toronto. Se supone que vivís en Montreal». Por el retrovisor lateral les vi subir al autobús. Aquel jueves debí de ser un asesor pésimo para todos los clientes que me consultaron.

La semana siguiente pasé por aquella calle todas las mañanas a la misma hora que les había visto esperando el autobús, pero no volví a verlos. Empecé a preguntarme si no me habría imaginado toda la escena. Y entonces vi de nuevo a Christina cuando cruzaba la ciudad después de visitar a un cliente. Iba sola y frené de golpe al verla entrar en una tienda de Bloor Street. Esta vez aparqué en doble fila y crucé a toda prisa la calle, sintiéndome como el detective privado que se pasa la vida espionando por los ojos de las cerraduras.

Me sorprendió lo que vi: no iba de compras a una hermosa tienda de ropa, sino que aquel era su lugar de trabajo.

Vi que estaba atendiendo a una clienta y volví a toda prisa al coche. En cuanto llegué al despacho, pregunté a mi secretaria si conocía una tienda que se llamaba Willing's.

Se echó a reír.

«Tiene que pronunciarse en alemán: la W, como una V —me explicó—. O sea que se pronuncia Villing's. Si estuviera usted casado, sabría que es la tienda de ropa más cara de la ciudad», añadió.

«¿Sabe usted algo más de ese sitio?», le pregunté, procurando adoptar un tono indiferente.

«No mucho. Solo que la propietaria es una señora alemana rica, la señora de Klaus Willing, de la que suelen hablar las revistas femeninas».

No tuve que hacer más preguntas a mi secretaria y no te molestaré a ti, padre, con mi trabajo detectivesco. Pero con la escasa información que conseguí, no me costó mucho averiguar dónde vivía Christina ni enterarme de que su marido era director de BMW en ultramar y de que solo tenían un hijo.

El anciano rabino respiró hondo mirando el reloj de su escritorio, más por hábito que por saber la hora. Hizo una breve pausa y siguió leyendo.

¡Qué orgulloso se había sentido entonces de su hijo abogado! ¿Por qué no había dado él el primer paso hacia la reconciliación? ¡Cuánto le habría gustado conocer a su nieto!

Mi última decisión no exige una especial agudeza legal, solo un poco de sentido común; aunque el abogado que se asesora a sí mismo tiene, sin duda, a un necio por cliente. Decidí que el contacto tenía que ser directo, y creía que el único método que Christina aceptaría era una carta.

El lunes por la mañana redacté un mensaje sencillo, y después de reescribirlo varias veces, telefoneé a los mensajeros y dije que lo entregaran en mano al destinatario. Cuando el joven mensajero salió con la carta, deseé seguirle para cerciorarme de que se entregaba a la persona adecuada. Aún lo recuerdo textualmente.

Querida Christina:

Debes saber que vivo y trabajo en Toronto. ¿Podemos vernos esta semana? Te esperaré en el vestíbulo del hotel Royal York todas las tardes de seis a siete. Te aseguro que si no apareces nunca volveré a molestarte.

BENJAMÍN

Aquella primera tarde llegué media hora antes. Recuerdo que me senté en el salón amplio e impersonal junto al vestíbulo principal y pedí un café.

«¿Espera usted a alguien, señor?», me preguntó el camarero.

«No sé si vendrá», le dije. Ella no apareció, pero yo me quedé hasta las siete cuarenta.

El jueves, el camarero no me preguntó si esperaba a alguien; me senté solo y dejé que la taza de café se enfriara. Miraba el reloj cada pocos minutos. El corazón me daba un vuelco cada vez que entraba una mujer de cabello rubio. Pero nunca era la mujer que yo esperaba.

Y el viernes, poco antes de las siete, vi a Christina en el umbral de la puerta. Llevaba un elegante traje azul abotonado casi hasta el cuello y una blusa blanca; parecía que acudiera a una entrevista de negocios. El cabello rubio, largo, que llevaba recogido atrás, le daba un aire severo; pero por mucho que se esforzara, no podía ocultar su belleza. Me levanté y le hice una seña. Se acercó con presteza y se sentó a mi lado. No nos besamos ni nos dimos la mano.

«Gracias por haber venido», le dije, tras un largo silencio.

«No debía de haberlo hecho, ha sido una estupidez».

Seguimos en silencio un buen rato.

«¿Quieres café?», le pregunté.

«Sí, gracias».

«¿Solo?».

«Sí».

«No has cambiado».

¡Qué vacía le hubiera parecido nuestra conversación a cualquiera que nos hubiera escuchado!

Tomó el café.

La habría estrechado entonces en mis brazos, pero ¿cómo iba a saber que eso era precisamente lo que ella deseaba? Hablamos unos minutos de temas intrascendentes, evitando que nuestros ojos se encontraran, hasta que de pronto yo dije:

«¿Te das cuenta de que aún te amo?».

Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras me decía: «Claro que me doy cuenta. Y yo siento por ti exactamente lo mismo ahora que el día que nos

separamos. Y no olvides que yo tengo que verte todos los días, en Nicholas».

Se inclinó hacia delante y me habló casi en un susurro. Me contó la reunión con sus padres como si hubiera sido el día antes, como si no hubieran pasado cinco años, como si nunca hubiéramos estado separados. Su padre no se había indignado al saber que estaba embarazada, pero al día siguiente la familia se marchó a Vancouver. Fueron a casa de los Willing, una familia de Munich, viejos amigos de los Von Braumer. Su hijo Klaus siempre había estado enamorado de Christina y no le importó que estuviera embarazada ni que no sintiera nada por él. Estaba convencido de que todo se arreglaría con el tiempo.

Pero no fue así, porque era imposible. Christina supo siempre que por mucho que Klaus se empeñara no funcionaría. Incluso se habían ido de Montreal para ver si el cambio facilitaba las cosas. Klaus le compró la tienda en Toronto y le proporcionaba todo lo que se podía conseguir con dinero; pero no sirvió de nada. Su matrimonio era una farsa evidente. Y como no querían disgustar más a sus respectivas familias divorciándose, habían llevado vidas separadas en los últimos años.

En cuanto acabó de contarme su historia, le acaricié la mejilla; ella me agarró la mano y me la besó. Y desde aquel momento, pasamos juntos todo nuestro tiempo libre, de día y de noche. Fue el año más feliz de mi vida. No podía ocultar mi dicha a nadie.

Nuestra aventura (pues eso era para los chismosos) no pudo mantenerse en secreto. Por muy discretos que fuéramos, pronto comprobé que Toronto es un lugar muy pequeño, lleno de gente que disfruta informando a aquellos a los que también amamos, gente que nos veía juntos muchas veces, incluso saliendo de mi casa a primera hora de la mañana.

Luego, súbitamente, tuvimos que afrontar la situación: Christina me dijo que estaba embarazada. Pero esta vez el hecho no nos causó temor a ninguno de los dos.

En cuanto se lo dijo a Klaus, el acuerdo fue todo lo rápido que el mejor abogado especialista en divorcios de Graham Douglas Wilkins pudo conseguir. A los pocos días de firmar los documentos definitivos, nos casamos. Los dos lamentamos que los padres de Christina no se sintieran capaces de asistir a la boda, pero yo no pude entender por qué no viniste tú.

El rabino aún no podía dar crédito a su propia intolerancia y falta de visión. Las exigencias de un judío ortodoxo debieran dejarse a un lado cuando significaban perder a su único hijo. Había buscado en vano en el *Talmud* un pasaje que le permitiera romper los votos de toda la vida. En vano.

El único aspecto triste del acuerdo de divorcio fue que la custodia de nuestro hijo se le concedía a Klaus. Exigió también, a cambio de un divorcio rápido, que no se me permitiera ver a Nicholas hasta que cumpliera veintiún años y que no se le dijera que yo era su verdadero padre. El precio nos pareció excesivo, aunque fuese a cambio de tanta dicha. Pero los dos sabíamos que no teníamos más alternativa que aceptar sus condiciones.

Yo solía preguntarme a menudo cómo era posible que cada nuevo día me pareciese mejor que el anterior. En cuanto estábamos unas horas separados, añoraba a Christina. Si tenía que viajar por mi trabajo y debía pasar la noche fuera de casa, le telefoneaba dos, tres, hasta cuatro veces, y si tenía que estar fuera más de un día, ella me acompañaba. Recuerdo que una vez me explicaste cuánto habías amado a mi madre y que yo me pregunté entonces si algún día podría alcanzar semejante dicha.

Empezamos a hacer planes para el nacimiento de nuestro hijo. Se llamaría William si era niño, un nombre elegido por ella; y Deborah si era niña, elegido por mí. Pinté de rosa la habitación libre, suponiendo que ya había ganado.

Christina tuvo que pedirme que no comprara más ropa de bebé, pero le dije que no importaba, pues tendríamos una docena de hijos. Le recordé que los judíos creen en las dinastías.

Asistía regularmente a sus clases de gimnasia, hacía una dieta estricta, descansaba razonablemente. Yo le decía que hacía mucho más de lo que podía exigirse a una madre, aunque se tratara de la madre de mi hija. Le pregunté si podría asistir al parto y, aunque su ginecólogo se mostró reacio al principio, acabó accediendo. Cuando llegó el noveno mes, organicé tal alboroto en el hospital que debieron de pensar que se estaba esperando el nacimiento de un príncipe.

El martes pasado llevé a Christina en coche al Women's College Hospital, de camino hacia el trabajo. Fui al despacho, pero no pude

concentrarme. A primera hora de la tarde me llamaron por teléfono del hospital para decirme que creían que el niño nacería a última hora; era evidente que Deborah no quería interrumpir la jornada laboral de Graham Douglas Wilkins. Todavía llegué al hospital demasiado pronto. Me senté a los pies de la cama de Christina hasta que empezó a tener contracciones cada minuto, y entonces para mi sorpresa, me pidieron que saliera de la habitación. La enfermera me dijo que tenían que romperle las aguas. Le pedí que recordara a la comadrona que yo quería presenciar el parto.

En el pasillo, paseé nervioso de un lado a otro como hacen en las películas los padres que esperan que su mujer dé a luz. A la media hora o así, apareció el ginecólogo, que me dedicó una gran sonrisa. Me fijé en que llevaba en el bolsillo de arriba un cigarro puro, sin duda destinado a los futuros padres. Solo me dijo: «Ya está a punto».

A los pocos minutos llegó otro médico que yo no conocía. Se limitó a hacerme una ligera inclinación de cabeza y entró en la habitación de Christina. Me sentía como el acusado que espera el veredicto del jurado en el banquillo.

Habrían pasado por lo menos otros quince minutos cuando vi llegar por el pasillo a tres internos jóvenes arrastrando el equipo. Entraron en la habitación casi sin mirarme.

Oí los gritos y luego, súbitamente, el llanto quejumbroso de un recién nacido. Di las gracias a mi Dios y al de ella. Recuerdo que cuando el médico salió de la habitación me fijé en que el cigarro puro había desaparecido.

«Es una niña», dijo tranquilamente. Yo estaba contentísimo. De pronto pensé: «No habrá que repintar la habitación, de momento».

«¿Puedo ver ya a Christina?», le pregunté.

Me agarró entonces del brazo y me hizo acompañarle a su despacho.

«¿Quiere sentarse, por favor? —me dijo—. Lamento tener que darle malas noticias».

«Ella está bien, ¿verdad?».

«Lo siento, siento muchísimo tener que decirle que su esposa ha muerto».

Al principio no lo creía, me negaba a creerlo. ¿Por qué? ¿Por qué? Deseaba gritar.

«Nosotros ya se lo habíamos advertido», añadió.

«¿Advertido? Advertido ¿qué?».

«Qué su tensión arterial tal vez no resistiera un segundo parto».

Christina nunca me había dicho lo que me explicó entonces el médico: que el nacimiento de nuestro primer hijo había sido muy complicado y que los médicos le aconsejaron que no tuviera ninguno más.

«Pero ¿por qué no me lo diría?», quise saber. Y entonces lo comprendí. Lo había arriesgado todo por mí (un hombre estúpido, insensato y egoísta), y yo había acabado matando a la única persona que amaba.

Me permitieron abrazar a Deborah antes de ponerla en la incubadora. Me dijeron que no estaría fuera de peligro antes de veinticuatro horas.

Nunca sabrás lo que significó para mí que fueras al hospital, padre. Los padres de Christina llegaron luego, aquella misma noche. Se portaron muy bien. Me pidieron que les perdonara (me lo suplicaron). Él no dejaba de repetir que aquello nunca hubiera ocurrido si él no hubiera sido tan estúpido y no hubiera tenido tantos prejuicios.

Su esposa me apretó la mano y me preguntó si se le permitiría ver a Deborah de vez en cuando. Como es lógico, le dije que sí. Se marcharon poco antes de medianoche. Yo me quedé allí las veinticuatro horas siguientes, sentado, paseando, dormitando, hasta que me dijeron que mi hija estaba fuera de peligro. Me informaron de que debía quedarse en el hospital unos días, pero que ya estaba tomando el biberón.

El padre de Christina se ocupó amablemente de los preparativos del funeral.

Te preguntaría por qué no aparecí y te debo una explicación. Pensé que podría pasar por el hospital de camino hacia el funeral y estar unos minutos con Deborah. Ya le había transferido todo mi cariño.

El médico no podía hablar. Hacía falta un gran valor para decirme que el corazón de mi hijita había dejado de latir pocos minutos antes de que llegara yo. Hasta el médico jefe lloraba. Cuando salí del hospital, los pasillos estaban vacíos.

Quiero que sepas que te amo con toda mi alma, padre, pero que no deseo pasar el resto de mi vida sin Christina y sin Deborah.

Solamente pido que me entierren junto a mi esposa y mi hija y que se me recuerde como su marido y su padre. La gente irreflexiva sabrá así de nuestro

amor. Y cuando termines de leer esta carta, recuerda únicamente que fui tan feliz cuando estaba con ella que la muerte no me da ningún miedo.

Tu hijo,

BENJAMÍN

El anciano rabino dejó la carta en la mesa. La leía todos los días desde hacía diez años.



JEFFREY ARCHER. Nació en 1940 y estudió en Oxford. Popular autor de *bestsellers*, cuenta con más de 120 millones de ejemplares de sus novelas vendidos en todo el mundo, entre ellas se encuentran *Ni un centavo más, ni un centavo menos* (1989), *Kane y Abel* (1989), *El undécimo mandamiento* (1998) y *En pocas palabras* (2001). En 1992 ingresó en la Cámara de los Lores. Reside actualmente en Londres y Cambridge.